



Cita
"A CIEGAS"
CON MI *jefe*

LOLA BLUE

Table of Contents

[Anteportada](#)

[Síguenos...](#)

[Información legal](#)

[Advertencia contenido sensible](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Epílogo](#)

[Síguenos...](#)

[Créditos](#)

LOLA BLUE

Cita «a ciegas» con mi jefe

Traducido del francés y editado por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@lola.blue.auteur](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: septiembre 2024

Información pertinente y advertencia de contenido sensible

La comunidad lectora encontrará en el presente libro escenas de contenido sexual bastante detalladas, propias del género, que quizá no sean aptas para todas las edades. Asimismo, en ciertos momentos, los protagonistas sienten celos o se comportan de una forma tóxica o reprochable, algo que en ningún momento debe entenderse como un apoyo a dichas actitudes. Desde la editorial rogamos que se tenga conciencia plena de ello antes de comenzar la lectura.

Helena

—¿Estás segura? —pregunto, alterada.

Nunca me han gustado los vestidos vaporosos, y menos con estampados florales. Lo mío son más bien los básicos. Además, parezco una *hippy* recién salidita de Woodstock y tampoco es plan. ¿Hemos viajado en el tiempo o qué?

—¡Pues claro! —ríe Kate—. ¿Te he mentido yo alguna vez?

Si empezase a contar, no acabaría nunca, así que me cruzo de brazos y dirijo a mi mejor amiga una miradita llena de insinuaciones.

—Bueno, vaaaaale... —admite—. Quizá una o dos veces...

Como mantengo el contacto visual, hace una mueca.

—... ¿seis o siete, entonces?

Prefiero no ponerme a contar. Kate es una amiga leal, pero cuando se trata de ropa es tan útil como una rueda cuadrada.

—Tampoco exageres —me regaña mientras termina de hacerme la trenza—. Esta noche vas a estar PERFECTA.

Me miro al espejo y me pregunto qué coño hago aquí. Llegué a San Francisco hace solo tres semanas. Me mudé de la costa este a la oeste prácticamente por capricho. Kate estuvo meses dándome la tabarra para que me animara a dar el paso y al final cedí. Mi amiga estaba harta de tenerme tan lejos y de que hubiera tanta diferencia horaria entre nosotras. Por eso, decidí recorrer todo Estados Unidos para unirme a ella con el título de graduada en Estudios literarios bajo el brazo.

Llegar aquí fue toda una experiencia sensorial: ¡el sol, el océano, este modo de vida tan, tan, tan diferente...! Vale, sigo en una gran ciudad, pero no se parece en nada a Nueva York. Y ahora estoy en el piso de Kate vestida como una *hippy*, porque desde que leyó ese libro tan viral¹, le han entrado unas ganas locas de vivir a finales de los años sesenta.

Me veo la cara reflejada en el espejo y me parece demasiado pálida para una ciudad como San Francisco, pero entonces hago un repaso mental para centrarme: tengo 24 años y todos los dientes. Algo es algo. Mi larga melena castaña está ahora recogida. Kate ha conseguido capturar mis ondas naturales en unas preciosas trenzas, una a cada lado de la cabeza. Mis ojos verdes están enmarcados por largas pestañas que he agrandado cuidadosamente con máscara negro azabache. Me sigo maquillando de una forma relativamente recatada, pero me gusta así.

—¡Ale, apañado! ¡Van a adorarte, reina! —exclama Kate.

Yo no estoy tan segura, pero bueno, hay que admitir que no está nada mal...

Esta noche vamos a ir a un *pub* que lo peta en la ciudad. No solo salgo con Kate, sino también con Travis, uno de mis futuros compañeros de trabajo. Estaba pensando más bien en quedarme en mi piso para disfrutar de un buen libro con un chocolate caliente y, posiblemente, pedir la cena a domicilio, pero Kate es de las que te pegan un patadón en el culo para que espables cuando te ve apalancarte. De hecho, si le hubiera dicho en voz alta lo que tenía planeado, me habría dicho algo como: «Antes no eras tan muermo, tía».

La verdad es que sí era así cuando estábamos en el insti. No hemos cambiado mucho.

Cuando le decía que quería quedarme en casa, prácticamente me sacaba de los pelos de allí. A ver, no es algo malo. Siendo sincera, gracias a ella conocí a mis primeros novios y tuve mis primeras experiencias íntimas: en la parte oculta del gimnasio, en las duchas de los vestuarios y en el despacho del director, durante la fiesta de fin de curso.

Vamos, que tampoco soy tan recatada. En la vida todos tenemos un demonio y un angelito subidos al hombro que nos dicen qué hacer, ¿no? Pues Kate es claramente el demonio, ¡pero no pasa nada! A veces necesito que me fuercen a tomar decisiones para salir de mi zona de confort.

Lo dicho: dentro de una hora hemos quedado con Travis para salir de fiesta. El *pub* se llama «El Diablo». ¿Es o no es un nombre superpasional?

—¿Es una fiesta latina? ¿Van a poner reguetón? —pregunto con cierto temor.

—*Nop*.

—Y qué va a ser, ¿noche en plan *country*?

—¿Qué? ¡Pues claro que no!

Hago un mohín. Me pregunto por qué me ha vestido así si no es para una noche temática. En fin, da igual. Me vendrá bien ver a mis compis fuera del trabajo. Dicen que es esencial para una vida sana. Ya sabéis, beber, tirarle la caña a algún chico y similar. Algunos dicen que eso es lo que hace que la vida valga la pena. En realidad, yo soy más de las que fantasean con los hombres que aparecen en los libros, pero esta vez dejo que Kate me lleve a rastras a esta fiesta.

Después de todo, se lo debo...

Gracias a ella he conseguido un trabajo en una gran librería, en pleno corazón de San Francisco. Ella también trabaja allí, ¡conmigo y con Travis, de hecho! Desde que llegué, mi querida amiga me ha dicho varias veces en tono de advertencia: «Lo vas a adorar, pero no lo toques».

Que no lo toque, ¿eh? Vamos, que Kate tiene sus intenciones...

Estoy segura de que voy a estar de sujetavelas toda la noche, pero tampoco me quita el sueño. Si con esto puedo mostrarle lo agradecida que estoy por este nuevo trabajo, por mi nueva vida, me alegraré de ver cómo le come la boca a Travis.

—A ver, que te saco una foto para immortalizar este momento —dice enseñándome el móvil.

—Kate, tía, no...

Mi amiga continúa sin levantar la vista:

—Ya verás, estas noches son siempre una fantasía. La música, el ambientazo...

3, 2, 1...

—... los chicos... —añade, dándome un codazo.

Lo sabía. Tenía que soltarla.

—Párate. Ya sabes que no me interesa. Hace nada que Percy y yo lo dejamos y no tengo ganas de volver a empezar —intento justificarme.

—Hace bastante, amiga. Lo sabré yo, que te llevo aguantando desde entonces. Además, ¿qué más da? Ya conoces mi lema: ¡no hay nada mejor para olvidar los fracasos del pasado que un chavalín bien apañado!

Si rima y todo...

Alzo la vista al cielo. Cómo no. ¿Qué esperaba? Con Kate, las cosas son así siempre. En realidad, forma parte de su encanto único. Por eso mismo tengo una confianza ciega en ella. Siempre parece segura de sí misma, entera, fuerte, con los ovarios bien puestos, y cuando algo no le gusta, no duda en señalarlo, normalmente gritando.

Pero también me anima a vivir la vida y me defiende cuando lo necesito. Recuerdo cuando

Jordan Bernon me tiró del pelo en el cole. Kate apareció de repente como una superguerrera y le pegó una patada en los huevillos. Por poco pensé que se le iban a salir por la boca. Se puso azul como un pitufo y su voz subió una octava.

Cogemos un taxi y Kate le da la dirección del *pub* al conductor, mientras se retoca los labios a toda prisa.

—Me alegro mucho de que estés aquí, cielo. ¡Ay, mi mejor amiga en San Francisco! ¡Por fin!

—Sí, bueno... No ha sido una decisión fácil, la verdad.

La decisión se volvió mucho más evidente cuando Percy me dejó. En realidad, no había nada que me retuviera en Nueva York. Mis padres son de Connecticut. Podría haberme mudado más cerca de ellos, pero elegí irme con Kate. Mi vida se estaba volviendo demasiado aburrida sin ella.

—Fuiste tú quien se marchó de la noche a la mañana —añado.

—Ya lo sé. Pero tienes que admitir que fue una buena idea. ¿Has visto este sitio? ¡Es precioso!

Es cierto que San Francisco no está nada mal. La ciudad se despliega ante mí como un mosaico de sueños. Cada barrio desprende un carácter distinto. Las colinas ondulan bajo un cielo que juega con las tonalidades de azul; a veces claro, como bañado por el océano, a veces denso, por la niebla, con lo que se crea una atmósfera casi mística.

Mientras recorremos las calles de la ciudad en taxi, me dejo cautivar por su arquitectura ecléctica: casas victorianas con fachadas en tonos pastel se codean con elegantes edificios modernos. Hay un encanto irresistible en esta coexistencia de lo antiguo y lo nuevo, como si la ciudad abrazara su pasado sin dejar de mirar decididamente hacia el futuro.

Me pierdo en la magnificencia de la ciudad y cuando me giro, veo a Kate empolvándose la nariz. ¿Por qué se empeña en no disfrutar de este momento?

Los tranvías, con su vaivén colmado de nostalgia, suben y bajan por las colinas y ofrecen unas vistas espectaculares de la centelleante bahía, donde el Golden Gate² se alza orgulloso como un titán rojo.

Pero lo que para mí hace única a San Francisco es su ambiente. Es algo que nunca había vivido en Nueva York. Se respira una atmósfera de libertad. Aquí la gente tiene la mente abierta y parece aceptar sus diferencias, ya sea en la forma de vestir, de hablar o de ocupar sus días. Hay un sentido de comunidad, un espíritu de «vive y deja vivir» que infunde vigor por toda la ciudad.

Así que sí: este podría ser el lugar ideal para empezar de cero.

—¿Cuándo vas a enseñarme tu piso?

—Si quieres, mañana mismo.

—Mmm... No sé yo... Mañana tengo otros planes para ti.

Arqueo una ceja, pero Kate me hace un gesto para que lo deje estar y corta la conversación.

No me gustan las sorpresas. Sobre todo si vienen de ella.

Cuando el taxi aminora la marcha, poso la vista en la fachada de El Diablo. El local destaca inmediatamente en la concurrida calle. La fachada está pintada de un rojo intenso, el color de las llamas y la pasión. Los farolillos negros que cuelgan a ambos lados de la entrada proyectan una luz tenue y crean una atmósfera ligeramente tétrica.

¿Dónde coño me ha traído esta chica?

No puedo apartar los ojos del *pub*, pero oigo a mi amiga, la menos hiperactiva, pagándole el viaje al taxista detrás de mí.

Encima de la puerta, un gran cartel de madera tallada me enseña a un diablo sonriente, cuyos ojos traviesos parecen seguir a todos los transeúntes. El nombre del local está escrito en letras doradas y serigrafiadas, que brillan bajo los discretos focos. ¿Y qué puedo decir de los cristales tintados, salvo que me dan ganas de salir huyendo?

Unos segundos después, nos bajamos del taxi y nos plantamos delante de la entrada.

—¿Confías en mí? —pregunta Kate.

—Pues...

Junto a la gran puerta, hay una pizarra en la que se anuncian los eventos especiales y los grupos que van a tocar próximamente. Esta noche es el turno de *Metal Cats On Fire*.

De repente no estoy tan segura de querer entrar.

—Veeenga, pasa, cagada... —ríe mi amiga.

Cruzamos el umbral de la puerta y enseguida me asfixia el ambiente cargadito del interior del *pub*. Las paredes oscuras, adornadas con elementos que emulan el infierno y el folclore diabólico, dan al lugar una atmósfera casi teatral. Unas mesitas de madera oscura, colocadas aleatoriamente por la sala, están iluminadas por velas que proyectan sombras danzantes sobre los rostros de los clientes.

Joder, qué canguelo. Este sitio es... espeluznante.

—¿Vi... vienes aquí a menudo? —tartamudeo.

—¿Qué? No te oigo con la música. ¡Habla más alto!

El local en sí es un espectáculo: detrás de la barra, hay botellas de mil formas y colores, alineadas en estantes al amparo de luces resplandecientes, que generan la ilusión de un fuego abrasador. El camarero, vestido con camisa negra y chaleco rojo, maneja las botellas con una destreza fascinante y capta la atención de quienes se acercan a pedir. La música, una mezcla ensordecedora de *rock* y *metal*, vibra en el aire. Las pantallas colgadas en las paredes emiten vídeos que no tienen nada que ver con lo que está sonando.

Kate me lleva de la mano hasta una mesa libre cerca del escenario, donde un grupo se prepara para tocar. Nuestra mesa, baja y redonda como las demás, está rodeada de sofás de cuero rojo, desgastados pero cómodos. Ella se acomoda con un entusiasmo contagioso, pero yo me siento con cierta timidez, sin dejar de absorber los detalles de este lugar único.

—¿Dónde está Travis?

—No tardará mucho en aparecer.

Tengo muchas ganas de conocerlo. También trabaja en la librería, así que nos codearemos a diario. Mañana es mi primer día y espero no tener una resaca memorable.

A nuestro alrededor, el bar bulle de energía. Grupos de amigos ríen y hablan en voz alta, parejas conversan íntimamente y algunos lobos solitarios parecen ensimismados o hipnotizados por la música. El aire huele a cerveza, *whisky* y una mezcla indefinible de especias y perfumes.

Y yo, cómo no, me pregunto una vez más qué leches hago aquí.

El incesante zumbido de las conversaciones se intensifica a medida que llegan nuevos clientes, que buscan asiento o se abren paso hasta la barra. El ambiente es electrizante y se palpa la expectación por el grupo que está a punto de tocar.

—¡Mira, estos son los que tocan esta noche! —me grita Kate, señalando el escenario donde los miembros de *Metal Cats On Fire* empiezan a prepararse—. Qué locura, ¿no?

Asiento con la cabeza, aún abrumada por el ambiente. En el escenario, los focos empiezan a parpadear y crean un fascinante juego de luces y sombras que bailan sobre los relucientes instrumentos. Los miembros del grupo, vestidos con chalecos de cuero negro y camisetas

rasgadas, afinan las guitarras con una concentración admirable.

—¿Quieres beber algo? —pregunta, inclinándose hacia mí para hacerse oír.

—Pues una cocaola o similar.

Kate asiente y se dirige a la barra para pedir. Yo me quedo sola en la mesa, observando a la gente que me rodea.

Recorro la sala con la mirada y me fijo en los extraños y cautivadores detalles de la decoración. Calaveras, serpientes, imágenes de llamas y símbolos ocultistas adornan las paredes. Cada elemento contribuye al aura misteriosa y espeluznante del local.

Kate vuelve con nuestras bebidas y una sonrisa gigantesca dibujada en el rostro. Me pone el refresco delante y levanta su copa en un brindis silencioso. Al verla, alzo el vaso y, en cuanto nuestras bebidas chocan ligeramente, el grupo empieza a tocar. De repente, el bar se llena de una energía cruda y embriagadora.

Poco a poco me voy relajando y me dejo llevar por la música y el ambiente del *pub*. Quizá esta noche no sea tan mala. Tal vez incluso pueda divertirme, a pesar de lo raro que es este sitio.

Pero justo cuando pienso eso último, Kate se pone a gritar y agita los brazos.

El grupo toca sus primeras notas con una energía irreprochable y una figura se abre paso entre la multitud hacia nuestra mesa. Supongo que será el tal Travis. Incluso en la penumbra del bar, tiene un encanto innegable.

Vaya. Ya veo por qué Kate va detrás de él...

Es un chaval alto y de complexión elegante y se mueve con una facilidad que no pasa desapercibida. Su pelo castaño, corto y requetebién peinado enmarca un rostro de rasgos bien definidos, iluminado por una sonrisa segura. Sus profundos ojos marrones parecen captar y reflejar las tenues luces del bar, lo que añade un brillo misterioso a su aspecto.

Lleva una camisa negra, ligeramente desabrochada a la altura del cuello, que resalta su tez bronceada y su discreta pero notable musculatura. Sus vaqueros ajustados completan un estilo a la vez informal y refinado. Cuando se acerca, observo que lleva un elegante reloj en la muñeca, que contrasta sutilmente con el clima turbio del bar.

—¡Hola, chicas! —dice con una voz cálida y segura que se oye por encima de la música—. Siento llegar tarde, pero había un tráfico... Ha sido un infierno.

Kate se levanta para saludarlo con un abrazo amistoso, mientras yo permanezco sentada, ligeramente intimidada por su aura de confianza. Travis se vuelve hacia mí y ensancha la sonrisa.

—Tú debes de ser la nueva compañera de la que Kate no deja de hablar. Bienvenida a San Francisco. Soy Travis.

Su apretón de manos es firme pero cálido, y su mirada directa pero amable. Inmediatamente me siento más a gusto, a pesar del bullicio del bar y de la energía del grupo, que ahora toca en plan despiyorre.

—Gracias, soy Helena —respondo, tratando de ocultar mi nerviosismo.

Travis toma asiento a nuestro lado y se pide rápidamente una cerveza antes de girarse en nuestra dirección, dispuesto a conocerme mejor.

—Se está haciendo el caballero, pero en verdad, le he hablado mucho de ti a Travis, ¿sabes? —dice Kate.

—Sí, es verdad. Pero ahora quiero que me cuentes mucho más de ti —asegura—. Seguro que no lo sé todo...

Apuesto a que Kate le ha largado todo tipo de detalles a este chaval. Estoy roja como un tomatillo maduro. ¡Y no creo que sea por la cocaola!

—Oh, no hay mucho que contar tampoco...

—Helena Sanders... Tú y tu modestia —dice mi amiga—. Bueno, vale, Travis, te voy a resumir cómo es esta chica. Iré por puntos.

—No es necesario, Kate...

—Número uno: es la mejor amiga del mundo, pero un poco tímida.

Sonrío nerviosamente y me vuelvo a hundir en la silla como si el mueble quisiera tragarse mi alma. Menos mal que el grupo está tocando a todo volumen, porque Kate parece que quiere que la escuchen a toda costa.

—Número dos: ¡lo tiene todo bien puesto! Y doy fe de ello, ¡porque la he visto desnuda!

No hacía falta que lo dijera, la verdad...

—Número tres: ¡hace tiempo que sale con nadie y fijo que quiere echar un polvo!

Cuando pronuncia esas últimas palabras, los músicos deciden dejar de tocar y, por supuesto, todas las miradas se vuelven hacia nosotros, porque Kate se empeña en hablar de mí a grito pelado.

Ojalá se me trague la tierra ahora mismo... ¡Qué horror!

—Ups. Puede que me haya pasado un poco con el volumen.

—Sí, puede... —dice Travis.

—Oye, ¿sabéis qué? Deberíamos sacarnos una foto para celebrar la ocasión: ¡mi mejor amiga y mi compi favorito del curro en la misma fiesta! Quiero llorar, ¡estoy tan contenta! ¡Vamos, vamos, acercaos!

Sin embargo, no puedo evitar fijarme en una cosa: aquí nadie va vestido como un maldito hippy y yo me siento un poco ridícula.

Accedo a la petición de Kate y me arrejunto para la foto. Mi amiga coge el móvil y nos pide que salgamos guapos; luego, que pongamos cara rara y, por último, que sonriamos de oreja a oreja. Le seguimos la corriente y tengo que admitir que me divierte. Este rollo de las fotos está guay para romper el hielo.

—Bueno... hablemos de la librería, ¿eh o qué? —digo.

—No se nos permite hablar de trabajo cuando estamos de fiesta, tía. ¿Verdad que no, Travis? El chaval se ríe y vuelve a dejar el vaso sobre la mesa.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo es el jefe? —pregunto.

—¿Matthew?

Kate pone cara de fantasear de forma inapropiada e interviene:

—Ah, Matthew es... ¿Cómo decirlo? Un tío rudo pero exageradamente sexi.

Travis la mira divertido.

—¿Ah, sí? ¿Crees que es sexi?

—Hombre, habría que estar ciego para no verlo...

Me esperaba que hablasen del tal Matthew en el contexto del trabajo, pero bueno...

Seguimos con la noche y poco a poco, le cojo el gustillo a hablar con Travis. Me siento más cómoda. No me habría gustado presentarme mañana en la librería y vérmelas con completos desconocidos. Siempre me ha costado socializar. Soy bastante tímida a mi manera. Ya tiendo a ser reservada cuando conozco a la gente, así que si no la conozco...

Pero gracias a Kate, eso no será un problema. Mi amiga ya les ha hablado de mí a sus compis y ahora espero lo mismo de Travis. Cuantas más horas pasan, más descubro sobre él. Al parecer, también adora la literatura. Siendo sinceros, no encaja en el perfil. Es un fan acérrimo del

chismorreos y las novelas policíacas, pero también de los libros de autoayuda. El tío no tiene pelos en la lengua y, al parecer, es de Tahití.

Travis se pasa el resto de la noche hablando de las grandes diferencias entre la vida en las islas y en las grandes ciudades. Y cuando pillas el puntito de la borrachera, de pronto se vuelve menos amable con San Francisco:

—Os voy a decir lo que pienso... Es un lugar muy bonito, pero no hay nada como las islas, joder. En plan, ¡la mentalidad es tan diferente...! Allí la peña es más solidaria, ¿sabéis?

—Me encantaría que pasara lo mismo aquí... —coincide Kate.

—Pero nunca va a ser así, porque es una cuestión de cultura, creo. Aquí somos superindividualistas. Es lo que hay. Allí no es lo mismo para nada. Kate, ¿te acuerdas de cuando te conté que...?

Y sigue hablando. Le escucho atentamente porque sus palabras me cautivan. Las islas, sus viajes, su pasión por los libros y, sobre todo, su perro. ¡Travis lo adora! Lo quiere como a un hijo y nos enseña cientos de fotos del animal. Kate alucina con ellas. Le flipa lo mucho que ha crecido.

Cuando termina la velada, son cerca de las dos de la mañana y tengo la sensación de que amanecer mañana no va a ser fácil. No he probado ni una gota de alcohol (porque no es lo mío tampoco), pero Kate parece haber bebido demasiado, así que decido llevarla a casa y dormir allí para asegurarme de que pase buena noche. ¡Con ella nunca se sabe!

Al llegar a casa, mi amiga se quita los zapatos en el pasillo y los lanza habitación a través.

—Traaaaaanqui, tía... ¡todo va bien! Soy la... ups... la caña.

—Sí que lo eres. Anda, siéntate con la calma en la cama y...

—¿Sin desmaquillarme? ¿Estás pirada? Si hago eso, mañana pareceré un panda. Quieres meterme en un zoo, ¿a que sí?

En realidad, disfrutaría bastante.

—Calla, yo me encargo.

Mientras se sienta en el borde de la cama, cojo el desmaquillante. En nada, está lista.

Una fórmula muy eficaz...

Una vez que ya está limpia, Kate se queda dormida como un bebé en un santiamén, y dada la hora, deduzco que es mejor no perder el tiempo e irme a casa. Si no quiero parecer un despojo mañana, será mejor que me vaya a la cama cuanto antes.

Al salir del dormitorio, recorro el salón y poso la vista en el sofá.

Bueno, tendré que apañármelas con esto...

Después de asearme a toda prisa, me acomodo en el sofá, con la esperanza de que mañana sea un buen día.

La primera impresión es siempre la más importante. ¡No debo cagarla!

—¡Levántate, cerdita! ¡Hay que ver cómo roncas!

¿Cómo se las arregla Kate para estar tan fresca como una lechuga cuando solo son las siete y unas horas antes estaba zombi y como una cuba? Debe tener una técnica secreta. Si no, no lo entiendo. ¿Será una bruja? Sí. No se me ocurre otra posibilidad.

—Mmm... Cinco minutitos más, porfa...

—¿Quieres llegar tarde al trabajo? ¡Ni de coña! ¡Es tu primer día, guapa!

Maldita sea. Tiene razón...

Con la escasa fuerza con la que se supone que debo levantar el país, salgo de mi cama improvisada. Veo a mi amiga sentada junto a la mesa de la cocina. Me tiende un café, que acepto encantada. De hecho, creo que, si no fuera una guarrada, me lo bebería directamente de la máquina.

—¿Por qué me duele la cabeza si anoche no bebí? Me siento como si tuviera resaca.

—Eso es porque eres una chica muy empática. ¡Gracias por el apoyo emocional!

—No creas... —contesto, tragándome el café casi de un trago.

—¡Ojo! ¿Quieres otro más?

Asiento con la cabeza, como si estuviera sedienta.

Dios, ¡sí!

Me vendría bien una cafetera entera, pero prefiero no llegar al curro con espasmos musculares.

—¿Estás lista? —pregunta con una gran sonrisa.

—Todo lo lista que se puede estar.

—¡Genial! En ese caso, arréglate, ¡porque nos vamos en nada!

Media hora después, estoy preparada para enfrentarme al mundo y Kate, a pesar de las apariencias de chica dura, se toma su segunda aspirina de la mañana. No importa cuántas veces le diga que no es bueno, se la pela.

Cogemos el transporte público para ir a la librería y dejo que ella se ocupe de todo, porque de momento, no tengo ni idea de adónde vamos.

Me dejo llevar por las calles de San Francisco y disfruto del sol de la mañana hasta que llegamos a la librería. Está en pleno centro, en una calle típica con fachadas de colores. No dejo de flipar y, a juzgar por los codazos que Kate me da en las costillas, se me nota en la cara.

—Esto es un sueño hecho realidad... —murmuro.

—Había olvidado lo friki que eres con los libros, amiga.

—¿Y tú no?

Se encoge de hombros y mete la llave en la cerradura de la librería.

—Bueno, sin más. Solo los vendo, ¿sabes? Alguno me leo, pero en fin, supongo que no a todos los bármanes les apasiona el alcohol... —responde mi amiga.

Flipo. A veces me pregunto cómo ha acabado Kate en un trabajo como este, sabiendo que tampoco se muere por los libros. Se leerá, si eso, los que recomiendan en TikTok. Pero bueno, razón no le falta. Tampoco es imprescindible ser una loquita, ¿verdad?

Es todo tan... No me lo imaginaba así. Este lugar es una maravilla. No es una pequeña librería de barrio, para nada, sino todo lo contrario: tiene un tamaño casi industrial, pero el propietario ha sabido conservar la calidez y la autenticidad de los edificios de antaño. Aquí todo es de madera.

—Ven, te enseñaré todo lo que tienes que ver —me dice, tirando de mí.

Me habría gustado mil veces más quedarme mirando esas estanterías de libros que me están llamando, pero supongo que ya tendré tiempo para eso más tarde. Kate me lleva a la sala de descanso del personal, cuyas virtudes y confort supremo ensalza nada más poner un pie en ella. Me enseña el sofá, el fútbolín y la máquina expendedora.

—¡Mira! Si sabes cómo manejar en este trasto, puedes conseguir cosas gratis.

—Oh, no, no hace falta que...

Sin darme tiempo a terminar la frase, mi amiga le pega un golpetazo a la parte trasera de la

máquina, y milagrosamente, un paquete de Smarties³ se cae de improvisto.

Me ofrece uno, sonriente.

Vale, lo pillo.

—Bueno, entonces... ¿Me presentas al jefe o...?

—Mmm, espera. Tengo Smarties en la boca...

Me quedo mirándola unos instantes hasta que mastica y traga.

—Nada de conocer al jefe por ahora.

—¿Por qué no? —pregunto arqueando una ceja—. Alguien tendrá que formarme y decirme lo que tengo que hacer, ¿no?

Una sonrisa maliciosa ilumina la cara de mi amiga. No me gusta nada esa carita que me lleva. Acto seguido, Kate se señala con el dedo índice.

—No... ¿En serio, tía?

—Venga, va, ¡será divertido! Te lo enseñaré todo sobre este lugar. Matthew se ha ido de vacaciones. Lleva un par de semanas fuera, pero pronto volverá. No sé qué día me dijo.

Y hasta entonces, Kate me va a enseñar cómo funcionan las cosas, ¿eh? Vale, ya veo... Bueno, supongo que podría ser peor. Solo espero que conozca bien su trabajo. No es que no confíe en ella, ni mucho menos. Es solo que... me la conozco.

—Por cierto, ¿qué han dicho tus padres? —pregunta.

—Ah, bueno... Ya sabes cómo son a veces. Están un poco preocupados, pero les dije que estaba bien, así que...

—Apuesto a que los vas a llamar en modo pánico esta noche.

—No hace falta ponerse así, siempre y cuando me enseñes a hacer bien mi trabajo.

Kate extiende los brazos y luego da una palmada como si quisiera emular el sonido de una claqueta.

—Vale, hablando de eso, vamos a tener que ocuparnos de la apertura. No es moco de pavo, ya lo verás. Ahora mismo, sin ir más lejos, ¡estás en la sección de *thrillers*!

¡No está mal! De hecho, está mejor que bien. Creo que esto me va a encantar.

—Bueno, hoy tenemos una agenda muy apretada, especialmente tú. Pobrecita mía...

Una vez más, me cuesta seguirle el ritmo. Espero que no me sobrecargue de trabajo ya desde el primer día.

Travis irrumpe en la habitación y nos saluda.

—¿Cómo estáis, chicas? ¿Recuperadas de ayer?

—¡Hola, Travis! Ando un poco resacosa, pero todo bien. Le estaba diciendo a Helena que hoy va a tener bastante curro... Ya sabes a lo que me refiero.

Ella le guiña un ojo, pero él no lo pilla a la primera. Está demasiado cansado para eso. Entonces, de repente, se le iluminan los ojos.

—Ah, sí, claro, ¡ya veo por dónde vas!

—Un momento —protesto—, que yo me aclare. ¿Qué está pasando exactamente?

—Digamos que tenemos una sorpresa para ti.

Una vez más, no me gusta cómo suena eso último.

—¿Te refieres a esos planes de los que me hablaste ayer? —añado.

Kate asiente. La conozco: tiene ganas de soltarlo por esa boquita. ¡Pues claro! Sé cómo es. Cuando se pone así, los secretitos no le duran mucho. Sé que está a punto de irse de la lengua.

—Venta, escúpelo.

—¡Vale! Saca el móvil.

Hago lo que me pide, sorprendida.

—¿Y ahora qué?

Sin responder, me lo quita de las manos y abre Tinder.

Me atraganto de repente.

¿Qué leches...?

—Pero... ¡si yo no me he instalado esa aplicación! Ni siquiera tengo cuenta, o sea...

—Cálmate un poco. Lo sé. Eres demasiado cortada para eso, así que lo he hecho por ti.

Vale, ahora sí que la mato. Me la cargo aquí mismo, con testigo y todo. Me vendrá bien currar en la sección de libros de suspense. ¡Así aprenderé cómo deshacerme de un cuerpo!

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿Estás delulu⁴?

—No, qué va. Es más, me parece que has hecho *match*⁵ con muchos tíos. Vamos, que esta noche no te vas a ir tranquilita a casa. De eso nada, mi ciela⁶. Vas a pasártelo bien. Ahora estás en San Francisco. Ya va siendo hora de que te divirtieras un poco aprovechando tu nueva vida, ¿no?

Suspiro hondo y cojo el móvil. No debería. NO DEBERÍA. Y, sin embargo, quiero caer en la tentación. Desde luego, es una decisión que jamás habría tomado si Kate no se hubiera entrometido. Pero extrañamente, siento que todo lo que tengo es gracias a ella y me siento menos culpable si acepto las cosas que trama «por mi bien».

—Yo... Bueno, le echaré un vistazo, pero... si no me ape con nadie, no me forzaré. En plan, tampoco estoy desesperada, ¿no?

—No, no, está claro —se ríe—. No te olvides de ponerte mona, ¿eh?

Miro la foto de perfil que me ha puesto. Es la que me hizo anoche, cuando aún estábamos en casa arreglándonos.

—¿Estás de coña? En esa foto parezco la jefa del departamento de inglés del insti.

—Ya, porque... En fin, no reniegues. Estás guapísima. ¿A que sí, Travis?

Este último se me asoma por encima del hombro para echar un vistazo a la foto.

—Ah, pues... Sí, sí, guapísima.

Voy a matar a mi amiga. Bueno, supongo que no me queda otra.

Empiezo mi jornada laboral en la librería junto a Kate y Travis. Los dos tienen una complicidad que no es fácil de ignorar. La sección de novelas de suspense, donde me toca trabajar, es un laberinto de misterio y aventura. Las altas e imponentes estanterías están repletas de libros con portadas intrigantes, que prometen incertidumbre y emoción. Estoy en mi salsa, rodeada de historias de detectives de una inteligencia sin igual, crímenes sin resolver y giros inesperados de la trama.

Todo esto pinta muy bien, ¿no?

Kate me ubica un poquito. Me señala los autores más populares y las novedades. Me lo muestra todo con entusiasmo y flipa con los títulos que me enseña.

—Esto te va a encantar —me dice, guiñándome el ojo—. La clientela es genial, y para ti, que te encanta leer, siempre hay novedades interesantes a las que echarles el guante. Y como sé que encima adoras este género, de momento te quedarás en esta sección.

Qué maja mi chica. ¡A ver si le van a interesar más los libros de lo que admite...!

Un rato después, Travis pasa por nuestro lado. Lleva una pila de libros para colocar en los estantes, pero antes se detiene un momento para saludar.

—¿Cómo va el primer día, Helena? —me pregunta con una sonrisa amistosa.

—Guay. Va estupendo. Aquí hay tanto por descubrir... —respondo, mirando a mi alrededor con admiración.

El ambiente de la librería es cálido y acogedor. Las luces tenues iluminan los pasillos y el sutil aroma a papel y tinta flota en el aire. De vez en cuando, se acerca algún cliente para que le recomiende un libro o se lo localice, e intento responder a sus preguntas con el apoyo de Kate. De momento, ella lleva la voz cantante y yo soy más bien la que intenta ser de ayuda. Aun así, sé por qué está tan concentrada. Hace tan solo unos minutos me ha dicho de coña que, a la velocidad a la que aprendo, le da miedo que le quite el trabajo.

De repente, me llama la atención una notificación en la pantalla del móvil.

Ah, pues. ¿Será...?

¡Sí, claro que sí! Me da palo entrar a verlo. Me da vueltas la cabeza. No me esperaba en absoluto tener tantos *likes* en Tinder. Antes les eché un vistazo a los tíos y, la verdad, solo vi un par de plastas con los que no quedaría ni muerta. Pero este tal Anderson parece diferente.

En sus fotos veo un aura despreocupada, la típica de un surfista californiano. Anderson tiene el pelo rubio en media melena, ondulado por el agua salada del mar, y le cae descuidadamente sobre la frente. Con esa sonrisa podría desarmar a cualquiera. Tiene los dientes perfectamente alineados y sus ojos azul claro brillan con picardía, como el cielo en un día soleado.

No seas debilucha, Helena...

Su piel bronceada relata los días pasados en las playas de San Francisco, y su cuerpo es atlético, pero no excesivamente musculoso, lo justo para deducir que pasa mucho tiempo al aire libre. En una de sus fotos, sostiene una tabla de surf bajo el brazo. En el fondo, el sol se pone en el firmamento, lo que refuerza esa imagen de surfista perfecto que deduzco que volverá locas a todas las chicas de la zona.

No, en serio, párate, hija.

En su descripción, Anderson menciona su pasión por viajar y la música *indie* y deja caer que sigue en busca del mejor taco de la ciudad. Parece un chico aventurero, pero también tiene un toque profundo e imprevisible. En su perfil habla de sus lecturas favoritas y de su amor por la fotografía.

Joder, me está poniendo difícil lo de no caer...

Hay algo auténtico y refrescante en su forma de presentarse. No veo poses forzadas ni las típicas citas de intensito. Solo una sonrisa genuina y una mirada que parece atravesar el objetivo, como si viviera la felicidad en estado puro.

Al ver sus fotos, siento una gran emoción. Anderson no solo es increíblemente atractivo, sino que, además, rebosa una calidez y una autenticidad que me hacen desear conocerle.

Deslizo hacia la izquierda y hacemos *match*.

Mierda, ¡al final he caído!

—¿Todo bien? —pregunta Kate.

Doy un respingo.

¿Mi amiga es ninja o qué?

Tengo que mantener la calma. No puede enterarse de que acabo de hacer *match* con alguien, porque si no, Travis y ella van a estar dándome la tabarra el resto del día.

Me guardo el móvil en el bolsillo con la discreción de un elefante montado en unos patines.

Mi amiga me echa una miradita que lo dice todo.

—No es lo que...

—¿Piensas? Pues yo creo que sí. Es exactamente lo que pienso, ¿no?

—Sí, lo es.

Mi amiga suelta la pila de libros que estaba colocando y me abraza, sonriente.

—Por fin, ¡mi mejor amiga va a echar un polvazo!

—¡Chis, calla! ¡Estate quieta, anda! ¿Quieres que me muera de vergüenza o qué?

—¿Qué dices de vergüenza?

De reojo, veo a una señora mayor que nos mira algo desconcertada e inmediatamente me disculpa.

—Eh, perdón... Mi amiga es un poco...

—Tu amiga tiene razón, bonita. Disfruta. Ahora, si no os importa, me llevo el último de Stephen King, ¿de acuerdo?

Estupendo. Hasta las señoras mayores son más abiertas que yo.

Es inevitable. A la hora de comer, en la sala de descanso, Travis y Kate me piden detalles sobre lo que voy a hacer esta noche, aunque Anderson y yo solo hemos hablado un poquito. La verdad es que no me apetece enseñarles los mensajitos, así que, como me niego a soltar prenda, se ponen a teorizar. Son tal para cual.

—Fijo que ese chaval le da a la hierba. Con esa fotito tuya, habrá pensado que eres una perroflauta y que os fumaréis tremendos canutitos² los dos, mano a mano —ríe Kate.

—¿Y de quién es la culpa? —pregunto.

—No, no, tengo algo mejor —continúa Travis—. Yo creo que la llevará a un festival de música *underground* para que se tome unas pastillitas mágicas.

Lo que hay que aguantar.

—¿Qué decís? ¡No parece de esos!

—¿No puedes darnos al menos una pista? —se queja mi amiga.

Travis le pega un buen mordisco a su sándwich y se aprovecha de la insistencia de Kate.

—Sí, anda, que no nos has dicho nada sobre él...

—¿Cuánto es? —pregunta mi amiga.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

Kate exhala profundamente.

—¿No te acuerdas de nuestro jueguito? Ya sabes, el del insti. Venga, amiga, haz memoria.

Ahora me acuerdo. Cuando Kate y yo estábamos en el instituto, solíamos jugar a un juego que consistía en puntuar a los chicos de diez en diez. Al principio, la nota se basaba solo en el físico. Luego, a medida que los íbamos conociendo, juzgábamos también su personalidad, y era entonces cuando la media bajaba drásticamente.

—¿Empezando por el físico?

—¡Pues claro, tonta! ¡Todavía no le conoces! Bueno, entonces, ¿qué cifra le das?

Esta vez me toca a mí estirar los labios en una sonrisa, porque voy a hacer que desee tanto saberlo que se subirá por las paredes. Donde las dan, las toman.

—Un once.

Kate pone las dos manos sobre la mesa y me mira fijamente.

—¿Estás de coña? Esa cifra está reservada para casos especiales.

—Lo sé.

—Cuidado, Helena, ¡no se da un once a la ligera! —exclama.

Asiento lacónicamente con la cabeza. Travis parece completamente perdido. De vez en

cuando, levanta una ceja para mostrar su incomprensión, pero luego sigue masticando la comida.

—Vale, vale. Tendré que sacar la artillería pesada, entonces. ¡Yo me encargo del *outfit*⁸!

—No...

—¡Chis! ¡A callar! El último once que tuvimos en nuestras vidas fue Logan Hafner, y ahora trabaja en el mundo del cine. Así que no hay discusión, ¿vale? Yo... me... encargo... del... *outfit* —dice, enfatizando cada palabra.

Cuando Kate se pone así, no merece la pena razonar con ella. Es perder el tiempo. Cuando se empeña en algo, se vuelve de lo más testaruda.

—¿Por qué no os preocupáis de lo vuestro en vez de meteros en mi vida?

Kate y Travis intercambian miradas incrédulas.

—¿A qué te refieres con «lo nuestro»? —pregunta Travis.

Justo entonces, Kate me fulmina con la mirada y me pega una patada por debajo de la mesa. Hago una mueca y decido estarme calladita.

—Nada, Travis. Solo está mareando...

—No, en plan... Me refería a los cotilleos de la librería —añado—. Nada más.

A Travis le brillan los ojitos brevemente. Luego me mira con aire misterioso.

—Bueno, algún dramita hay por ahí, sí. Pero como no conoces a nadie, no sé si te va a interesar...

—Bueno, tú cuenta y ya veremos...

O sea, ¿qué? ¡Yo siempre quiero salseo! ¡Eso entra solo!

—Matthew y Betty se separaron hace casi un año, pero he oído que ella sigue colada por él.

Bueno, la verdad es que eso no me dice mucho.

—Este chico no sabe contar las cosas —dice Kate—. Betty es una chica... A ver, cómo te lo digo... ¿Te acuerdas de la bruja blanca de Narnia⁹? Pues así. Es una especie de zorra malvada con el pelo rubio platino y un corazón de hielo. Vale, pues encima, es la directora general de la librería. La jefa suprema. Y Matthew es nuestro jefe directo, un escalón por debajo. Es bastante majo, en general.

—Pero está de vacaciones, ¿no?

Kate asiente.

Vale, pues imagino que me situaré un poquito más cuando conozca a Betty y a Matthew. Pues sí que hay chisme por aquí...

Las horas pasan y cuando terminamos la jornada, intento salir por patas para que Kate no se me acople, pero por un momento, me olvido de que mi amiga tiene vista de lince.

—No te saldrás con la tuya, *amorch*¹⁰. Vamos, reina, vente conmigo.

Ay, Dios...

¹ N. de la T. Deducimos que se refiere a *Todos quieren a Daisy Jones*, de Taylor Jenkins Reid, aunque en realidad este libro se centra más en los años setenta.

² N. de la T. El famoso puente rojo de San Francisco.

³ N. de la T. Una marca de Nestlé de productos con chocolate, los más reconocibles de los cuales son unas grageas de chocolate recubiertas de una capa de azúcar de colores, como los lacasitos.

⁴ N. de la T. Loca, pirada, desconectada de la realidad.

⁵ N. de la T. En inglés, «coincidencia» o «pareja». Se refiere a cuando dos personas se gustan y la aplicación de citas (en este caso, Tinder), las junta. Al coincidir, se desbloquea el chat con el otro usuario y pueden empezar a hablar.

⁶ *N. de la T.* Uso coloquial de los jóvenes de «cielo» o «mi cielo» que se basa en un meme de hace unos años. Con esa expresión se pretende responder con descaro.

⁷ *N. de la T.* Porros.

⁸ *N. de la T.* En inglés, conjunto de ropa.

⁹ *N. de la T.* Se refiere a la villana de la serie de películas estadounidenses inspiradas en las novelas de *Las crónicas de Narnia*, de C.S. Lewis.

¹⁰ *N. de la T.* Forma coloquial de decir «amor» que utilizan los jóvenes, especialmente los de la generación Z.

Helena

Voy maquillada como un payaso.

—¿Me estás arreglando para una cita o para un cumpleaños en el McDonald's? —digo.

—Deja de quejarte. Vas a estar perfecta. Si de verdad es un once, ¡no puedes quedarte corta!
¡Debes parecer una destructora de hombres!

Pongo los ojos en blanco.

—Pero si va a ser un rollo de una noche... ¡Luego ni lo volveré a ver!

—¡Pues por eso mismo! No tendrás tiempo de averiguar si es un imbécil. Sabemos de sobra qué vas a hacer esta noche, ¿no?

Joder, tampoco hace falta insistir tanto...

Por una vez, pienso dejarme llevar, divertirme. Quiero disfrutar esta noche y no preocuparme por lo que pasará mañana. Desde que me dejó Percy, no busco una relación larga. Necesito tiempo para pasármelo bien antes de encontrar a la persona adecuada. El problema es que, al cabo de varias semanas, una ya ve los defectos de la persona con la que queda y empieza a aburrirse. Es agotador. ¡No es tan fácil mantener la llama encendida!

Cada vez que pregunto a mis padres cómo han conseguido aguantar todos estos años, parecen tan sorprendidos como yo. Vamos, que eso tampoco me anima. Un día, mi madre se encogió de hombros y dijo: «Bueno, estás tú por en medio, así que...».

Viva el amor. ¡Estoy encantada de haber sido el pegamento de su relación!

Pero volvamos al presente. Me he puesto un vestido negro bastante escotado y encima llevo una chupa de cuero de Kate. Un poco roquera, la verdad. No es para nada mi estilo, pero tengo que decir que pega con el resto del conjunto.

—Ah, te he metido algo en el bolso —dice, sonriente.

—Déjame adivinar, ¿es un condón?

Su sonrisilla me lo dice todo. A veces, me exaspera. Meto la mano en bolso y saco no uno, ni dos, sino tres condones.

—¿Tres, de verdad?

—De tamaños distintos —contesta, como si fuera normal—. Nunca se sabe, chica. A veces, una se encuentra con un esparaguillo; otras, con un plátano, una berenjena, un pepinarro...

—Kate, lo pillo, cállate un rato.

Fiu...

Esta chica es un caso. Está obsesionada. Aun así, no pienso ponerme tiquismiquis. Me llevaré los condones. Las dos sabemos muy bien a qué voy esta noche. No voy a jugar al parchís, solo quiero conocer a alguien y pasar un buen rato. Que conste que esto nunca habría sucedido si no me hubiera topado con Anderson en Tinder. De verdad que es un once, así que me lo estoy tomando muy en serio. Si no, ¡estás que me pongo en plan guarrón! ¡Nanay!

—Ale, ya estás lista —dice Kate—. Qué penita. Crecen tan rápido...

—Cállate, boba.

Subo al tranvía con el corazón palpitando de emoción y nerviosismo. Las luces de la ciudad titilan y el sol se pone en el horizonte. El cielo se tiñe de rosa y naranja. Las calles de San Francisco cobran vida con una energía nocturna y cada barrio revela su carácter único bajo las luces de la ciudad. Me entra un escalofrío repentino que me baja por la espalda.

Hago lo que quiero cuando quiero. ¡Es tan estimulante!

En Nueva York no me andaba con tantas libertades. Aquí me siento como una persona más, un ente anónimo que tiene el control sobre su vida y decide vivirla como se le antoja.

El tranvía serpentea por la ciudad y me ofrece las vistas panorámicas de las colinas, los edificios victorianos con sus coloridas fachadas y el bullicio de las calles. Veo grupos de gente que se dirigen entre risas a restaurantes y bares, parejas que caminan de la mano y artistas callejeros que comienzan sus espectáculos nocturnos entre aplausos y vítores de asombro:

¡Oooh...! ¡Aaaaah...!

A medida que me acerco al bar donde he quedado con Anderson, mi excitación va en aumento. La imagen de ese chaval, con su pelo rubio y esa sonrisa que me da flojera, flota ante mis ojos, y me pregunto si será igual de atractivo en persona.

De repente, me vibra el móvil.

¡Es él!

***Anderson:** *¿Vienes de camino?*

***Helena:** *Ya casi estoy.*

***Anderson:** *Aquí te espero.*

Acompaña su mensaje con la foto de un cóctel, que debo decir que tiene una pinta increíble.

El tranvía aminora la marcha y, unos segundos después, me bajo. Mis pasos resuenan en la acera. El letrero del bar, a pocos pasos de la parada del tranvía, brilla como un faro en la oscuridad. Me recoloco el vestido por última vez, respiro hondo y me dirijo a la entrada.

¡Vamos, dale duro, Helena!

Al entrar en el bar, dejo atrás el sol poniente y me preparo para conocer a Anderson, mi misterioso surfista. Me abro paso entre las mesas, intentando parecer segura de mí misma, cuando una voz me saca de mis pensamientos.

—¿Helena?

Me quedo paralizada y me giro para mirar a Anderson.

Está ahí, justo detrás de mí, y menuda primera impresión. ¡Supera todas mis expectativas! Anderson es aún más guapo que en las fotos de Tinder. Su pelo rubio, ligeramente despeinado, le da un aspecto relajado y natural. Me mira con esos ojos azules, que brillan bajo las tenues luces del bar, con una mezcla de curiosidad y entusiasmo.

Lleva una camiseta bastante sencillita que moldea ligeramente su torso atlético y unos vaqueros que realzan su esbelta figura. Su aspecto es el de un surfista que ha cambiado la tabla por una noche en la ciudad. Aún conserva el aura relajada que vi en su perfil.

Anderson camina hacia mí con una sonrisa deslumbrante.

—Hola, encantado de conocerte —me dice con una voz cálida que hace vibrar el aire que nos rodea.

Me tiende la mano y, al estrechársela, siento una conexión inmediata. Su apretón de manos es firme pero suave, y no aparta en ningún momento sus ojos de los míos.

Balbuceo una respuesta, abrumada por el encanto natural que desprende este chico. Anderson es el tipo de persona que llama la atención sin esfuerzo. Su presencia es a la vez tranquilizadora y electrizante.

—Es... espero que no lleves mucho tiempo aquí —tartamudeo, intentando recuperar la compostura.

Soldado caído. Repito: soldado caído. ¡Socorríto, que me da! ¡Es guapísimo...!

—Para nada, acabo de llegar. Ven, he encontrado un rincón tranquilo para los dos — responde, guiándome hacia una mesa apartada.

Mientras camino a su lado, noto los ojos de los demás clientes puestos en nosotros. Anderson, con su andar seguro y su aura de surfista californiano, parece estar en su elemento, y por primera vez en mucho tiempo, siento que yo también estoy donde debo estar.

¡Qué bien sienta cambiar de vida!

Poco después, nos sentamos. Aún me intimida este chaval, pero intento que no se me note. No es plan de parecer un gatito asustado. Quiero que me tome en serio.

Vale, debería soltar algo de coña, para demostrarle que no me impresiona tanto.

Esto no es empezar en igualdad de condiciones y él lo sabe. Este tío no es guapo y ya está. Sabe que se ha pasado el juego con lo de la sensualidad.

¡No es justo!

Me sonrío una vez más y me deja... muñeca¹.

—Como vi tu foto, esperaba que llegaras vestidita en plan *hippy*, en una furgó del rollo paz y amor. Me gustan esas vibras.

Vale: tocada y hundida.

¡Gracias, Kate! Por tu culpa ahora se va a creer que soy una *bad bitch*² o que me va el rollo gótico. Aun así, me gusta que Anderson no se muerda la lengua y suelte lo que piensa. Me ha pillado un poco por sorpresa, pero no me lo tomo como algo personal.

—A decir verdad, cuando les enseñé tu foto a unos colegas, todos estuvieron de acuerdo en ponerte un apodo —continúa.

—Ah, sí, ¿cuál?

—Woodstock.

Mierda. Estaba segura de que el conjunto de anoche daba pena. ¡Podría haberme sacado una foto mejor!

—Venga, no inventes —respondo, pero no obtengo respuesta.

El camarero nos trae dos cócteles.

¿Ya se ha acabado el de antes? ¿Ha pedido por los dos?

—Me he tomado algunas libertades —confirma, como si me hubiera leído el pensamiento—. Y, en cuanto al apodo... Bueno, sí, puede que me lo haya inventado, pero creo que te queda que ni pintado.

Necesito algo ingenioso que soltarle. Ahora mismo. Ya de ya. Es una cuestión de supervivencia. No quiero que piense que soy un muermo. ¡Eso sería lo peor!

—Entonces, ¿a qué te dedicas, aparte de a coger olas?

Anderson esboza una sonrisa maliciosa y remueve el cóctel con la pajita.

—Nunca hablo de trabajo en un bar. ¡Se siente!

—Supongo que eso me afecta a mí también...

—No me apetece llenarme la cabeza de dramas esta noche. Pensemos en positivo, ¿vale? Estamos aquí juntos y este bar está guay, ¿a que sí?

Pues sí. Echo un vistazo alrededor y me empapo del ambiente. El bar tiene una estética industrial y chic: paredes de ladrillo, lámparas colgantes de metal negro que proyectan sombras geométricas sobre las mesas... La atmósfera es íntima y tiene un toque artístico. Hay plantas esmeralda y cuadros abstractos de colores vivos que contrastan con la austeridad de la decoración, lo que aporta vida y color al local. La música, una sutil mezcla de *jazz* moderno y *soul*, flota en el aire, pero a un volumen lo suficientemente débil como para facilitar la conversación. Mucho mejor que en El Diablo.

—¿Te gusta el local, entonces? —añade Anderson.

—No está mal...

—Es uno de mis sitios favoritos. Me gusta venir aquí a relajarme, sobre todo después de un largo día. Espera, no sé si te he entendido mal... ¿Has dicho que «no está mal»?

Asiento con la cabeza. Cada vez estoy más a gusto.

Tengo la impresión de que se lo ha tomado como una indirecta, como si hablara de él, así que mira, dos pájaros de un tiro. Mi surfista se echa a reír y se pasa una mano por el pelo.

—A ver, no es por nada, pero este es el mejor bar de la ciudad —dice con un exagerado aire de ofensa—. Así que no me vengas con «no está mal».

—Lo dicho, dicho está —contesto y me encojo de hombros.

La suave luz del bar le ilumina el rostro, le acentúa los rasgos y refuerza su encanto natural.

—Muy buena esa...

—Intuyo que estás a punto de decirme que conoces bien al jefe y es amigo tuyo —me burlo de él—. Es lo que suele pasar cuando alguien te recomienda un bar o un restaurante.

—No te pases. Paul es un colega, nada más. Tampoco es un amigo de toda la vida...

Este comentario me hace estallar de risa, pero creo que esa era la intención.

—¿Estás de coña?

—¡Pues claro! El jefe se llama Joe.

Este chaval es divertidísimo. Un bombón. Cuando se ríe, veo brillar su hilera de dientes blancos y perfectos.

Seguimos la velada en la misma línea: riéndonos de todo, arreglando el mundo y, sobre todo, hablando de cualquier cosa menos de trabajo. Anderson tiene algo que me hechiza. Estaría dispuesta a ir a la pista de baile en un momento dado para soltarme con él. Si no llevara tres o cuatro (o cinco) copas encima, creo que ni me lo plantearía.

De normal, me cuesta mucho soltarme. Lo mío es más ser la típica cortada, pero con él, todo es diferente y me dejo tentar. Cuando llegan las dos de la mañana, somos prácticamente los últimos clientes del bar, que está a punto de cerrar. Me acerco a la barra, pero Anderson parece decidido a pagar.

Ni hablar. ¡No quiero deberle nada!

Me meto la mano en el bolso e intento pagarle mi parte al camarero, que me mira incrédulo.

—Perdone, señorita, pero no aceptamos preservativos como medio de pago.

De repente, se me baja el alcohol.

—¡Hostia! Perdón, yo... Quería pagar con tarjeta, em... Será mejor que...

Anderson estalla en carcajadas una vez más. Pero entonces veo que está interesado y que la velada no va a acabarse pronto. A fin de cuentas, parece que este incidente me va a venir de

perlas.

—Déjalo —dice—. Invito yo. Qué menos.

Me resigno.

Mierda. Qué vergüenza...

De repente, me entran ganas de convertirme en el vaso roto que está recogiendo el camarero para tirarlo a la basura. Intento (sin éxito) armarme de valor para no deshacerme como un iceberg.

Salimos del bar y, una vez más, Anderson se burla de mí.

—Ya veo lo que tenías planeado para esta noche...

—No veas intenciones donde no las hay —digo, burlona.

—Perdona —dice, sonriente, mientras levanta los brazos en son de paz—, no sabía que los condones eran la divisa por excelencia de esta ciudad...

—Esto...

—Venga, que te llevo a casa.

Anderson no me deja muchas opciones y, a decir verdad, me parece bien. No quiero tener que buscar un taxi a estas horas, porque seamos sinceros, ¡estoy harta del transporte público! Así que le sigo sin rechistar.

Y entonces caigo bajo su hechizo. Mi surfista se detiene delante de un precioso Ford Mustang de 1966, rojo y cuidado, como si fuera nuevo. Me asomo por la ventanilla y observo que ha renovado el interior. La tapicería emula la de la época, pero los asientos son modernos.

Eso sí que es tener buen gusto...

—¿Te gusta? —me pregunta mientras miro fijamente el coche.

—¿Que si me gusta?

—¿Me vas a decir que esto tampoco está mal, Woodstock?

—Me llamo Helena.

—Me gusta más Woodstock. Lo siento. Es un mote mucho más mono.

¿Por qué me atrae tanto este tío?

Me estoy haciendo la simpática todo el rato, pero probablemente sea porque llevo el bolso lleno de condones, que me recuerdan mis objetivos para esta noche. Aun así, admitámoslo: es tan guapo que me tiemblan las piernas. Rechazar una oportunidad como esta sería un delito. Ninguna chica en la tierra me lo perdonaría.

Anderson arranca el coche. El motor ruge como un león y me estremezco.

—¿Aún piensas que no está mal? —se burla de mí.

—Bueno, yo diría que está bastante bien.

En lugar de ofenderse, Anderson parece disfrutar de mis comentarios. Acto seguido, le indico la dirección de mi piso y se pone en marcha. Muy caballeroso por su parte, todo hay que decirlo.

Me siento a gusto en su coche. Es cómodo y, además, hacía mucho tiempo que no tenía una cita tan agradable. La última vez, el tío en cuestión intentó meterme la lengua hasta la campanilla sin hablar siquiera. Lo aparté y me fui. Tuve que meterme tres chicles en la boca para quitarme su sabor a rancio.

Como las calles están prácticamente desiertas a estas horas, Anderson no duda en pisar el acelerador, probablemente para fardar, ¡y por desgracia, funciona!

Sí que eres débil, Helena...

Por el camino, charlamos sobre la ciudad.

—¿Llevas poco tiempo en San Francisco? —pregunto.

—¡Qué va! Nací aquí. No podría vivir sin esta ciudad.

Observo un aire contrariado en sus ojos, pero no rechisto. Anderson se detiene frente a mi casa y apaga el contacto.

—Bueno, pues ya estamos aquí —dice—. Has llegado a tu destino, Woodstock.

Kate... Te mato.

—Gracias.

—Supongo que aquí nos despedimos...

¡Vamos, joder, échale cara!

Lo último que me apetece es salir de su coche, pero él no parece insistir en que me quede. Sin embargo, me mira con deseo. Lo siento desde aquí. Aun así, parece que Anderson es buen chico y no creo que busque esto de primeras. ¿O sí?

¿No era un seductor nato? ¡Dale un empujoncito, petarda!

Siento que Kate está hablando en mi cabeza. Qué frustrante...

—¿Pasa algo? ¿No sabes dónde has puesto la cinta de flores? ¿O es que se te ha caído el porro detrás del asiento?

Me río y me muerdo el labio. Siento un cosquilleo que no puedo ignorar. Me lo quedo mirando y mi pecho se hincha por la excitación. Anderson tiene las pupilas dilatadas y los labios entreabiertos, pero mantiene una mano en el volante y la otra en la palanca de cambios. Cuando siento la humedad en mis bragas, me sorprendo abriendo la boca para decir:

—Estaba pensando que...

Sin más dilación, me inclino hacia él con un movimiento brusco a la par que dulce, y sin darle tiempo a reaccionar, le beso.

Lanzarse siempre da miedo. Kate tiene varios lemas en la vida y uno de ellos es: «un beso que dura más de cinco segundos tiene muchas posibilidades de derivar en un polvo a cuatro».

Encantador, ¿verdad?

Pero tal vez eso sea justo lo que quiero.

1... 2... 3...

Nueva vida, nuevos hábitos, nueva Helena. ¡También quiero divertirme, joder!

4...

La entrepierna de Anderson no parece oponerse.

5...

He aquí mi destino. Ha llegado la hora de la verdad: todo o nada. Por suerte, la lengua de mi cita se aferra a la mía y no doy crédito.

¡Será posible! ¡Por una vez, Kate tiene razón!

Anderson no quiere dejarlo así y no seré yo quien le contradiga. Sin embargo, esta vez es él quien toma la iniciativa.

El coche no es necesariamente el lugar más cómodo del mundo, pero a ninguno de los dos nos importa en este momento. Lo que prima es el presente y el cosquilleo urgente que siento en la entrepierna.

Le desnudo lo mejor que puedo y él hace lo mismo, con la prisa salvaje de dos personas que se atraen mutuamente. Ambos nos quedamos en ropa interior. Anderson me devora con sus besos y cada vez que entrelaza su lengua con la mía despierta en mí millones de sensaciones que quiero explorar con él. Solo con él.

Su piel es infinitamente suave y cálida. Cuando me agarra y me coloca a horcajadas sobre él, suelto un grito de sorpresa y él se ríe.

—¿Qué pasa, Woodstock? ¿No te lo esperabas?

—De hecho, estaba deseando que lo hicieras...

Dentro del coche, la temperatura no deja de subir. Anderson me acaricia los muslos con ansia, como si me necesitara a toda costa y poco después, se adentra en mis bragas. Sus dedos rozan mi sexo caliente y se bañan en mi carne empapada. En su regazo, me contoneo suavemente para sentir sus caricias y me agacho de vez en cuando para dejarme llevar de nuevos por sus besos. Pasamos así un par de minutos hasta que sus dedos me colman de placer.

Noto su sexo erecto bajo la tela del bóxer y le gimo en el cuello. Necesito más. Nos estamos calentando con los preliminares, pero siento un ansia visceral de tenerlo dentro de mí, así que me alejo levemente de sus dedos anhelantes y saco los condones del bolso.

—¿Qué talla? —pregunto.

—Adivina.

—¿Quieres que lo compruebe yo misma con la mano?

—Puede...

Su sonrisa es absolutamente irresistible. Habría que ser de piedra para no caer rendida ante esos hoyuelos y esos ojazos. Estoy segura de que este tío fue concebido como dios del Olimpo, pero lo enviaron a la tierra tres mil años tarde.

Tal y como me pide, me humedezco los dedos y le acaricio el miembro con un tacto firme y agradable. Anderson gime y su aliento caliente despierta una necesidad en mí. Después de unas cuantas idas y venidas, deduzco la talla adecuada. Ahora ya podemos empezar.

Conmigo a horcajadas, Anderson se baja el bóxer y se enfunda el condón.

—Déjate la lencería puesta —me pide.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal. Me encantaría desnudarme entera, pero accedo. Mi surfista aparta ligeramente mis finísimas bragas y lubrica su miembro duro en mi entrada antes de penetrarme. No aparta la vista de mí en ningún momento. Acto seguido, me veo envuelta en un coro de suspiros, caricias y besos. Lo agarro del pelo y me dejo llevar en el fondo de sus ojos. Él me acaricia la espalda y me desabrocha el sujetador mientras yo se lo sigo haciendo. Me agarra de los pechos y se incorpora ligeramente para jugar con la lengua en la zona de mi escote. Luego sube de nuevo y me susurra al oído:

—¿Quieres que marque el ritmo, Woodstock?

Joder...

Se me pone la piel de gallina. Si muriera ahora mismo, moriría feliz. Asiento con la cabeza. Entonces su vaivén se acompasa al mío y me empuja desde abajo para explorar la parte más honda de mi sexo. Siento el placer en cada fibra de mi cuerpo y me pregunto si será por su habilidad o por el tiempo que llevo sin follar.

En realidad, tampoco voy a mentirme. Aunque mi ex me dejó hecha polvo, no soy una monja, y desde luego, ninguno de mis rollos de una noche se acerca en lo más mínimo a la forma en que Anderson me lo está haciendo. Creo que no me equivocaba con lo del dios griego.

A diferencia de otros, él se centra en mi placer y me lo hace despacio, luego duro, después despacio otra vez. A veces me cede las riendas y deja que me lo folle a mi gusto. Es evidente que está conteniendo las ganas de darme fuerte. Aun así, me gustaría probarlo en todas sus facetas.

Nuestras respiraciones empañan las ventanillas del coche, como si quisiéramos ocultar nuestro placer a los transeúntes. Nunca lo había hecho en un coche así, en plena calle. Por suerte, vivo en un barrio tranquilo y mis vecinos son, en su mayoría, gente mayor. No creo que haya nadie rondando por aquí a estas horas.

De repente, Anderson echa para atrás el respaldo del asiento del conductor hasta dejarlo en horizontal. No sabía que podía hacerse algo así. Me caigo encima de su torso caliente y él me pone ambas manos en el culo. Con un gesto decidido, me ayuda a moverme encima de él y a darnos placer con una fricción deliciosa. Pasados unos segundos, se incorpora ligeramente, sale de mí y, sin soltarme, nos gira para cambiar de postura.

Me tumba de espaldas con cuidado y luego baja la mano con vigor hacia mi sexo. Solo entonces me baja las bragas, que están empapadas por nuestras embestidas (y probablemente, un poco dañadas por la fricción). Ya completamente desnuda, me acaricia el clítoris. Mientras me estimula con los dedos, se relame los labios y me sostiene la mirada. Luego va bajando por mi cuerpo, cubriéndome de besos. Siento su saliva ardiente en la piel y rezo porque detenga su descenso a escasos centímetros de mi sexo, que hasta hace poco, estaba escondido tras el encaje. Por suerte, mis deseos se cumplen y Anderson me besa en las ingles. Poco después, sube con la lengua y relame mi sexo a fondo, como si estuviera ansioso por explorarlo. Recorre mi humedad y me hace gritar del gusto, más de lo que me gustaría. Sin embargo, en vez de dejar que me corra, se incorpora de nuevo y sube hasta mis labios para darme a probar mi sabor.

—Por favor, sigue... —le pido.

Anderson emite un gemido gutural y vuelve a colocarse entre mis muslos. Esta vez, lo hace sin cuidado. Me aferro a la parte baja de su espalda con las piernas y le rozo el torso con mis pezones erectos. Entonces me embiste como si fuera lo último que fuera hacer en su vida y, unos segundos después, sucumbo. El orgasmo se desata en mi bajo vientre y me transporta a otra dimensión. Anderson se esmera en hacerme gozar y me acompaña con sus gemidos cuando me precipito al vacío. Cuando cesan mis espasmos, me pregunta:

—¿Quieres que siga? Me muero por correrme dentro de ti...

Aunque tengo el orgasmo aún reciente, me veo capaz de continuar.

Quién sabe, a lo mejor llego otra vez...

—No preguntes, hazlo —digo entre jadeos.

A Anderson se le iluminan los ojos por la pasión. Me embiste un par de veces más y me estimula los pezones para que no decaiga mi deseo. Siento un dulce cosquilleo en mi sexo y cruzo los dedos para que me lleve una vez más al borde del precipicio. Sus jadeos me animan a dejarme llevar de nuevo. Siento un calor irrefrenable en mi sexo, y unos segundos después, mi amante se corre y esta vez, yo lo hago con él.

Acabamos cubiertos en sudor. Anderson deja que me ponga la ropa y pase al asiento del copiloto. Él recoloca el respaldo del conductor y luego me mira con ojos lascivos.

—Me voy a arrepentir de que esto solo sea un rollo de una noche, Woodstock...

Yo también. Pero eso es lo que me había prometido: un polvo y no más.

—Siento decepcionarte, pero no estoy preparada para una relación, Mustang.

Sonríe. Parece que le gusta el apodo que le he puesto.

—¿Una mala ruptura?

—¿Sueles hablar de esto con tus citas de Tinder?

Y más después de follar...

Se encoge de hombros, se sube los calzoncillos y los pantalones y se abrocha la cremallera.

—Bueno, y ¿por qué no?

—Porque es raro. Bueno, no vas mal encaminado, pero en fin, solo quería vivir el momento y divertirme un poco...

—¿Y te has divertido? —pregunta, levantando una ceja.

—Sí, bastante.

Sonrío con franqueza. Me lo he pasado genial esta noche y, durante unas horas, me he olvidado de todo lo demás. ¡Podría decirse que ha sido un éxito! Bueno, para mí, lo es. Pero una pregunta sigue sin respuesta.

—¿Y tú? ¿Qué buscas?

Como si quisiera evitar la respuesta, se pasa una mano por el pelo con aire evasivo.

—Pues como tú. Un poco de diversión, en realidad. He pasado demasiado tiempo intentando convertirme en alguien que no era. Tampoco hacía falta seguir torturándome. Ahora estoy tratando de seguir con mi vida.

—Pobre Mustang, ¿tu madre era muy autoritaria? ¿Tienes traumitas?

Mi comentario le saca una carcajada sonora.

—A callar, Woodstock. Mañana trabajas, ¿verdad?

Asiento con la cabeza. No quiero que este momento acabe, porque esa miradita apenada significa que no volveremos a vernos. San Francisco es una ciudad enorme y las posibilidades de que nos encontremos de nuevo son mínimas.

Pero ¿qué digo? ¡No quiero volver a verle! ¡Esto es un rollo de una noche!

Así es como una se cura, o eso dicen. Normalmente, cuando me duele algo, me medico, no recurro a un pene, pero ¿por qué no? No tengo nada en contra de la medicina alternativa. Sobre todo cuando la zona afectada no es otra que el corazón. Sí, el corazón, no seáis malpensados. Todavía está hecho pedazos y eso no va a cambiar por el momento.

Confundida por el torbellino de emociones del polvo, suelto sin pensar:

—Adiós, Mustang.

Y dicho esto, salgo del coche de Anderson y subo a mi piso. Aún medio borracha y rayada por esta noche tan peculiar, me meto en la cama, intentando apartar de mi mente sus maravillosos ojos azules.

¹ N. de la T. Forma coloquial de decir «loca», «intranquila» o «en shock».

² N. de la T. Persona que tiene un carácter fuerte y se las gasta de borde.

Matthew

Unos días antes de que Anderson y Helena se conozcan, en una preciosa playa.

—Te toca, Matt. Dale si te atreves.

El sol está alto en el cielo, el viento sopla con fuerza y estoy contentísimo con el reto que me he fijado. Si se trata de correr un riesgo estúpido e innecesario, ¡llamadme, seguro que me apunto!

Ya sé que la ola es enorme, pero no le tengo miedo.

¡A por ella!

Me pongo de pie sobre la tabla sin pensármelo dos veces y me deslizo por la superficie del agua con una facilidad que impresiona mis colegas. El aire puro se filtra en mis pulmones. La sensación de libertad es indescriptible. No se parece en nada a lo que vivo en el trabajo.

—¡Serás cabrón! ¡Lo has conseguido! —dice Derek.

—¡Ojo al mamonazo! Si quisieras, podrías hacerte profesional... —se lamenta Anton.

¡Vaya par de envidiosos!

—Será posible, los imbéciles estos... —digo, burlándome de ellos—. Desafían al maestro y aún creen que pueden con él.

Los dos sueltan una carcajada sonora y me dan palmaditas en la espalda.

Lo mejor de la playa (aparte de las olas, claro) es el chiringuito. Quiero decir, venden bebidas frías y perritos calientes... ¿Qué más se puede pedir?

Levanto la tabla con ambas manos para cargar con ella y me dirijo al pequeño establecimiento con mis colegas.

¡A ver qué nos pedimos!

Llevamos varias semanas en busca de las mejores zonas de costa y tengo que decir que me está sentando genial descansar. La ventaja de estos dos inútiles es que siempre puedo contar con ellos. Me han acompañado las últimas semanas y juntos hemos hecho el pleno de todos los festivales de *rock* habidos y por haber. Ahora mismo, no podría estar más *chill*¹, y os lo digo abiertamente: no me apetece una mierda volver al trabajo. No es que sea un vago, ni mucho menos, es solo que...

—¿Cómo van las cosas con tu ex? —pregunta Derek, mientras abre la lata de cerveza con un chasquido.

Será capullo... ¡Sabe que es un tema delicado!

—No me apetece hablar del tema.

—Venga, ánimate. Anton y yo llevamos un tiempo llamándote «el yerno ideal».

—Callaos de una vez, chapas, que sois unos chapas.

—¿Recuerdas aquella vez que nos invitó a su barbacoa? Había camareros y todo... —dice Anton de broma, porque en realidad, nunca sucedió. Al menos, no como tal.

Sacudo la cabeza y sonrío, aunque en el fondo me avergüenzo un poco de mí mismo.

En verdad, si lo pienso, esta relación ha acabado conmigo. Poco a poco, sin que yo me diera cuenta, se fue adueñando de mí y de lo que solía ser. Apenas parecía yo. Un día me levanté, me miré al espejo y vi a un tío que no reconocía. Me quedé de piedra y me di cuenta de que tenía que salir corriendo. Pirarme como fuese. Tenía que pasar página, avanzar hacia nuevos

horizontes. Y por eso, busqué al nuevo dueño de mi antigua furgó y se la compré.

Era necesario.

—Me sé de un par de gilipollas que van a volver a casa andando...

—No, hombre, no... La barbacoa esa debió petarlo —ríe Anton—. Venga, enróllate, que me duelen las piernas.

Entre risas, nos dirigimos al aparcamiento donde está mi furgoneta y nos subimos. A estos dos simplones les gusta llamarla «la máquina del misterio» porque se parece a la de Scooby-Doo. Lo que no saben es que esta furgoneta es todo un sueño para mí. Es mi proyecto, pero para eso, debo ahorrar algo de dinero y restaurarla a fondo, para que sea capaz de recorrer más de cien kilómetros sin averiarse. ¡Me fliparía conseguirlo!

Así, podría recorrer la costa del país y escapar de la realidad. Aquí me siento en la cárcel. Mi única ilusión es mi furgó, pero por ahora... habrá que quedarse aquí, en las afueras de esta ciudad que me asfixia. Al menos tengo dos amigos que se unen a cualquier plan.

—¿Cuándo vuelves al trabajo? —pregunta Anton, como si quisiera abordar el tema.

—Como sigas por ahí, te tiro en marcha.

—Has cambiado, tío... —dice Derek.

—¿Por?

—Ni siquiera le has pedido el número a la chica que te estaba mirando en la playa.

Ah, ¿eso?

—Toda tuya. Compartir es vivir, tío. Con un poco de suerte, si te me arrimas mucho, a lo mejor consigues ligar una o dos veces en toda tu vida.

Dicho esto, arranco la furgoneta. Dejamos atrás el sonido de las olas y la música del camino pasa a ser la risa de mis colegas. Conducir por la carretera costera es casi como ir a terapia: las magníficas vistas del océano y los acantilados me ayudan a despejarme. Derek y Anton siguen bromeando y riendo, pero mis pensamientos vagan hacia otra parte, concretamente, hacia mi ex.

Dios, no me apetece nada verle la cara...

—Matt, ¿sigues ahí?

Anton me saca de mis pensamientos.

—Sí, sí, estaba pensando en mis cosas —respondo.

—En esa chavala que te está haciendo la vida imposible, ¿verdad?

Derek parece leerme el pensamiento. Suspiro. Quizá sea hora de cambiar de mentalidad. No puedo seguir así. Ni de coña. Si no, tocaré fondo.

—Creo que ya va siendo hora de dejar las cosas claras.

—¡Sabía que nuestro Matt no había desaparecido del todo! —exclama Derek, dándome una palmada amistosa en el hombro.

—Si te marea, llámame —dice Anton—. Si aparezco por allí, a lo mejor el ambiente se aligera, ¿eh o qué?

Sonríó al escuchar los comentarios de mi amigo. Es tonto, pero no lo conozco de otra forma. No querría que cambiase por nada del mundo.

Cuando llega la noche, me tumbo en la cama y pienso en retrospectiva.

¿Qué ha hecho Betty conmigo?

La semana pasada fue Marina. La anterior, Jade. Y una semana antes, Francesca. Tampoco es

que pueda decir que haya tenido una cita con ninguna de ellas. A la mañana siguiente, casi siempre amanecía solo. Han sido rollos de una noche, o de unos pocos días, como mucho. Después de lo que me pasó con mi ex, no me apetece meterme en una relación duradera. No estoy listo para sentar cabeza. Lo estaba, pero ella lo echó todo a perder. Me absorbió, me convirtió en algo que no soy y llevo un tiempo odiándome por ello.

Me entró miedo y hui.

Tenía un carácter de manipuladora total, pero me costó mucho abrir los ojos. Al final, fue demasiado para mí. A veces, huir sigue siendo la mejor solución. Cuando era más joven, tenía sueños y eran muy distintos a lo que ella me dio. Pero ahora estoy en proceso de hacer realidad mis fantasías.

Aspiro a ser libre, ¡nada más! Todo el mundo debería tener derecho a algo así, pero con ella, eso no era posible. Sus sueños siempre iban por delante de los míos y tardé mucho tiempo en admitir que no estábamos hechos el uno para el otro. En fin, así son las cosas. A veces lleva tiempo darse cuenta de lo que nos rodea, y más aún si la verdad es dolorosa. Porque doler, duele un rato.

Recuerdo ese día como si fuera ayer. Algo me hizo clic en la cabeza y me di cuenta de que no encajaba con toda esa gente. Habíamos decidido organizar una barbacoa. Yo esperaba que fuera un momento de risas y amigos, pero fue todo lo contrario. Le dije a Betty que quería invitar a Anton y Derek. Para eso eran mis colegas, ¿no? Los echaba de menos.

—No, peluchito, no... —dijo, con voz dulzona.

Betty me puso la mano en la cara y me dio un beso en la mejilla.

—No pueden venir...

—¿Por qué?

Mi ex barrió el lugar con la mirada. Dentro estaba su familia. Insisto: solo su familia. No había dejado siquiera que viniera la mía. Poco a poco, me había ido aislando de mis amigos y de todas aquellas personas que no le interesaban. Quería ser el centro de mi vida y controlarme del todo. Pero no contaba con que Anton y Derek son de lo más importante de mi vida.

—Pues porque... Bueno, tus amigos no son... cómo decirlo... Mira a tu alrededor, Matt.

Y eso hice, como si fuera a encontrar una respuesta real. Lo único que vi fue gente vestida como si fuera a misa, camareros llenando copas de champán y de vino y poco más.

Entonces lo entendí.

En realidad, me traía sin cuidado esa barbacoa de pijos, así como los camareros, el césped bien cortado y los *milindris*² de sus padres, que me veían como una especie de *hippy* demacrado al que le gustaba el surf. Para ellos, no era más que una mascota, un fiel perrillo que se mete en su caseta cuando se lo pides. En fin, volviendo a lo principal: me importaba una mierda el todoterreno, los margaritas o el jerseicito de cuello alto que quería que me pusiera la remilgada de mi ex.

Toda esa basura era completamente opuesta a mí y me estaba asfixiando.

—Necesito tomar el aire —dije.

Y no tardé en hacerlo.

Cuando volví, una vez que los invitados se habían marchado, tuvimos la discusión más intensa de toda nuestra relación. Nuestra casa parecía el ojo de una tormenta con tanto grito. Lo de las rabietas y peleas no era un caso aislado. Eso sí, cada vez que discutíamos, la culpa siempre era mía. Como si yo no fuera lo suficientemente bueno para ella.

Sí, así me hacía sentir. No dejaba de recordarme con sus gestos, con su tonito condescendiente, con sus palabras, que tenía suerte de que ella se hubiera fijado en mí y no al revés.

Había acabado conmigo y lo único que quedaba de mi vida anterior era mi tabla de surf, pudriéndose en un rincón del garaje.

Aquella noche me fui una vez más de casa y me dirigí al bar. Cuando llegué, Anton y Derek estaban allí, jugando al billar. Hacía siglos que no me veían y, por la expresión de sus caras, supe que tenía que huir cuanto antes. Según me dijeron, tenía la tez lívida. Parecía un fantasma: estaba cambiado y no me quedaba ni un gramo de personalidad.

Pero en ese momento, una chispa resurgió y se apoderó de mí, como en una dosis de fuerza vital. Esa descarga interior vino a rescatarme. Mi corazón gritaba que tenía mucho más por lo que vivir, más que esa vida infernal y conformista.

Aquella noche decidí dejarlo todo atrás y empezar de cero.

¹ *N. de la T.* En inglés, relajado.

² *N. de la T.* Tiquismiquis, especialitos.

Helena

—¡Pero dinos algo, chica! En serio, tía, ¡ahora no te cortes con los detalles! —me suplica Kate con cara de indignación.

Detalles, detalles... ¡Sí, bueno...! No me apetece que sepa todo lo que pasa en mi vida privada. Por algo es privada, ¿no?

En fin, de todos modos, parece que Travis y ella, sentados en la sala del personal, se mueren por saberlo. Son como dos perrillos hambrientos frente a un hueso que rosigar¹. De repente, son todo oídos y no les interesa saber nada más que los detalles guarretes de la cita de anoche.

Qué vergüenza, ¿no?

—Lo siento mucho por vosotros, pervertidos, pero no pienso contaros nada.

—¡Joder, serás aguafiestas...! Pero no bajas la guardia: estoy segura de que encontraré la manera de hacerte hablar, amiga.

—Ya te gustaría... —digo, cruzándome de brazos.

—Ya veremos...

Kate se levanta de la mesa y camina hacia mí.

¿En qué estará pensando esa cabecita retorcida? Siempre que se pone así de chula, me hace desconfiar.

—¡Travis, a por ella!

Mi compañero de trabajo cumple órdenes y, a toda velocidad, me agarra de los brazos. Entonces Kate rebusca en el bolsillo de la chaqueta que aún llevo puesta.

Pero ¿qué hace la loca esta...? Oh, mierda, ya veo por dónde van los tiros...

—¡MUAJAJAJAJÁ! —exclama—. Lo sabía, pillina. Solo dos condones. Ayer había tres, ¿me equivoco? Te toca confesar. ¡Algo pasó! Hubo coito, ¿verdad? ¿Y pensabas no contármelo?

—«Coito», ¿en serio? —pregunto, molesta.

Vale, pues ya está. Pillada.

Tengo que admitir que a Kate-lock Holmes se le da bastante bien investigar.

—Oye, espera un momento —continúa mi amiga—, aquí falta la talla XL...

—¡Bueno, suficiente! Si quieres te doy detalles, pero ¿de verdad tiene que estar Travis presente?

Mi compi levanta las manos en son de paz y se dirige a la puerta.

—Lo pillo, lo pillo. Es una conversación privada entre amigas. De todos modos, se me ha terminado el descanso, así que... Hasta luego, chicas.

Travis desaparece y Kate se vuelve hacia mí con una mirada traviesa.

—¿Es o no es un bombón?

—¿Travis? Sí, se pone guapísimo cuando lo utilizas como perro policía para inmovilizarme.

—Bueno, venga, al lío —continúa, acercándose a la máquina expendedora para darle un golpe a traición—: cuéntame cositas.

Mi amiga coge el paquete de M&M's refunfuñando (porque claramente quería un Snickers²), y luego me interroga con la mirada, como si pretendiese beber de mis palabras.

—Tampoco me voy a pasar de cochina, ¿eh? Es que lo hicimos en un lugar que no me

esperaba, ¿sabes? En plan, fue un «aquí te pillo».

—¿Que no te lo esperabas? ¡Toma ya, eso es aún mejor! ¡Me encanta! ¿Dónde? Cuenta, cuenta.

—En su coche.

Kate abre los ojos de par en par, como un salmón en un cubo de hielo antes de que lo vendan en la pescadería del barrio.

—¡Tienes que estar de coña! ¿Serás putón? ¿No te da vergüenza?

Sonriente, le digo:

—¡Qué va...! Uf, y estaba bien dotado, ¿sabes?

—Calla, que me pongo celosa. Mi noche fue muuucho menos divertida. Me acabé mi serie favorita y Travis no estaba disponible para salir a tomar algo conmigo.

—¿Por qué no le dices que te gusta de verdad?

—Pero ¿a ti qué te pasa? Una depredadora como yo jamás persigue a su presa como una desesperada. Hay que acechar un poquito, hacerse la remolona, no ir a saco desde el principio.

¡Como si ella no fuera la mejor en eso último!

Kate es la reina de hacerse la salvaje con los tíos. Jamás se queda corta y la mayoría de los chavalines salen huyendo cuando ella saca las garras. Solo los más atrevidos optan por quedarse. No es muy casta, que digamos. Por eso, no me sorprende que nadie le haya puesto un anillo en el dedo. Bueno, por eso y porque somos jóvenes aún.

Y yo que en otra vida quise que me lo pusieran... ¡Nada de novios!

—Vale, vale, como quieras. No diré ni mu —le aseguro.

—Más te vale. Bueno, tampoco chapes esa boquita durante todo el día. Los jefazos quieren verte en el despacho. Algo vas a tener que decirles, ¿no?

Me quedo muda, con los ojos muy abiertos.

—¿Los jefes quieren verme? ¿Por? ¿Qué crees que ha pasado?

Kate se encoge de hombros, con una expresión entre divertida y curiosa.

—No tengo ni idea. Quizá quieran felicitarte por un trabajo bien hecho. O puede que se hayan enterado de que has estado tirándote a un desconocido en su coche y hayan pensado en darte una medalla por tu osadía.

La miro mal, pero se ríe y añade:

—Anda, ve a ver qué quieren. Luego vienes y me lo cuentas, ¿vale?

Me levanto y asiento. Estoy un poco nerviosa. Mientras camino hacia el despacho de los jefes, pienso en mi noche con Anderson. Una sonrisilla tonta se me dibuja en la cara. Fue inesperado, un momento de locura, pero increíblemente emocionante. ¿A qué se dedicará? Teniendo en cuenta su cuerpazo, seguro que es el propietario de un gimnasio. O quizá sea un millonario de telenovela, o un *serial lover*, con su larga lista de conquistas, como en los libros.

Cuando llego a la puerta del despacho, respiro hondo y llamo con los nudillos.

Noc, noc, noc.

—¡Adelante!

Abro la puerta y allí está la jefa, la señorita McGee. No está sola: la acompaña un joven rubio que parece recién salidito de una escuela de negocios.

Bueno, pues ya conozco a Betty...

Betty McGee encarna una fría elegancia burguesa. No parece mucho más mayor que yo, pero tiene un aspecto bien cuidado y es toda una belleza, con su melena rubia perfectamente peinada y unos ojos azul claro que lo analizan todo con frialdad. Su traje pantalón a medida realza su

esbelta figura, que complementa con zapatos de tacón de diseño y joyas de lujo de apariencia discreta. Su presencia me intimida y fascina a la vez, e irradia una confianza en sí misma y una profesionalidad innegables.

No sé muy bien qué decir delante de ella. Enseguida siento que voy vestida como un despojo y que me está minando la moral.

—¿Querías verme?

—Sí. Me han dicho que te contratamos hace poco. Parece que por aquí, todo está en su sitio, lo cual es genial. ¿Qué tal el primer día?

Me esperaba cualquier cosa menos esa pregunta. Así que me quedo inmóvil durante unos instantes.

—Esto... Bueno, todo va bien. Me... me gustan mucho los libros, ¿sabes?

Betty me atraviesa con esos ojos azules. Es como si pudiera leerme la mente. Su mirada es inquietante y desagradable a la vez.

—Estupendo. Tengo una misión especial para ti. Tómalo como mi forma de darte la bienvenida. Me gusta cuando mis trabajadores se conocen y hacen migas.

Abro los ojos de par en par. ¿Una misión? ¿Para mí? No esperaba que confiase en mí tan pronto. Prácticamente acabo de empezar, pero Betty McGee, con su expresión impecable y comedida, desliza una carpeta sobre la mesa que tengo delante.

—Estamos organizando un gran evento literario. Es una oportunidad para que demuestres tus habilidades. Trabajarás mano a mano con tu superior, que es el encargado de este tipo de ocasiones. En esta carpeta encontrarás toda la información que necesitas.

Cuando cojo la carpeta, me tiemblan las manos. ¿Un evento literario? Parece todo un reto, sobre todo para una empleada nueva como yo.

—No te preocupes, tu superior te indicará cómo proceder, pero espero de ti iniciativa y un pelín de innovación. Así coges experiencia, algo que te vendrá muy bien para tu desarrollo profesional —dice, con un deje enérgico en su voz helada.

—Haré... haré todo lo que pueda —digo con un hilo de voz.

—Así me gusta. Pues nada, puedes empezar ya mismo. Te presentaré a tu superior directo.

Asiento, todavía un poco sorprendida, y me levanto para salir del despacho. Mientras camino hacia el despacho de ese jefe al que todavía no conozco, se me forma un nudo en el estómago.

Son los nervios. ¡¿Cómo no?!

Es una oportunidad increíble, pero también una gran responsabilidad. Aun así, respiro hondo y me recuerdo que este tipo de oportunidades son las que dan forma a una carrera profesional.

Como es la primera vez que me reúno con él, Betty me acompaña, para evitar malentendidos o las desavenencias del directo. Mentiría si dijera que tengo mucha confianza en mí misma ahora mismo. De hecho, la jefa me intimida bastante. Es muy distante, así que deduzco que el trato con ella no es fácil. Además, lo que yo creía que era una librería bastante tranquilita es, en realidad, un imperio dirigido por una empresaria que parece una belleza de hielo. No me lo puedo creer. La cantidad de documentos que había en su escritorio era... desmesurada. Por no hablar de la carpetita que me ha dado... De momento, no me atrevo a cotillear.

¿Convendría que le echara un vistazo? ¿Lo entendería como iniciativa propia? La verdad es que lo dudo mucho.

Betty llama tres veces a la puerta del despacho y espera respuesta. La librería no es como me la había imaginado. O sea, sí, está nuestra planta, donde, como meros empleados, nos movemos de aquí para allá y colocamos los libros en las estanterías. Como mucho, atendemos en caja. Pero

esta librería tiene otra cara mucho más empresarial en la última planta. Aquí está el cuartel general, y mientras esperamos fuera del despacho, Betty me cuenta cómo dirige las oficinas. Y así, sin más, mi sueño absurdo de trabajar en la pequeña librería de barrio se hace añicos.

Admitámoslo: es comprensible. Betty está en el negocio para ganar dinero, no por amor a la literatura. Bueno, ¿quién sabe?! A lo mejor sí adora los libros, pero no parece la típica lectora empedernida. Cuando la miro, solo veo a una mujer con prisas y cara de desencanto constante. Parece que está molesta a todas horas.

Mi hipótesis se confirma cuando abre la puerta de un empujón. Sin embargo, una vez en el despacho, mis ojos se cruzan con los de mi supuesto jefe y el corazón se me para en seco.

¿Anderson?

—Te presento a Matthew Anderson, tu superior directo. Matt, ¿puedo dejarte con la chica nueva? Se llama... Helena, ¿verdad?

Asiento con la cabeza de forma lacónica, intentando no morirme allí mismo.

Me cago en la madre de todas las pilinguis.

No puedo creer lo que ven mis ojos. ¡No! ¡Esto no puede estar pasando! ¿Qué probabilidades había de que sucediera algo así?

En cuanto me mira, me doy cuenta de que está tan avergonzado como yo.

—Em... encantado de conocerte —Se levanta para darme la mano—. Me llamo Matthew. Matthew Anderson.

Sonrío tímidamente, como si me hubieran grapado la boquita para mantenerla cerrada. Me cago viva.

¿Por qué tuvo que mentir sobre su nombre? ¡El muy imbécil...!

Pero entonces me doy cuenta de que no mintió: usó su apellido en Tinder en lugar del nombre, pero aquí, todo el mundo le llama Matthew. En fin, llegados a este punto, lo mío no es mala suerte, es el equivalente a romper un espejo debajo de un andamio mientras un gato negro me echa un mal de ojo.

¿Y ahora, qué?

Todavía me veo, unos minutos antes, contándole a Kate los detalles más guarros de mi rollo de una noche. No puedo ir por ahí con la reputación de la chica que se tira al jefe. Esa no es en absoluto la imagen que quiero proyectar. Dios... En vaya lío me acabo de meter. Voy a tener que salir sola de este berenjenal.

¡NI SE TE OCURRA IR CONTÁNDOLO POR AHÍ, BONITA!

—¿Todo bien, Helena? —pregunta Betty.

—S... sí. Estoy fenomenal.

—Bueno, Matt, nos vemos luego, en mi despacho. Tenéis mucho trabajo por delante. Helena tiene la carpeta con los detalles. No me falléis.

—No, por supuesto que no... —asiento como una niñita inocente.

Me quedo quieta un momento y Betty me mira con el ceño fruncido.

—Te quedan un par de minutos de descanso, ¿me equivoco, Helena? Puedes aprovecharlos si quieres. Te quiero fresca para tu primer proyecto.

Salgo del despacho con la señorita McGee pisándome los talones. Siento como si se hubiera abierto una enorme brecha en el suelo y el mundo entero estuviera a punto de desmoronarse. No es una tragedia, es mucho peor que eso.

¡Esto es un infierno!

Sigo aturdida. Las piernas me pesan una tonelada. Ni siquiera escucho a mi jefa, que no deja

de hablar. La verdad es que no podría importarme menos lo que dice. Yo solo sé que me encantan los libros, que necesito este trabajo y que ese puto rollo de una noche podría salirme muy, muy caro.

Intento concentrarme en la misión que tengo entre manos, pero mis pensamientos vuelven una y otra vez a Anderson. Bueno, a Matthew.

A la mierda, ¿qué más da cómo se llame?

¿Cómo voy a trabajar con él después de lo que ha pasado entre nosotros? Tendré que guardármelo para mí, ser una profesional, pero ¿cómo voy a ignorar la tensión? Se lo noto en los ojos: se arrepiente de lo que pasó, y encima, he intuitido un mohín de desprecio en su rostro.

¿Y si está disfrutando con todo esto? ¿Se aprovechará de la situación?

Por fin, Betty se despide de mí. Aprovecho para caminar en círculos por el pasillo. Me quedan unos quince minutos de descanso y no sé qué hacer con ellos.

Maldita sea, hostia, joder... ¡Me he acostado con mi jefe!

Respiro hondo y decido afrontar la situación. Voy a meterme de lleno en este evento literario, demostrar mi valía profesional y, con un poco de suerte, dejar que mi noche con Matthew pase a ser una mera anécdota.

Echo un vistazo a la carpeta que me ha dado Betty. A ver, en realidad, el supuesto evento del siglo es tan solo una noche de puertas abiertas en la librería, con algunos autores. Básicamente, una fiestecita nocturna. Se supone que habrá un bufé y, por supuesto, la señorita McGee quiere que haya una asistencia considerable. Deduzco que los invitados se juntarán para hablar en torno a los libros. Será una especie de noche temática.

Decidida, me dirijo al despacho de Matthew, dispuesta a hablar del proyecto como si nada hubiera pasado, como si fuéramos simplemente dos compañeros de trabajo con cierta jerarquía. Es mi carrera la que está en juego, y no voy a dejar que un rollete tonto se interponga en mi camino.

Cuando entro en el despacho de Matthew, me lo encuentro de pie, mirando por la ventana, de espaldas a mí. De repente, se vuelve. En sus ojos se dibuja una leve sorpresa, pero intenta serenarse, parecer más profesional.

—Bueno, Helena —dice, recuperando la compostura y aclarándose la garganta—, ¿le has echado un vistazo a la carpeta del evento?

Su voz es tranquila, distante, como si entre nosotros no hubiera nada más que una relación laboral. Me reafirmo en que probablemente sea lo mejor.

—Sí, la he estado hojeando. Hay algunas ideas interesantes y creo que podemos organizar una noche memorable —respondo, intentando concentrarme únicamente en el proyecto.

Joder, vaya ojos tiene...

Matthew se sienta y me invita a hacer lo mismo. Nos ponemos a hablar de los puntos más importantes del evento, desde los autores invitados hasta las actividades previstas. Pongo la carpeta sobre la mesa y él estira el brazo para cogerla, pero me roza la mano sin querer y siento que me recorre una descarga eléctrica.

Joder, sí que me afecta tenerlo cerca...

Aun así, ambos decidimos ignorar esa tensión que se respira en el ambiente. Cada vez que nuestras miradas se cruzan, saltan chispas. Es como si ambos nos regocijáramos en el recuerdo silencioso de la noche anterior.

¡Para, Helena, no pienses en eso! ¡Que es tu jefe, joder...!

—En cuanto al tema de la promoción, estaría bien moverse por redes sociales y tal vez

organizar algunas entrevistas —sugiere Matthew.

Con ello, consigue que me concentre de nuevo en lo que nos ocupa.

—Buena idea —coincido—. Y quizá estaría bien proponer una sesión de preguntas y respuestas con algunos de los autores. Ya sabes... para emular cierta cercanía con los lectores.

¿A quién quiero parecerme? ¿A Betty?

Con estos aires de profesional empedernida, casi ni se me nota que, en realidad, solo quiero salir corriendo.

El resto de la reunión es una mezcla de eficiencia absoluta e incomodidad. Cuando terminamos, Matthew se levanta para acompañarme a la puerta.

—Buen trabajo, Helena. Estoy seguro de que el evento será un éxito.

—Gracias, señor Anderson. Nos vemos mañana para el resto de los preparativos.

—Em... puedes llamarme Matthew.

—O Mustang, quizá... —le dejo caer.

¡Helena! Pero ¿eres tonta? ¿Te gusta ser tonta?

Matthew se humedece los labios y traga con fuerza, de una forma casi sonora.

Ya está, he metido la pata.

No estaba lista para cagarla tan pronto. Sin esperar siquiera su respuesta, salgo de su despacho. Siento su mirada clavada en mí, pero no miro atrás. Tras este desliz, me prometo a mí misma mantener las cosas estrictamente profesionales, por muy difícil que sea. Al fin y al cabo, no quiero jugármela: necesito este trabajo y no puedo permitirme que me minen la autoestima.

¿Qué leches? Vaya día llevo...

De repente, me entra el agobio. Antes de volver a mi puesto de trabajo, voy al baño a mirarme al espejo. Estoy blanca como la leche.

La voz de Kate me devuelve a la realidad.

—¿Te encuentras bien, bebé?

Me doy la vuelta de repente, con el corazón latiéndome a mil por hora.

—Sí, estoy bien. ¿Por qué no iba a estarlo?

He hablado demasiado deprisa. Se nota que estoy nerviosa.

Por la forma en que me mira, deduzco que sabe que algo va mal y que no quiero hablar del tema. Aunque ahora mismo, me iría de la lengua a la mínima. Voy a tener que coserme la boquita.

—Vaaaale... Haré como que no estás rara —dice mientras se lava las manos—. ¿Cómo ha ido con Betty?

—Ah, esto... Me ha dicho de organizar un evento. Voy a tener que trabajar con Anders... bueno, con Matthew.

—¿Ya lo has conocido?

Sí, la verdad es que sí. A fondo, podría decirse, y ahora hasta ella sabe el tamaño de su... juguetito, pero no es plan de soltarle la bomba. ¡Lo último que necesito es decirle la verdad!

Puede que Kate sea mi mejor amiga, pero también es (y no me avergüenza decirlo) una bocazas, y ahora que he visto la forma en que Travis y ella se entrometen en mi vida... Me da que, como se enteren, se pasarán el resto de sus vidas tomándome el pelo. Pero ahora a lo importante: hay una cosita que no consigo sacarme de la cabeza. Según me dijeron estos dos, aunque Betty y Matthew ya no están juntos, eran pareja hace no mucho. ¡Y ella es la jefaza del cotarro!

Eso sí que es liarla, Helena...

¿Y si ella todavía quiere rollo? Quiero decir, ¿quién trabaja con su ex? ¡Es una locura! Nadie hace eso normalmente. Es una tentación constante, y sin embargo, a ella parece que no le molesta en absoluto.

Brrr... Esa chica me da escalofríos...

Al ver que no respondo a su pregunta, Kate me chasquea los dedos delante de los ojos, como si intentara despertarme.

—¡Eooo! ¡Tierra llamando a Helena! ¿Has conocido a Matthew o qué?

—¿Eh? Sí, sí. No me atrae mucho, la verdad.

Mi amiga pone una cara rara. Es curioso, cuanto más esfuerzo en salir ilesa de todo esto, más me hundo en el fango. Es como si estuviera haciendo equilibristas sobre un foso de arenas movedizas.

—¿Que no te atrae, dices?

—Desde el punto de vista profesional, quiero decir. No le cojo el punto.

—¿Eso crees? Pues te aseguro que es el mejor en su campo. Lo hace genial, en serio. Estás un poco rara hoy, ¿no?

—¡Qué va! Bueno, te dejo.

Y dicho esto, me doy la vuelta y dejo a Kate con la palabra en la boca.

¹ *N. de la T.* Roer, mordisquear o rebañar con empeño.

² *N. de la T.* Barrita de chocolate, a veces con turrón y mantequilla de cacahuete o caramelo, que fabrica la empresa Mars Inc.

Matthew

Esto es una pesadilla. No lo veo de otra forma. Por mucho que intente trabajar con ella, quiero que se vaya. No puede quedarse aquí, ¡es demasiado complicado! Por otra parte, tampoco puedo despedirla. Quiero decir, ¿quién soy yo para hacer algo así? Además, eso levantaría sospechas...

Nunca había tenido un rollo de una noche que pudiera salirme tan caro. Y con Betty de por medio... el asunto se nos puede ir de las manos.

***Betty:** *¿Vas a venir a verme al despacho?*

Mira por dónde. Ni que espiara los recovecos de mi mente...

Molesto, me levanto para cumplir con mis obligaciones como subordinado. Y cuando entro, pongo cara de angustia. No quiero volver a verla. No quiero hablar con ella. Cada vez que Betty me mira y saca a relucir su inocencia fingida, me siento fatal conmigo mismo.

—Jefa... —le suelto.

—No empieces, porfa...

—¿Qué quieres de mí?

Betty aprieta los puños.

—¡Matthew!

Al menos, esta vez no está su hermano. Algo es algo. Por si os lo preguntabais, también es un gilipollas. No quiero verlo ni en pintura. Es el típico pijo que juega al golf los domingos antes de irse al gastrobar a tomarse un vinito. En resumen, todo lo contrario a lo que busco a un colega con el que irme de copas. Como podéis observar, no tenía la mejor relación del mundo con mi cuñado.

Betty intenta recomponerse. Bajo esa máscara frívola que no se quita jamás, está tratando de controlar sus emociones.

¡Ahí está mi manipuladora favorita! ¡Impecable!

—¿Te has pensado lo que te dije? —pregunta con calma.

—Sí. Y la respuesta es no.

De nuevo, veo pequeñas señales de enfado y frustración en su rostro, pero no podría importarme menos.

—Ya no estamos juntos. No hay nada más que añadir. No voy a cambiar de opinión.

Betty sacude su perfecta melena rubia e intenta recuperar la compostura.

—Te estás viendo con otra persona, ¿verdad?

Sí, bueno, esa es una forma de decirlo. Me he acostado con bastantes mujeres desde que rompimos. Pero ella tampoco se ha estado quietecita. Si cree que no sé lo que ha estado haciendo...

Betty me mira fijamente, buscando en mi cara una respuesta a su pregunta. Mantengo una expresión neutra: no quiero darle la oportunidad de indagar más.

—Lo que yo haga con mi vida privada no es asunto tuyo, Betty —respondo con firmeza.

Ella frunce los labios, claramente frustrada.

—Matthew, estábamos bien juntos. No puedes negar que...

La interrumpo, porque no quiero alargar la conversación.

—Eso es agua pasada. Ahora quiero concentrarme en el trabajo y en mi bienestar personal. Deberías hacer lo mismo.

Betty se apoya en su escritorio. Su postura transmite una mezcla de decepción y resignación.

—¿Qué nos ha pasado, Matthew? Tú y yo nos queríamos...

Me mira como una princesa con el corazón de hielo. Sus pupilas no muestran la más mínima emoción. Suelta esas palabras como si significaran algo para ella, pero ahora sé reconocer su mirada traicionera. Betty es una de esas personas que desprecian al resto. Le basta con manipular a los que muerden el anzuelo. No hay más.

—Controlabas hasta mi forma de vestir, Betty. ¿Llamas a eso amor?

Ella entrecierra los ojos, como si estuviera diciendo tonterías.

—Claro que sí. Me importaba tu imagen y...

—No mientas. Solo te preocupaba la tuya. No querías que te vieran con un tipo como yo.

Mi ex se cruza de brazos. La conozco, así que sé muy bien que el siguiente comentario va a ser un ataque en toda regla.

—Pero ¿cuántos años tienes? Quizá vaya siendo hora de que madures...

—Sabes muy bien que no se trata de eso.

—Estupendo. Si esa es tu decisión... Pero recuerda que siempre estaré aquí para ti, por si alguna vez cambias de opinión.

Sacudo ligeramente la cabeza, sabiendo que eso no ocurrirá.

Al salir de su despacho, siento que me quito un peso de encima. La rotundidad de mi decisión me libera del control que ella ejercía sobre mí. Al menos por ahora. Cada vez que intenta acercarse a mí, siento que me bloqueo más y más. Sus palabras son puro veneno.

Pero mientras camino hacia mi despacho, me acuerdo de Helena y el tormento empieza de nuevo. Esta situación con ella podría ser desastrosa. He de tener cuidado. Nuestro rollo fugaz no debe afectar a nuestra relación laboral. No puedo permitir mezclar el trabajo con la vida personal, y menos con Betty por ahí rondando.

Cuando llego a mi despacho, me tomo un momento para aclararme las ideas. Tengo que concentrarme, gestionar este evento literario con Helena con rigor profesional y guardarme el resto para mí. Es la única manera de manejar esta complicada situación sin causar más daño.

Tengo que hablar con ella.

A media tarde, intercepto a Kate para preguntarle dónde está Helena.

—En el almacén, Matt. ¿Por?

—Estamos organizando un evento juntos. Voy a darle trabajo, así la mantengo ocupada.

El almacén de la librería está desordenado y organizado a la vez. Las altas estanterías se alinean en las paredes, llenas de cajas y pilas de libros por clasificar. Entre estos muebles infinitos y larguiruchos, unos pasillitos angostos conducen a las diferentes secciones abarrotadas de cosas varias. Las luces son tenues, lo que confiere al espacio una atmósfera íntima y propicia a la concentración. En esta semipenumbra, me encuentro con Helena, que está ordenando las próximas publicaciones y guardándolas con diligencia.

Hay algo irresistiblemente atractivo en el modo en que está inmersa en su tarea. La seriedad y la pasión por los libros que vuelca en el trabajo me recuerdan por qué esta chica me cautivó desde el minuto uno. Ya con el primer mensajito en Tinder, supe que me interesaba.

Sin embargo, me incomoda reconocer que me atrae, teniendo en cuenta las circunstancias. Me recuerdo a mí mismo que es esencial mantener las distancias y fijar ciertos límites.

Carraspeo para advertirle de mi presencia.

Tampoco es plan de que me denuncie por acoso laboral...

—¡Ah! ¡Vaya susto, señor Anderson!

—Déjalo, ¿vale?

—¿De qué estás hablando?

Me acerco a ella y noto que se ruboriza. Solo entonces suelta la pila de libros que sujetaba con fuerza.

—Todas esas formalidades, empezando por llamarme «señor Anderson». Eso guárdatelo para cuando estemos delante de tus compañeros.

Helena frunce el ceño y luego sacude la cabeza, tratando de hacerse la digna (lo que le sienta bastante bien, por cierto).

—Estoy trabajando, Mustang. ¿Qué quieres?

—Escucha con atención, Woodstock: no quiero que nadie se entere.

No hace falta que especifique a qué me refiero.

—Ah, ¿que crees que yo sí?

Por dentro, ardo de ira.

¿Y yo qué coño sé?

—No te conozco y no sé de lo que eres capaz.

Woodstock me mira con indignación. Está medio agachada, y me cuesta no fijarme en su escote. Levanto la vista rápidamente y vuelvo a mirarla a los ojos.

Dios, esos ojos tan grandes y preciosos que tiene... Voy a tener que contenerme para no comérmela a besos en el almacén, fuera de la vista de todos.

Siento la atracción magnética entre nosotros. Soy un imán y ella es un trozo de metal, pero tengo que mantenerme firme. Si cedo ahora, estaremos jodidos. Bueno, más de lo que ya estamos.

Me conozco: no podré resistir mis deseos por mucho tiempo. La única solución es que se vaya. No hay otra forma. Nunca podría trabajar con ella. Y encima Betty ha tenido la increíble idea de ponernos a organizar el mismo evento.

Justo lo que no necesitaba.

—¿De verdad crees que quiero decirle a todo el mundo que me he acostado con mi superior? ¿Estás loco, Mustang? No quiero parecer el putón verbenero de la librería.

—Bueno, tampoco te pases, que no hay nada de malo en ello. De todas formas, lo entiendo. Veo que estamos en el mismo punto.

Pero aun así, vas a tener que irte, Woodstock. Lo siento...

—De todas formas —continúo—, no durarás mucho aquí.

Mi voz es lo más seca y autoritaria posible.

¡Joder, me pone a cien y no puedo decírselo!

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mira lo que has hecho... —digo, señalando los libros que acaba de guardar—. ¿A eso lo llamas organizar? Da pena. Empieza otra vez.

—Pero si...

—He dicho que empieces de nuevo —la interrumpo—. No hay discusión.

Tras soltar esas palabras, doy media vuelta y salgo del almacén.

Esto es solo el principio. En una semana como mucho, se habrá ido.

Helena

Nota mental: los tíos que conducen un Mustang son unos cabronazos de mierda.

Pensé que con un perfil como el suyo, Matthew sería un poco más comprensivo, o amable, vaya, y no se comportaría como un capullo en toda regla. Bueno, sí, ayer me pasé la tarde entera pensando en sus ojos (e incluso buena parte de la noche), pero ahora solo quiero arrancárselos de cuajo.

Que empezase otra vez, el muy... ¿A santo de qué? Estoy segura de que hice un buen trabajo.

Se está riendo de mí; eso es todo. Pues si quiere guerra, la tendrá. He leído suficientes libros como para que se me ocurra la forma de defenderme. No voy a dejarme avasallar a la primera de cambio. Si quiere ser un tirano, más le vale prepararse, porque yo también estoy dispuesta a jugar. No de la misma manera, no con las mismas armas, pero desde luego, con el mismo resultado.

En la sala del personal, cerca de las cuatro de la tarde, Kate me hace una pregunta que me saca de mis pensamientos:

—¿Qué plan llevas para esta noche, amiga?

—Pues tenía pensado pasar la noche leyendo.

Justo entonces, Matthew entra en la sala, con la intención de tomarse un café.

—Sí, claro, leyendo... —continúa, dibujando comillas con los dedos—. Alguien que yo me sé va a ver al buenorro de la otra noche...

¿Es que esta chica no se cansa nunca?

Matthew, que se ha servido una taza y anda por aquí rondando, se gira en nuestra dirección y arquea una ceja antes de volver la atención a hacia su café.

Mierda, mierda, mierda...

—Calla, Kate. No puedes soltar esas cosas en el curro...

—No seas tan mojigata. A Matthew se la pela, te lo aseguro. Ni siquiera pone la oreja. Travis y yo hablamos de sexo todo el tiempo delante de él y no reacciona.

Yo no estaría tan segura... Ahora mismo, parece bastante atento.

—Ya, pero...

—Venga, seguro que habéis quedado otra vez a montároslo en el coche, ¿eh o qué?

Esta vez incluso noto una sonrisilla discreta en la cara de Matthew. No sé dónde meterme. De verdad, ojalá volverme líquida para poder colarme por el linóleo y no volver a ver la luz del sol.

—¡Tía, párate! Que te he dicho que solo voy a leer. ¿Quieres dejar de hablar de ese chaval de una vez?

—¡Ojooo, que se nos ha picado...! Traviesona mía, no te daba tanto pudor cuando te subiste a su regazo para darle duro, ¿a que no? Seguro que aún te cuesta andar...

Vamos de mal en peor.

Cada palabra que dice Kate es como otro clavo en mi ataúd. Es horrible. No se corta con los detalles, no. No se le traba la lengua para estas cosas. Siento que me va a dar un vahído. Como no se calle, le voy a meter tal ensalada de puños que se le cortará el apetito de aquí al año que

viene.

—¡Que te pares, Kate! —digo en un susurro que parece más un grito.

¡Dios! ¡Tierra, trágame!

Creo que sería buena idea ponerme de cuclillas en un rincón, o hacer como que no existo debajo de un mueble, para morirme allí como un perrillo callejero. Pero por el momento, para esquivar esta conversación vergonzosa (porque no hay otra forma de describirla), decido volver al trabajo. No me importa comerme unos minutitos del descanso. No me apetece estar en la misma habitación que Kate, y encima, al ladito de Matthew. Ni muerta, vaya.

De todas formas, tengo una pila de libros por etiquetar. Está bien, porque así podré olvidarme de los ojazos de Mustang durante unas horas más y luego me iré a casa y me meteré bajo la colcha a leer... ¡Que sí, a leer! No existe un plan mejor.

Me dirijo al almacén y cojo una montaña de libros que esperan a ser etiquetados y clasificados. El trabajo manual es una bendición: me permite concentrarme en algo tangible y concreto, lejos de las complicaciones emocionales del día a día.

No puedo creer que me esté pasando esto...

Afortunadamente, el curro se me hace ameno. Cada libro que cojo es un pequeño mundo en sí mismo, una forma de evadirme, y me pierdo en los títulos, autores y géneros. Es relajante y, en cierto modo, terapéutico. Me siento más tranquila, con los pies en la tierra, mientras busco el lugar para cada uno de los libros en las estanterías, donde descansan alineados.

La tarde pasa a un ritmo lento pero constante. Las sombras se alargan y estiran en el almacén con el paso de las horas y la quietud del lugar solo se ve perturbada por el sonido ocasional de mis movimientos. Me regocijo en estos momentos a solas, que me permiten olvidarme de las complicaciones de la jornada.

Cuando por fin termino mi turno, echo un último vistazo al almacén. Ha quedado perfectamente organizado. Me refiero al rinconcito del que he podido ocuparme hoy, claro.

¡Qué gustazo!

Es hora de volver a casa, meterme de cabeza en la cama y perderme en un buen libro. Estaremos solos yo, mis pensamientos y las palabras bailando ante mis ojos. Ya terminaré con esto mañana. Es prácticamente imposible ordenarlo todo hoy. Al parecer, acabamos de recibir unas cajas enormes, pero tenemos toda la semana para ocuparnos de ello.

Cuando salgo del almacén, me encuentro con Matthew. Esta vez no parece nada contento de verme. De hecho, todo lo contrario: es como si llevara un mosqueo del quince.

—¿A dónde crees que vas?

—Bueno, pues... a casa. He terminado por hoy, así que...

Sin darme tiempo a añadir nada más, levanta la mano delante de mí para mandarme callar.

¿Y ahora qué?

Mi jefe le echa un vistazo a mi trabajo y luego fija los ojos en los míos.

—Ah, ¿que esto es terminar para ti?

—No, terminar no he terminado, pero ya son las siete de la tarde y la librería está cerrada, así que...

—La librería sí, pero no las oficinas.

Frunzo el ceño. No entiendo a dónde quiere llegar.

—¿Qué quieres, Mustang?

—No me llames así. ¿Me has oído?

¿Dónde se ha metido el tío tan majo al que conocí la otra noche? Ha debido tragárselo el

gilipollas que tengo delante...

—¿Qué te pasa desde que llegué? ¿Te preocupa que te robe el puesto de trabajo o qué?

Matthew se deja llevar por el cabreo y me enmarca entre sus brazos contra una estantería. Desde aquí se aprecia su aroma amaderado y el calor de su aliento. A través de sus ojos me doy cuenta de que una tormenta se ha desatado en su interior.

—Escúchame, Woodstock...

—Pensaba que ya no nos llamábamos por el apodo...

—Ni siquiera recuerdo cómo te llamas, pero no necesito recordarlo, porque no quiero que te quedes en la empresa. ¿Entiendes por dónde voy?

Y lo suelta así, sin rodeos. No le sube la tensión ni nada. Me mira a los ojos fijamente y sus pupilas se me clavan como estacas.

—Siento decirte que pienso dejar huella aquí. Siempre he soñado con trabajar en una librería y no puedes echarme así, de primeras.

Sonríe ligeramente y da un paso atrás.

—No, en eso tienes razón. Pero sí puedo pedirte que sigas etiquetando libros, porque aún no has terminado, ¿me equivoco?

Abro los ojos de par en par. ¿Me está tomando el pelo? No es posible y él lo sabe. Me pasaría aquí toda la noche, e incluso parte de la mañana.

—¿Qué? Pero... Pero...

—¿Algún problema?

¡Pues claro que hay un problema! ¡Uno gordísimo! ¿A este tío qué le pasa?

—No tienes derecho a...

—¿A qué? ¿A pedirte que trabajes? Claro que sí. Etiquetar estaba en tu lista de tareas para hoy, lista que, por cierto, he revisado hace unos instantes. Si no puedes seguir el ritmo de trabajo en esta librería, mejor quédate en casa.

Ahora entiendo su juequecito...

Ha pasado de ser un buen tío a un completo déspota. Pero si cree que va a acabar conmigo es porque no me conoce.

—¿Sabes una cosa? Nadie me espera en casa, así que me da igual —respondo secamente, y acto seguido, vuelvo al trabajo.

—No deberías estar orgullosa de algo así. Es patético.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un gilipollas?

Matthew frunce el ceño y no puedo evitar sentirme atraída por la expresión de fastidio de su rostro, que se vuelve irresistible.

Debería ser justo lo contrario, ¿no? Me da que sí. ¿Será por ese cuerpazo de dios del Olimpo que se intuye a través de su ropa?

Esto no es jugar limpio. Ya he disfrutado de sus músculos y no puedo negar que me atrae. Cada vez que me mira, tengo la extraña sensación de que me desnuda con los ojos.

Trabajar aquí no va a ser nada fácil...

—Me la trae floja lo que tengas que decirme. Hazlo todo para mañana, Woodstock. Más vale que esté terminado para cuando yo vuelva.

Dicho esto, Matthew se da media vuelta con soberbia, orgulloso de su respuesta, tan mordaz como desagradable.

—O si no, ¿qué? —grito a sus espaldas.

Matthew me mira por encima del hombro con un aire chispeante y furioso. Sus palabras solo

rebosaban apatía, un ligero reproche, pero elijo insistir.

—Si no, tendré que contenerme. No me gustaría propasarme.

¿Seguimos hablando de trabajo? Parece que la cosa está tomando un camino muy distinto...

—¿Ah, sí? ¿Cómo? ¿Llevándote a tu subordinada al coche, por ejemplo, para castigarla?

Aprieta la mandíbula. Acabo de hacerle recordar un instante que preferiría olvidar.

—No. Creo que bastará con una advertencia.

Será cabrón...

Esta vez se da la vuelta definitivamente y cierra la puerta tras de sí. Me deja sola en el almacén con mis etiquetas. Pues ya está. Anderson y su encanto se han ido a tomar viento. A partir de ahora tendré que vérmelas con un puto tirano.

Voy a salir perdiendo con este juequecito.

La noche se me hace larga, interminable. Cada libro que etiqueto se vuelve más y más pesado y se me cierran los ojos. Trabajo metódicamente, pero con una lentitud abrumadora. Las horas pasan y la fatiga se acumula. El almacén se convierte en mi universo. Me rodean el silencio y soledad, solo interrumpido por el susurro de las páginas y el ruido intermitente de la etiquetadora.

Ya ni siquiera tengo tiempo de pensar en Matthew. Estoy demasiado ocupada muriéndome de cansancio. Qué horror.

Cuando los primeros rayos de sol de la mañana empiezan a filtrarse por las ventanas, por fin termino de etiquetar el montón con el que estaba trabajando. Me arden los ojos y el cuerpo me pide a gritos que descanse. Estoy extenuada. Sin embargo, queda poco tiempo antes de que lleguen mis compañeros para otra jornada en la librería.

Odio a ese tío. En serio, lo odio.

Me dirijo a la sala del personal, agotada. Cojo un cojín despeluzado y me tumbo en el sofá, que es de lo más incómodo. Luego cierro los ojos, con la esperanza de poder dormir unos minutos.

Cuando consigo conciliar el sueño, estoy intranquila. Yo no lo llamaría una «experiencia reparadora», sino más bien un duermevela. En mis sueños aparecen imágenes de Matthew, reminiscencias de nuestras conversaciones tensas y, por desgracia, de nuestra noche juntos. Me despierto sobresaltada varias veces, con el corazón latiéndome desbocado.

—¡Eooo, marmotillaaa...! —dice Kate la última vez que abro los ojos con una voz del más allá—. ¿Qué leches haces aquí?

Me arden los ojos como si me los hubiera restregado con una rodaja de limón. Intento olvidar por un momento que estoy hecha polvo y abro la boca para contestar a mi amiga, pero apenas consigo articular palabra.

—Yo... Yo...

—Espera, ¿has dormido aquí?

¿No es evidente?

Travis entra en la sala de descanso. Cuando me ve tumbada en el sofá, levanta una ceja, sorprendido.

—Eh... ¿Helena?

—Déjate de comentarios, por favor —le digo.

Estoy agotada. Acabo de terminar de trabajar y ya tengo que volver al lío otra vez.

—Pero ¿por qué no te has ido a casa? —añade Kate.

—Tenía que terminar de etiquetar los libros que llegaron ayer...

—¿Los libros que...? ¡Pero no salen a la venta hasta la semana que viene! —dice mi amiga, sorprendida—. ¿Por qué has empezado tan pronto?

¡Será hijo de...! No, en serio, me lo cargo.

Lo pillo: está haciendo todo lo posible para que dimita. Pues no le va a funcionar. Pienso aguantar hasta que él acabe rindiéndose. No soy de las que van buscando problemas, ni mucho menos. De hecho, soy más del tipo conciliador. Intento ponerme en el lugar de los demás antes de formarme una opinión, y tengo en cuenta las sensibilidades ajenas antes de decir o hacer algo. Pero en cuanto alguien se pasa de la raya, me convierto en un toro dispuesto a embestir. En pocas palabras: soy maja, pero tampoco hay que buscarme demasiado las cosquillas, porque en ese caso, me vuelvo un poco loquita. Y ahora mismo, Matthew ha cruzado claramente los límites. No voy a dejar que me mangonee. Esta chica no va a tolerar que la mareen.

—Solo quería... adelantar el curro. Nada más.

Travis y Kate se miran entre ellos, extrañados, como si pensaran que soy una adicta al trabajo.

Por el momento, voy a disimular. No hay necesidad de alarmar a mis compis con esta trama absurda. Hablaré con Matthew directamente, cara a cara. Tenemos que resolver esto entre nosotros antes de que perjudique aún más nuestra relación profesional.

Lo peor es que no he terminado de etiquetarlo todo...

—Bueno, tengo que volver a ello —digo—. Aún no ha llegado Matthew, ¿verdad?

—No —responde Travis—. No vendrá hasta dentro de una hora, creo.

He de dejarlo todo pulidito antes de que aparezca por aquí. No pienso fracasar. Por eso, con paso pesado, vuelvo al almacén, decidida a terminar lo que he empezado.

Matthew

Vale, me comporté como un desgraciado, pero no voy a disculparme por ello. Helena tiene que irse. No hay otra manera. De camino a la librería, intento pensar en cómo hacérselo pasar mal, por muy rastroso que sea. Cuando al fin llego a la puerta, suspiro. Imagino que no habrá terminado lo que le pedí. Vamos, no era humanamente posible. No lo habría conseguido ni aunque se hubiera pasado toda la noche etiquetando libros, así que no me preocupa demasiado.

Sin embargo, si Betty descubre que la nueva empleada que acaba de contratar es mi rollo de una noche... Bueno, ahí sí que estamos jodidos.

Helena no tiene idea del problemón que tenemos encima. Hay que decir que Betty no es precisamente una persona tranquilita, especialmente cuando se trata de mí. Si se enterase, nos haría pasar un infierno a los dos. Así que, aunque sea cruel, tengo que afrontar los hechos: o Helena o yo. Y como comprenderéis, me gustaría que fuera ella la que se pirara. Estoy a punto de terminar con la reforma de mi furgó, y no voy a renunciar a ella tan fácilmente por un lígúe tonto en Tinder. Cuando la tenga lista, me piraré a recorrer la costa y surfear a mis anchas. Y si Helena se convierte en un obstáculo en mi camino, tendré que tratarla como tal.

Abro de un empujón la puerta del almacén y la busco entre las estanterías, solo para encontrarla dormida con un libro en la mano.

Pues me va a oír...

—¡Oye, despierta! ¿Qué haces? ¿Estabas durmiendo?

—¿Eh? Estaba descansando la vista...

—Bueno, ¿qué? ¿Qué vas a decir en tu defensa?

Al principio, Helena se sonroja del asombro, pero luego pierde el color y sus mejillas se tornan azules del rencor.

—¡No era posible y lo sabías! Además, estos libros salen a la venta la semana que viene. Ya me lo han dicho. Bueno, lo importante: no pienses que me voy a rendir tan rápido.

Para colmo, esta chica se resiste. No parece que vaya a ser una presa fácil, ni mucho menos. He subestimado a Helena con el tema del carácter. Parece que tiene agallas, después de todo. Me va a dificultar el trabajo, pero yo tampoco me voy a rendir aún.

La pobre tiene las cejas fruncidas y ojeras, pero no creo que le importe. Mientras me reprende, ni siquiera la escucho. Me abstraigo en esa visión.

Qué sexi está cuando se enfada...

—¿Crees que es normal pedirle eso a tu empleada? Pues no, Mustang. Sí, como oyes, te he llamado así para asegurarme de que te acuerdes de lo que pasó la otra noche. Aunque, teniendo en cuenta cómo me estás tratando, casi prefiero olvidarlo. ¡Me pareciste un tío genial, pero ahora te has convertido en un gilipollas con mayúsculas!

—¡Chis! ¡No grites tanto! Te dije que etiquetaras estos libros porque Betty me lo pidió.

Helena se cruza de brazos y me mira con severidad.

—Ah, ya veo... O sea que has delegado en mí.

Esta chica le da al coco.

Me encojo de hombros, tratando de deshacerme del problema, pero ella se envalentona y

sigue:

—Vamos, que si se lo cuento a Betty, te pondrá la cabeza como un bombo, ¿no?

La sola idea me da escalofríos. Woodstock no se da cuenta de lo difícil que es mi situación. Si quedo mal delante de Betty, me convierto en alguien vulnerable a sus ojos y no puedo permitir que me manipule. Tengo que seguir siendo totalmente profesional y actuar de forma impecable. De lo contrario, podría intentar meter mano, mezclar lo profesional y lo privado, algo que se le da muy bien. En el pasado, todo eso se volvía en mi contra y le daba una posición ventajosa. No quiero deberle nada, ni el más mínimo favor. Quiero ser perfectamente libre de hacer lo que me dé la gana sin que Betty vaya rondando por ahí. No quiero que me tenga en el punto de mira.

—Ahora no, Woodstock, no es el momento de sacarme de quicio.

—Ah, perdona, ¿ha dormido mal el señor? Me sé de otra que tampoco ha pegado el ojo en toda la noche. Habré dormido como una hora, el poco tiempo que me acosté en la sala del personal. Y luego me quedé sopa aquí tirada, haciendo TU trabajo. Así que, si no te importa, me gustaría tener una pequeña charla con tu jefa. Creo que con dos segundos será más que suficiente.

Vale, la he cagado. He metido la pata y ahora me tiene cogido por los huevos.

Para que no escape, le bloqueo el paso y luego cojo un libro para etiquetarlo yo.

—¿Ah, ahora has decidido ensuciarte las manos? —me dice con suspicacia.

—Tampoco intentes cabrearme, ¿vale? Te estoy ayudando por educación. Si crees que Betty te va a escuchar a ti antes que a mí, es que estás tocadita del coco. Solo estoy tratando de alejarnos de los problemas. Créeme, esto es por los dos. Así que coge esos libros y sigue etiquetando. Aún nos queda la mitad. Si nos ponemos los dos, acabaremos antes.

Helena suspira, se frota los ojos y asiente antes de volver al trabajo. Es meticulosa como ninguna otra.

En cuanto a mí... Bueno, no debería estar aquí con ella, o al menos, no tan cerca físicamente. Por alguna razón que no logro entender, Helena me atrae con su fuerza magnética. Es como si todo su ser me llamara. Pero no quiero ceder. No así. Hacerlo sería causar aún más problemas. De todos modos, no me chupo el dedo: veo los ojitos que me pone y, para más inri, aún tengo fresco el recuerdo de lo que hicimos esa noche mágica. Creo que jamás he disfrutado tanto de un lío de una noche. Es evidente que me gustaría repetir, pero ahora no es el momento.

Y nunca lo será.

—Entonces, ¿Betty y tú...?

—Qué bien, Woodstock, has escogido el tema del que menos me apetece hablar.

—Bueno, de algo tendremos que hablar mientras nos pegamos esta paliza, ¿no? —protesta.

—Menos parloteo y más etiquetar. Ya has demostrado que no eres la trabajadora más veloz del planeta...

Helena deja caer el libro que sostenía con las manos y me dirige una mirada fulminante.

—¿Ah, no? Pues tú tampoco es que seas el chaval con el que toda chica sueña. Y pensar que estuve pensando en ti al día siguiente de nuestro polvo... Y ahora me das grima.

¿En serio? ¿Estuvo pensando en mí? Yo también pensé en ella...

—Pues no haber pensado tanto. Fue un polvo y ya está. Si le das más importancia de la que toca, es tu problema, Woodstock, no el mío.

Espero que no se me note que, en realidad, sentí que habíamos conectado...

—Dices que no fue nada, pero a mí me dio la sensación de que hubo algo más —continúa.

—Te equivocas. Te estás engañando a ti misma.

—La verdad es que no eres una persona con mucho tacto...

—Deja de hablar de una vez...

—¿O si no qué? ¿Vas a callarme tú?

¿Me está desafiando? Porque en ese caso...

—Lo haría sin problemas. No creo que me costase mucho.

No me gusta que me plante cara de esa forma. ¿Acaso sabe de lo que soy capaz?

—¿Y bien? ¿A qué esperas? —pregunta.

Descarada...

—No deberías jugar así conmigo —añado—. Te arrepentirás, créeme.

Joder, ¿por qué he dicho eso? ¡Es ella, que no deja de tentarme!

Todo el rato con esa mirada impetuosa, como si fuera a prenderse fuego en cualquier momento. Sin embargo, en lugar de sentirme amenazado, me excita. Odio ser así. No quiero sucumbir a sus encantos, porque encima, soy su jefe. No quiero rollos raros que compliquen las cosas.

Estate quieto, campeón.

—No hay nada que puedas hacer para frenarme —afirma con seguridad.

—No sabes de lo que hablas.

—Pues venga, Mustang, enséñame de lo que eres capaz.

Esa es la gota que colma el vaso. Agarro a Helena por las caderas y la aprisiono contra una de las estanterías. Nuestros ojos se encuentran en una corriente eléctrica y vivaz. Por un momento, tengo la sensación de que saltan relámpagos de nuestras pupilas. El aire está cargado de una tensión casi palpable. No podré resistir a mis instintos mucho más si sigue provocándome. Cada vez que me llama Mustang, recuerdo la noche que pasamos juntos y una parte de mi cuerpo (por debajo del cinturón) anhela volver a hacerla mía.

—¿Llevas un libro para etiquetar en el bolsillo o simplemente te alegras mucho de verme? —susurra.

La odio.

Esta chica me deja sin aliento. Normalmente, me contengo sin problemas. Tengo pleno control de mi cuerpo y mi mente. Pero cuando ella está cerca, es como si cortocircuitara y no fuera responsable de mis actos. He intentado mantener las distancias con ella, pero es imposible. Trabajamos en la misma librería y tenemos que organizar un evento juntos. Betty no tiene ni idea de lo mucho que va a poner a prueba mis nervios al obligarme a trabajar con Helena.

—Deja de buscarme... —siseo entre dientes apretados.

—¿O si no, qué?

Otra vez esa pregunta.

Fijo los ojos en sus labios. Nos atraemos mutuamente, con una fuerza que apenas puedo comprender. Sería inútil preguntar por qué. Es un impulso casi... animal.

—Te callaré por las malas. ¿No me escuchas cuando hablo?

—Adelante, Mustang. Aquí te espero.

Durante unos segundos, me quedo mirándola. Luego bajo una de las manos que tengo apoyadas en la estantería y la cojo del cuello con firmeza pero con tacto. Sin previo aviso, aprieto mis labios contra los suyos con una brutalidad ardiente. Nuestro beso es a la vez hipnótico y poco meditado. Helena se deja llevar como si estuviera encantada de estar a mi merced.

¿Qué haces, tío? ¡Estáis en la librería! No deberíais... ¡Es lo último que deberíais estar haciendo!

Pero no puedo evitarlo. Mi boca explora la suya con una avidez sin igual y Helena tampoco se queda atrás. Veo que compartimos una necesidad. No estoy loco: esta conexión, esta atracción que siento por ella... es mutua. Y lo disfruto. Joder si lo disfruto. Cada vez que me roza la piel con los dedos, un torbellino de sensaciones me baja por la espalda. Pero para evitar que siga seduciéndome, la aparto de mí y la sostengo contra la estantería.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que tienes?

A pesar de que le cuesta respirar, sigue haciéndose la fuerte.

—Le pusiste más ganas en el coche, Woodstock...

—¿De verdad quieres que te enseñe lo que puedo hacer?

Helena desliza la mano por mis pantalones y yo hago lo mismo. Aparto el elástico de sus bragas y los dos comenzamos una especie de desafío implícito: ¿Quién hará que el otro se corra antes?

De verdad, no debería...

Pero no me importa. Ahora que ha empezado, no me importa cómo acabe. Además, ya no se trata solo de tocarnos, de explorar con las manos las partes más íntimas del otro. No. Ahora es un duelo. No puedo ver esto de otra manera que no sea una competición.

Los demás no tardarán en llegar. Joder, tenemos que parar, dejarlo estar antes de que las cosas se nos vayan de las manos...

Le bajo los pantalones y las bragas por los muslos. Ella hace lo mismo y me la saca de los calzoncillos. Luego bajo la mirada y deslizo los dedos en su interior para tantear el terreno, cada vez más profundamente. Le rodeo con el pulgar el clítoris hinchado por el placer. Por su parte, ella me la agarra con fuerza y me masturba con descaro. No aparto la vista de su mano, que me acaricia de una forma implacable.

Joder, la tengo durísima. Qué bien me lo hace...

—¿Eso es todo, Mustang? —jadea.

—Si tienes condones, podemos ir más lejos. Pero supongo que no te los traerás al trabajo...

—Una chica tiene que estar preparada para cualquier cosa.

—Eso sería pasarse.

—¿Es demasiado para ti?

Sigue desafiándome.

Pero lo tengo todo bajo control. Sé lo que tengo que hacer. Pronto, Helena no puede reprimir sus gemidos de placer. Finalmente, se deja llevar y se aferra al mueble, jadeando.

—¿Te has acobardado, Woodstock? Se te ve a puntito de correrte. Hasta parece que vas a perder el equilibrio.

—Ah... Cállate, anda... —dice entre gemidos.

A nuestro alrededor, se siembra el caos: los libros se vuelcan, las estanterías tiemblan y nuestras voces resuenan en las paredes de la librería. Es increíble lo bien que se lo puede pasar uno de buena mañana.

—Matthew, yo... ¡Me voy a correr! ¡Sigue!

En el momento en que siento que se contrae a mi alrededor, decido apartarme de un tirón, para leer la frustración en sus ojos. Pongo la mano de forma autoritaria sobre su sexo y le lamo el cuello.

—Pero ¿qué...? —pregunta.

—No vuelvas a contradecirme.

De nuevo, le meto los dedos en su intimidad tensa por el placer. Se los saco y se los meto,

despacio. Ella asiente, sin aliento, pero yo vuelvo a sacárselos enseguida para pellizcarle el punto débil.

—¿Lo has entendido? —le pregunto, mientras le froto el clítoris con las yemas de los dedos, tan solo por el placer de verla retorcerse.

—O me follas aquí mismo o te largas. Pero no te andes por las ramas.

—¿Quieres que te folle, entonces?

—Cállate de una vez. Eres insoportable, ¿lo sabías?

—Me lo dicen mucho, créeme —replico y me alejo definitivamente.

Le aparto la mano, me la limpio en sus bragas y la fulmino con la mirada. Esta vez, la victoria es mía; me doy cuenta por la expresión de su rostro, con la que me recrimina mientras me vuelvo a colocar el miembro bajo el bóxer y los pantalones.

—¿De verdad quieres parar ahí?

Justo entonces, oigo que se abre una puerta cercana al almacén y que alguien se acerca.

Mierda.

Helena

Estoy frustrada y quiero pegarle un puñetazo a Matthew en plena jeta. Y más después de lo que me acaba de hacer. No, en serio, ¿será cerdo?! Me tienta y me tienta, pero luego se niega a darme el orgasmo que merezco. Si existiera una lista de *calientachichis*¹ con mala uva, él la encabezaría.

Alguien se acerca al almacén y nos corta el rollo.

No te hagas muchas ilusiones con este...

No quiero que me vean como la clase de chica que se tira a su jefe. No me gusta ser así y, desde luego, no es la imagen que quiero proyectar de mí misma. Soy mejor que eso. No dejaré que nadie me convenza de lo contrario.

Matthew es un coñazo. Pero ahora que lo veo pasándose la mano por el pelo (la otra, no la que ha usado para... bueno, ya os imagináis), no puedo evitar pensar que está buenísimo. ¿Y esa sonrisilla que saca a relucir solo para mí? Uf, es la mejor advertencia del mundo sobre lo que podría pasar entre las paredes de esta librería. Eso dice mucho de sus intenciones, ¿no?

Aun así, cuanto más le conozco, menos le entiendo. Me cuesta captar su lado inconsciente. Primero se pone caliente y luego es frío como un témpano de hielo. Es como si no hubiera término medio.

—Joder, ¿entonces vas a parar ahí de verdad? —gruño entre dientes.

—Chis. ¡Calla! Nadie puede enterarse de que...

—¿De qué? ¿De que nos estábamos metiendo mano en el almacén? ¿No me digas? —murmuro al oír pasos que se acercan.

No puedo creer que me haya atrevido a hacer algo así. Me he tragado mil sucesos inoportunos y giros de la trama en mis lecturas, y me encantan, ¡pero en la vida real jamás me había pasado!

Pero mira tú por dónde, Matthew es real. Y lo que pasa con los tipos bordes como él es que solo son monos en las comedias románticas. En la vida real, quieres pegarles una colleja porque se niegan a dejar que te corras tranquilamente.

—Cállate de una vez... —me amenaza en voz baja.

Me vuelvo a subir las bragas y los pantalones a toda prisa, antes de que se abra la puerta. Quien entra por la puerta del almacén no es otro que Ray McGee.

No tuve ocasión de hablar con él cuando me lo encontré en el despacho de la jefaza. Ni siquiera sé cuál es su papel en la librería. Lo único que sé es que la mayor parte del tiempo está en las oficinas de la dirección y de ahí no sale. Kate y Travis tienen muy pocos chismes sobre él, así que se inventan rumores absurdos, pero yo no me creo ni una palabra.

Me he dado cuenta de que siempre va muy bien peinado y arreglado. Lo cual, en mi opinión, da miedo. Tiene el pelo rubio engominado hacia atrás y me mira con esos ojos penetrantes, que ahora que lo pienso, son iguales a los de Betty.

—Buenas, Ray, ¿qué haces tú aquí? —pregunta Matthew con aire despreocupado.

—He oído ruidos y me preguntaba si todo iba bien.

Matthew se encoge de hombros y me mira. Me doy cuenta de que tengo que seguirle el rollo. Disimulo y me encojo de hombros.

—Sí, todo va bien —contesta él—. ¿Y tú cómo vas? ¿Todavía color ganchito por el autobronceador?

Ray le saca el dedo y acto seguido, se da media vuelta y se va.

Vaya, a eso lo llamo yo una buena muestra de respeto...

—Ha estado cerca... —dice Mustang, volviéndose hacia mí.

—Ha sido culpa tuya. Además, como no terminas lo que empiezas, me tienes mosqueada.

—¿De verdad? Bueno, pues ya somos dos —Matthew me toma el pelo y señala los libros que aún están por etiquetar.

Ya veo... ¡Qué capullo! ¡No tiene ninguna intención de terminar!

—De todos modos —continúo—, no volverá a ocurrir. Lo que ha pasado aquí ha sido un accidente. Un desliz.

—Estoy totalmente de acuerdo. No debe volver a pasar. Esto ha ido demasiado lejos.

¡Oye! ¡Pensaba que podría hacerle reaccionar! No quería que confirmase mis palabras...

En realidad, todo esto nos pone en una situación extremadamente delicada. Me debato entre una atracción a la que es difícil resistirse y un enorme resentimiento hacia él.

—¿Se puede saber qué hace exactamente ese tío en la librería? —suelto para distraerme.

—Piensa en Ray como en una especie de hechicero demoníaco.

—¿De qué?

—Lo que oyes: es un tío que manipula demonios —replica, mientras etiqueta un libro.

Frunzo el ceño.

—¿Por...?

—Es un comercial. ¿Qué otra cosa podría ser? Además, sigue a Betty a todas partes. Es su hermano.

Ah, de ahí esa mirada gélida e inerte. Ahora lo entiendo...

—¿Matthew? —pregunta una voz femenina al entrar en el almacén.

Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma.

Ups. Cada vez me siento más incómoda. Todo el mundo está entrando en la librería en plan cuentagotas y saben de sobra que Mustang y yo estamos juntitos en el almacén.

Ay, si esta supiera lo que acaba de pasar aquí...

—Matt, tenemos que hablar. Ahora mismo.

Ni siquiera se molesta en saludar. Es como si yo no existiera. Bueno, parece que además de ser la que trabaja en las sombras, tengo otro superpoder: la invisibilidad.

Matthew me lanza una mirada de disgusto, suspira y luego sigue a nuestra jefa para esa supuesta conversación tan interesante. No tiene nada que ver conmigo, así que me da igual. Pero un segundo después de que haya salido de la habitación, me doy cuenta de que se ha llevado la etiquetadora.

Joder, no... Necesito un café. ¡Y otra etiquetadora!

Decidida a terminar mi trabajo, salgo buscando a Matthew. Solo será un segundo. No puede andar muy lejos, ¿no? Me abro paso entre las estanterías de la librería y encuentro el camino gracias a la voz de Betty, que resuena entre los estantes. Aunque intenta bajar el tono y hacerlo lo más discreto posible, se le nota que está rebotada. O al menos, lo suficiente para no poder contener el cabreo.

—Matthew, hablo en serio. No puedes tirar por la borda todo lo que hemos construido juntos de la noche a la mañana. Todavía hay una oportunidad de que esto funcione. Mis padres creen que seguimos juntos, pero hace tiempo que no te ven y empiezan a preguntar. Tienes que volver

a casa.

No debería estar aquí, escuchando. ¡Está feo! Sin embargo, siento un impulso irrefrenable desde lo más profundo de mis entrañas. Me pica tanto la curiosidad que no soy capaz de apartar la oreja.

—Déjame adivinar: no les gustaría que su querida hijita estuviese soltera. No es muy elegante, ¿verdad? Eso podría mermar la imagen de mujer de negocios idealizada que todos tienen de ella...

Betty sube el volumen, con lo que deja ver su frustración.

—¡No es una cuestión de apariencias, Matthew! Se trata de lo que tuvimos los dos. Es importante para mí, ¿entiendes?

Me acerco discretamente, intentando pasar desapercibida. Matthew responde, con la voz baja y un control admirable:

—Betty, se acabó. No hay nada que salvar. He pasado página.

Hay una pausa, un silencio tenso. Luego Betty interviene de nuevo, con la voz temblorosa.

—¿Hay alguien más?

Contengo la respiración.

¿Le hablará de mí? ¿Revelará nuestro secreto?

—No, no es eso —dice Matthew—. Es que... necesito tiempo para pensar en mí mismo, en lo que me conviene. Y, desde luego, estar contigo no es lo mejor para mí.

Siento el alivio fluyendo por mis venas. No menciona nada de nuestra noche alocada. Por ahora, sigue siendo un secreto entre nosotros.

Betty parece a punto de replicar, pero se detiene y suspira.

—Esta situación es insostenible y lo sabes.

—¿Para quién? —sisea—. Yo puedo vivir con ello perfectamente.

La rubia frígida no contesta, pero aun así, noto su rabia contenida. Es como si pudiera tocar el aura furiosa que emana de ella y se extiende por la librería como un reguero de pólvora. Odia estar teniendo esta conversación... y en el fondo, la entiendo. No debe ser nada agradable. Sobre todo porque Matthew es inflexible. Me pregunto qué habrá pasado entre ellos para que no dé el brazo a torcer.

—Cinco años. ¿Quieres tirar todo eso por la borda?

—Sí.

—Sabes que puedo despedirte en cuanto se me antoje, ¿no? Estoy harta de que andes por aquí.

—Pues adelante. ¿A qué esperas?

Mmm...

Parece que ella no puede más, pero, por otro lado, esta situación también le conviene. Pase lo que pase, ella lo controla de cierta forma mientras sea su jefa. Los dos están contra la pared.

Betty respira hondo, como si quisiera recuperar el temple.

—No voy a despedirte, Matthew. Eso sería demasiado fácil. Pero no puedo seguir viéndote todos los días, fingiendo que no ha pasado nada.

Hay una dureza en su voz que delata que está luchando internamente. Matthew, por su parte, permanece estoico, casi impasible.

—¿Y qué propones que hagamos? —pregunta.

—Un cambio de departamento. Así ya no estarás bajo mi responsabilidad directa. Trabajarás en otro proyecto, lejos de mí.

Presiento que Matthew va a protestar.

—¿Me tomas el pelo? Ni de coña. Todavía tengo trabajo pendiente en mi puesto.

—También podrías trabajar con Ray.

—¿Con el idiota de tu hermano? Imposible. No lo soporto. Es más tonto que una piedra. Hasta un guijarro tendría más conversación que él.

Vaya, vaya, me da que Betty va a perder los nervios...

—Te prohíbo que... ¡Uf! Hablar contigo es un infierno, ¿sabes?

—No te preocupes —replica secamente—. Ya me voy.

Una vez más, ella suspira.

—Vas a perseguir ese absurdo sueño que tienes, ¿verdad?

Se hace un minuto de silencio.

—¿No crees que hay cosas más importantes que eso en la vida? ¡Madura, Matthew! —añade Betty, como para pincharlo.

—No hay edad para los sueños. Que tú no los tengas no significa que debas negárselos a los demás.

En eso estoy de acuerdo con Matthew. Nunca hay que rendirse.

—Pero ¿qué dices? Si tu sueño es huir con tus amigos. ¿Hay algo más estúpido que eso? Te estás dejando arrastrar a un delirio colectivo. ¿No lo ves?

—Ah, ¿porque tú no has estado años moviendo los hilos? Atrévete a decir que no —se burla. Betty parece apretar los dientes.

—Te ofrecí una forma de vida.

—Que yo no quise aceptar, si no recuerdo mal —replica Matthew.

—Eres un cabrón desagradecido. ¿Se te ha olvidado todo lo que has aprendido gracias a mí? Matthew se echa a reír.

—Ah, sí, ¿cómo era? Renunciar a todo lo que amas para mantener las apariencias. Una gran filosofía de vida, Betty. Muchas gracias. No me esperes para la próxima barbacoa familiar, ¿vale? Yo paso.

Betty se ríe de forma sarcástica.

—Ah, ya veo. Pues deja que te diga una cosa: haz lo que te dé la gana. Después de todo, eres libre, ¿no? Pero como me entere de que es por otra mujer, te juro que...

La verdad es que no me encanta verme en medio de este tipo de discusiones. No creo que pueda salir nada bueno de ello, pero voy a tener que girar la cabeza y mirar a otro lado.

Pero, chica, ¿qué dices? No es como si hubiera algo entre Matthew y tú, ¿no?

—Sigue, venga. ¿Qué me juras? ¿Qué piensas hacer?

—Haré que sufra tanto que lo último que querrá es volver a verte. ¡Se le quitarán las ganas de vivir! Ya lo sabes: no me gusta que la gente juegue con mis cosas, especialmente sin mi permiso.

Me sobresalto sin querer y me escondo tras la estantería.

¿Así es como ella lo ve, como un simple juguete? Es un poco siniestro, ¿no?

Esta mujer me parece un ser despreciable. Cuanto más sé de ella, peor me cae.

—¡No eres mi dueña! —chilla Matthew.

—Ya, bueno... Para ti, la discusión siempre es la misma. Mientras tanto, la que te paga el sueldo soy yo, ¿no? Y gracias a la nómina, puedes arreglar tu furgoneta de zarrapastroso. En fin, cállate y no digas tantas tonterías.

Dicho esto, los oigo irse cada uno por su lado. La tensión se palpa incluso desde la distancia. Me quedo oculta tras la estantería unos instantes, en los que aprovecho para digerir lo que acabo

de escuchar. He ahí la mecánica de su antigua relación.

La supuesta oferta de Betty me hace pensar en la complejidad de las relaciones humanas, especialmente en un entorno profesional. Nunca había trabajado en una empresa tan grande como esta. Cuando Kate me vendió la librería, me dijo: «¡No te preocupes! Esto es como una gran familia».

Sí, bueno, en verdad... en una familia hay muchas trifulcas, muchas cosas que no se dicen y jerarquías bastante establecidas.

Después de unos minutos, salgo de mi escondite. No dejo de darle vueltas al asunto. Necesito concentrarme en mis tareas pendientes, pero es difícil ignorar el trasfondo de esta conversación. Me pregunto cómo afectará esto a Matthew, a su trabajo y, por extensión, al mío.

Respiro hondo y vuelvo a mis obligaciones. Me prometo mantener una distancia profesional con Matthew, a pesar de que casi follamos en el almacén. La situación en la librería acaba de complicarse aún más y debo permanecer alerta.

Unos minutos después, mi jefe (sí, en teoría, lo es) aparece con la etiquetadora en la mano. No parece nada contento y tampoco es el momento de hablar de lo que he escuchado a escondidas, así que me abstengo de hablar.

Seguimos etiquetando juntos, pero para ser sincera, no se le ve muy contento de estar por aquí. Lo puedo entender, la verdad. Me gustaría acabar con esta tensión que flota en el aire, pero no sé cómo.

Tras unos instantes de silencio absoluto, respiro hondo y decido tirarme a la piscina:

—Matthew, yo... quería pedirte perdón por lo de antes. No debería haberte provocado así.

Se detiene un momento, con la vista fija en los libros que tiene delante, y luego me mira.

—Gracias, Helena. Es que... es todo tan complicado que yo...

—Lo entiendo —respondo modulando la voz—. Y quiero que sepas que lo que ha pasado entre nosotros se quedará entre nosotros.

Él asiente. Es evidente que se siente aliviado.

—Te lo agradezco mucho. Lo último que necesito son más movidas.

Volvemos al trabajo y el ambiente parece un poco menos denso. Me atrevo a hacer otra pregunta, con la esperanza de entender mejor la situación:

—¿Todo bien con Betty?

—¿Cómo sabes que las cosas no van bien entre nosotros?

Ups. ¿Dónde está Helena? ¡Ah, sí, entre la espada y la pared!

Por querer forzar la conversación, he ido demasiado lejos.

—Pues, bueno, quería pedirte la etiquetadora, pero cuando me acerqué... escuché... algunos fragmentos de vuestra conversación.

Matthew suspira.

—Sí, no pasa nada. Estaré bien. Tendré que adaptarme, eso es todo. Ya estoy acostumbrado. Gracias por preocuparte.

Hace una pausa y luego añade:

—Sabes, Helena, yo... no quería que las cosas fueran así entre nosotros. Eres una persona muy interesante y me habría gustado conocerte en otras circunstancias, pero...

Me sonrojo ligeramente. Me conmueve el cumplido. Se nota que es sincero.

—A mí también me habría gustado, pero es lo que hay, ¿no?

Me dedica una sonrisa triste.

—Sí. Habrá que conformarse con lo que tenemos.

El resto del día lo pasamos trabajando sin prisa pero sin pausa. La tensión se ha disipado un poco. Ahora ambos entendemos lo complicada que es nuestra situación. No sé qué saldrá de todo esto, pero por ahora, nos las apañamos trabajando mano a mano y guardando en secreto lo que ocurrió entre nosotros.

He de distanciarme de él. Lo nuestro no debe volver a ocurrir. Nunca más.

¹ N. de la T. Femenino de «calientapollas».

Matthew

Vaya día de mierda.

Debería estar lejos de este sitio, pero aquí me tenéis, currando. Odio este lugar. Antes me gustaba, pero ahora que Betty y yo lo hemos dejado, trabajar aquí es un martirio.

Cuando termino la jornada, cojo mis cosas y me asomo al escaparate. Está lloviendo. *Estupendo*. No chispea, no. Nada de gotitas frías para refrescarse: está cayendo un buen chaparrón.

El final del día no desentona en absoluto con todo lo que he tenido que tragar hoy.

Camino unos minutos. Tengo el Mustang aparcado a un par de calles. Cuando al fin me subo, hago rugir el motor y arranco. Mientras conduzco por la ciudad, la lluvia golpea el techo del coche. El sonido del aguacero me invita a reflexionar. Pienso en Betty, en nuestro pasado y en cómo ha cambiado todo. Nuestra relación modeló en cierto modo una nueva versión de mí, pero ahora solo me provoca dolor y arrepentimiento.

También pienso en Helena, en la tensión evidente que hay entre nosotros y en la complejidad de nuestra situación. Hay algo en ella que me hace perder la cabeza, pero sé que debo mantener las distancias.

Joder, qué enrevesado es todo.

No debería pensar en ella, pero no puedo evitarlo. Todavía veo esos ojos... Recuerdo nuestro lapsus apasionado en el almacén y el momento en que las cosas se pusieron más calientes. Quiero más; eso no ha cambiado. Incluso he rechazado a todas las chicas con las que había quedado esta semana. Ya tiene que pasar algo gordo para que haga algo así.

En realidad, lo que pasa es que cuando me meto a Tinder, no puedo evitar acordarme de ella y del polvo en el coche. Podría contar con los dedos de una mano las veces en que he conectado así con otra persona. Creo que nos entendemos. Sí, lo sé, es muy extraño, porque en el fondo, apenas la conozco.

Me desvío por una calle perpendicular, ligeramente próxima a la librería, y la veo a lo lejos. Anda escondida bajo el abrigo para evitar mojarse.

No te pares, Matt. Sigue conduciendo.

Sería una idea terrible volver a quedarme a solas en el coche con ella. Se me pueden ir las manos en cualquier momento. Por otro lado, no puedo pasar de ella y dejar que se empape, ¿no?

Joder, macho...

Me paro a su lado y bajo la ventanilla.

—¿Helena? Pero ¿qué haces? ¡Sube al coche, anda!

Se gira hacia mí, pero tengo la impresión de que duda, como si estuviera evaluando otras opciones.

—¿Qué pasa? ¿Prefieres quedarte fuera, bajo la lluvia?

—¿Vas a marearme otra vez? No estoy segura de querer subirme a tu coche...

—No seas tonta. ¿Es porque yo también estoy en la sección de *thriller*?

Ella arquea una ceja. Se le ha corrido el maquillaje con la lluvia y está aún más guapa, si es que eso es posible.

—¿Qué?

—Ya sabes, porque sé cómo deshacerme de un cuerpo... En fin, no importa. Venga, te prometo que no soy un pirado. Sube o te quedarás helada.

Helena se echa a reír y, a pesar del cielo oscuro y cubierto de nubarrones, de repente tengo la impresión de que el sol brilla sobre nosotros.

Convencida, sube al Mustang.

—Sigue siendo un coche muy guay —dice sonriente.

—¡Gracias! Lo cuido mucho, para qué mentir.

—¿Ah, sí? ¿Cómo? ¿Invitando a desconocidas a que se suban?

La candidez de su voz atenúa todo atrevimiento. *¿A qué viene lo de pensar algo así?* No debería dejarme seducir tan pronto. Pero con ella, todo es demasiado fácil. ¡A veces me agota! Pero sí, hay algo en los ojos de Helena que me atrae. Un brillo especial, una chispa, la de una mujer que aún no ha conseguido lo que se propone y que tiene una ambición desmedida. Quizás fuera eso (en parte) lo que me atrajo de Betty en su momento.

La diferencia es que con mi ex, esa supuesta virtud se convertía a menudo en un rasgo tóxico: la ambición a toda costa. Con Helena, es muy distinto. No siento nada parecido. Es como si estuviera en paz consigo misma, pero aún dispuesta a meterle caña a la vida, a arrasar con aquello que se interponga en su camino. No es fácil describir la dualidad que veo en sus ojos, pero imagino que os hacéis una idea.

—Ya no eres una desconocida.

—¿Lo dices porque nos liamos en tu coche?

Me río.

—Si solo nos hubiéramos liado... En fin, ¿dónde te dejo?

—En el mismo sitio que la última vez.

Estiro los labios en una sonrisilla de lado. Todavía me acuerdo de la dirección. Extrañamente, es como si la tuviera grabada en la mente. De repente, se me ocurre una idea espontánea.

¿Qué coño? ¡Atrévete un poco!

—¿Te importa si nos desviamos ligeramente del camino? —le pregunto.

Helena me mira intrigada.

—¿A dónde?

Me encojo de hombros y sonrío.

—A uno de mis sitios favoritos. Me encanta ese lugar y me gustaría enseñártelo.

—Antes vas a tener que aclararme una cosa: ¿somos compis de trabajo o por dónde van los tiros?

—Relaja, Woodstock: solo soy un chico educado que va a mostrarle a una recién llegada uno de los lugares más bonitos de San Francisco. No hay nada malo en eso, ¿verdad?

Mentiroso.

¿Por qué estoy tratando de estirar al máximo el tiempo que paso con Helena? ¿Disfruto de su compañía tanto como para arriesgarme así? En el fondo, sé que debería alejarme de ella. No solo por mi bien, sino también por el suyo. Tengo la sensación de estar jugando con fuego y he de admitir que no me importaría quemarme. Sobre todo cuando la llama está tan caliente.

Helena no se parece a las otras chicas con las que he quedado. Confirmando mi teoría cuando poso los ojos en ella y capto su tierna mirada. Se pasea por todas partes, como si estuviera descubriendo la ciudad con el asombro digno de una niña en la feria. Me encantaría enseñársela.

—Bueno, bueno... —dice—. Aquí estamos. No soy tonta, ¿sabes? Seguro que has enseñado

la ciudad a montones de chicas y luego las has tumbado en este mismo Mustang, ¿a que sí?

—¿Qué, aquí? ¿Estás loca? No, te aseguro que fue la nuestra fue la primera vez.

—Sí, venga... No intentes camelarme.

Me hace reír. Lo peor es que estoy diciendo la verdad.

—Te juro que es verdad —insisto—. Lo del otro día fue un caso aislado.

Helena niega con la cabeza, con una sonrisa sarcástica en los labios. No parece del todo convencida, pero no rechista.

¿Cómo puede seguir soltera? ¡Es preciosa! Tengo que deshacerme de estos pensamientos intrusivos. No puede ser que me pase el día pensando en ella.

—Bueno, enséñame ese famoso lugar —dice, acomodándose en el asiento del copiloto.

Sonríó y me dirijo a uno de mis lugares favoritos. Conduzco por las calles de San Francisco, donde ahora es de noche. Ha dejado de llover y la carretera, ahora húmeda, brilla bajo las luces de la ciudad. El silencio entre nosotros ya no es tan tenso. Se ha instalado una especie de complicidad, un sutil juego de seducción y negación. Todo a la vez.

No quiero ser yo quien dé el primer paso. Aunque, en realidad, ya he caído y ni siquiera he opuesto resistencia. Aun así, no estoy dispuesto a que vuelva a ocurrir. Si no, acabaría formándose una mala opinión de mí.

Al cabo de unos minutos, aparco en una colina con vistas a la ciudad. Las luces de San Francisco centellean desde abajo y crean un espectáculo mágico.

—Vaya, es... es increíble —murmura Helena, admirando las vistas.

Me vuelvo hacia ella y noto el fulgor en sus ojos, velados por el asombro.

—Me gusta venir aquí a pensar. Este lugar siempre consigue que vea las cosas desde otra perspectiva.

Permanecemos un rato callados, ensimismados, contemplando la ciudad que se extiende a nuestros pies, hasta donde ya no alcanza la vista. Me siento en paz, alejado de la complejidad de la rutina y la vida adulta.

Finalmente, Helena se vuelve hacia mí, con los ojos brillantes.

—Gracias por enseñarme este lugar. Es un regalo de bienvenida precioso.

—Me alegro de que te guste.

—Entonces, ¿vienes aquí a reflexionar sobre la vida, como un lobo solitario?

Cuando pronuncia estas palabras, estamos tan cerca que casi siento su aliento contra el mío, así como el calor de su piel, sin siquiera tocarla.

—Bueno... sí, a veces —admito—. Pero en esta colina hay sitio de sobra para los dos. Podemos reflexionar juntos. Por mí no hay problema.

Parece contenta con mi respuesta.

—Bueno, ¿por qué no empezamos otra vez de cero? —sugiere.

—¿A qué te refieres?

Helena se encoge de hombros.

—Soy Helena y mi color favorito es el verde —dice mientras me tiende la mano.

En lugar de tomármelo en serio, me echo a reír. Pero al ver su insistencia, me veo obligado a seguirle la corriente.

Se vienen cositas...

—Bueno, em... Me llamo Matthew, encantado —respondo mientras le doy la mano—. Mi color favorito es el naranja. El naranja crepuscular, si nos ponemos intensitos.

—Oh, muy poético... Se corresponde más con la imagen que tenía de Anderson.

—¿Quién es Anderson? —digo, haciéndome el loco.

Helena se pone un dedo en la barbilla y simula pensarse muy bien sus palabras.

—Es un idiota que finge ser algo que no es, con la esperanza de mojar el churro.

—¿Eso hace? Vaya cabrón...

—¿No me digas?

—Puede que, tal vez, tenga sus razones.

Ella arquea una ceja, luego sonrío.

—Ah, sí, ¿y cuáles son esas?

—Bueno, es una suposición, pero... quizá Anderson tenga un pasado un poco complicado y acabe de pasar por una ruptura que le está costando superar. Y tal vez su exnovia siga intentando hacerle la vida imposible. Puede que ella, ya sabes... se lo haga pasar mal.

—Pareces bien informado.

—Lo estoy. Ese tal Anderson es un buen amigo mío —digo con una risita.

—Bueno, con todo, me pareció un chaval muy mono —admite Helena.

Ese comentario hace que me dé un vuelco el corazón. La sangre fluye por mis venas a un ritmo alocado y se me acelera el pulso.

¿O sea que eso es lo que piensa de mí? Es muy dulce...

—¿Ah, sí?

Ella asiente y me enseña su preciosa sonrisa.

—Sí. Era un pelín sarcástico, pero... no me importó, porque parecía sincero.

—Cuidado: a veces, las apariencias engañan.

—Eso parece, sí...

Es evidente que nos atraemos de una forma incontrolable, pero ninguno de los dos se lanza. Es como si estuviéramos al borde de un precipicio, dudando si saltar.

—Y... ¿crees que Anderson tiene sueños y aspiraciones? —pregunta.

Sacudo la cabeza de improviso. Curiosa pregunta.

¿Sueños, él? Claro que los tiene. Que se hagan realidad es otra cosa.

—Bueno... Me suena que a Anderson le gustaría coger una furgoneta vieja y recorrer la costa oeste buscando la mejor ola que montar.

Helena sonrío tímidamente. Parece que le gusta lo que oye.

¿Será tan comprensiva como parece?

Cuando le dije a Betty que quería hacer un viaje por carretera, se rio en mi cara y me habló de tener hijos. No es que esté en contra: por supuesto que quiero hijos. Sin embargo, no estoy a favor de que sean prisioneros de una educación que los mortifique y los anime a enterrar todo lo que aprecian solo para mantener las apariencias, por el bien de los negocios. Esa no es mi forma de ver las cosas.

—A mí me parece un planazo. ¿Y tu amigo no tiene a nadie que le acompañe en este sueño?

¿Qué insinúa?

De repente, entro en pánico.

—Se está haciendo tarde. Debería llevarte a casa —digo finalmente, y en un pispás, me cargo la magia del momento.

Ella asiente, pero no dice nada.

Poco después, nos ponemos de nuevo en marcha. El coche circula silenciosamente por las calles desiertas. Cuando llegamos frente a su casa, Helena se vuelve hacia mí.

—Gracias por todo, Matthew. Esta noche ha sido... diferente.

—Sí, diferente... —repito, incapaz de encontrar las palabras adecuadas para describirla.

—Quizá, en el futuro, deberíamos intentar hablar las cosas, en lugar de amenazarnos o ser crueles con el otro. En cualquier caso, me he librado del chaparrón gracias a ti, así que...

—Estoy de acuerdo en que deberíamos intentar hablar antes que recurrir a los puños —asiento.

Helena se baja del Mustang, satisfecha con mi respuesta, y se vuelve hacia la entrada de su edificio. Pero de repente, se detiene, se acerca al coche y se asoma por la ventanilla.

—O también podríamos hablar un poco menos y actuar más... ¿Te apetece una copa en mi piso?

Veo adónde quiere llegar, y me gusta. Sé que no debería, pero Helena es una verdadera droga. He alargado lo máximo posible la noche para pasar tiempo con ella y ahora le toca a ella jugar sus cartas. Quiere que me quede. Es como si fuéramos dos adolescentes que se acaban de conocer y todavía están intentando domar sus instintos. Me siento como si hubiera vuelto a mi juventud y me resulta bastante estimulante.

—Una copa, ¿eh?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Hay mil formas de expresarlo; es el poder de la retórica. Échale imaginación y... ¡listo!

Esta chica tiene una mente sintética y es bastante lanzada, por lo que veo. Me encanta. Yo también soy así.

Después de aparcar el coche, subimos juntos a su casa. Y, por supuesto, como todos los anfitriones que se precien (y generalmente, maníacos de la limpieza), me advierte:

—Lo siento, está todo un poco manga por hombro.

La mayoría de la gente que dice eso suele tener tres cacahuets tirados en la mesita del salón y un libro a medio cerrar porque se lo está leyendo. Por norma general, no suele ser motivo suficiente para comparar su piso con un estercolero. Pero en el caso de Helena, he de admitir que me sorprende. Es mucho más desordenada de lo que me imaginaba.

El piso no está patas arriba, pero ordenado tampoco está. Hay ropa tirada por todas partes y no parece que le guste mucho cocinar, a juzgar por la cantidad de comida para llevar que se ha comido aquí.

—Vale, un poco desastroso sí está —admito.

—Te lo advertí...

Vamos a dejar a un lado lo de la mente sintética. Helena es más bien una soñadora. Este piso rebosa pasión y aventura. Ahora que lo pienso, cómo no, cuando pasa la mayor parte del tiempo rodeada de libros. Es inevitable que la lectura le provoque el gusto por los viajes y las emociones fuertes. Porque parece que eso es lo que busca.

—Bueno, ¿qué quieres hacer?

En lugar de responder, Helena me tiende una copa de vino tinto que ha servido hasta arriba.

—No te pases. ¿Quieres que vuelva a casa haciendo esos o qué? ¡Que tengo que coger el coche! —exclamo.

—Bueno, ya veremos si vuelves a casa o no... —añade con una sonrisa ladina.

—Buen apunte.

Ninguno de los dos se atreve a dar el primer paso y, sin embargo, veo la osadía en sus ojos. No deberíamos estar aquí, juntos. Es demasiado arriesgado, demasiado... complicado para seguir adelante. Pero hay una fuerza irreprímible, una atracción sin remedio que me hace querer cogerla en brazos, levantarla, ponerla sobre la mesa del salón, bajarle las bragas y mimarla de la mejor

manera posible.

Aun así, una vez más, creo que sería adelantarme a los acontecimientos.

—Hemos hablado de los sueños de Anderson, pero ¿qué hay de los sueños de Helena?

De repente, se sonroja, como si no se esperara esa pregunta y le diera palo hablar del tema.

—Pues... No me siento muy cómoda contándotelo así, de primeras.

—Oh, bueno, en ese caso, podrías hablar de las aspiraciones de tu amiga... Susan. ¿Qué te parece?

Me mira y esboza una sonrisa sincera.

—Buena idea, Mustang.

—¿Y bien? ¿Con qué sueña Susan?

Helena se humedece los labios en la copa de vino y luego vierte parte del contenido en su boca, para relamerse las comisuras justo después. Parece sumida en una espiral de reflexión.

—Ay, Susan... —dice, con voz romántica—. Susan sueña con viajar, con vivir mil y una aventuras. Se imagina explorando ciudades desconocidas, descubriendo culturas diferentes, conociendo a gente fascinante...

Se le iluminan los ojos y casi consigo ver los sueños de Susan, o más bien los de Helena, cobrando vida en su mirada.

—También sueña con escribir su propio libro algún día —continúa—. Una historia que reúna todas sus experiencias, las personas a las que conoció... Una historia que inspire a los demás a perseguir sus sueños, por locos que parezcan. Su historia, en definitiva.

La escucho, cautivado por su entusiasmo. Helena (o Susan, como queráis llamarlo) pronuncia cada palabra con pasión. Su vehemencia es contagiosa y me descubro imaginando esos viajes, esas historias. Es como si nuestros sueños estuvieran en sintonía.

—¿Y tú qué, Helena? ¿Cuáles son tus sueños? —me atrevo a preguntar, para romper la finísima pared que la separa de Susan.

Ella deja la copa en la mesita auxiliar y me mira con un semblante serio.

—Mis sueños son más o menos los mismos. Siempre he querido viajar, ver mundo. Pero mi mayor sueño es escribir: immortalizar con palabras mis pensamientos, mis emociones, mis aventuras, por insignificantes que sean.

Me parece precioso que verbalice sus aspiraciones. Hay un deje de vulnerabilidad en su voz, como si me estuviera revelando una parte muy íntima y desconocida de sí misma.

—Bueno, quizá sea hora de dar el salto —le propongo con dulzura—. Seguro que ya tienes un montón de historias en la cabeza, listas para ser contadas, ¿me equivoco?

Sonríe. Sus labios se tiñen de esperanza y ambición.

—Quizá tengas razón. Quizá sea hora de empezar a hacer realidad esos sueños. Después de todo, trabajo en una librería, así que...

—Sí —digo, sonriente—. Sería una tontería no hacerlo.

Nos quedamos un momento en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Hay algo mágico en este momento, una conexión sutil nacida de la complicidad. Nuestros deseos están en sintonía, y eso me asusta tanto como me complace.

Finalmente, Helena se levanta, decidida.

—Por ahora, acabémonos esta botella de vino —suelta, guiñándome un ojo.

Me río y me levanto para honrar sus palabras. Esta velada, improvisada y ambigua, se está convirtiendo en una noche íntima y agradable. A pesar de todas las dificultades, hay algo real entre nosotros, algo que va más allá de ser compañeros de trabajo o un rollo de una noche. Es el

comienzo de algo nuevo, algo fortuito, pero quizás, necesario. Siento esa urgencia. Necesito alejarme de la rutina que me asfixia. Cada vez que el universo me da la oportunidad de pasar tiempo con Helena, todo vibra en mí.

—Sí, bueno, empecemos por ahí.

¿Y luego, qué? ¡Que pase lo que tenga que pasar!

Helena

Nota mental: invitar a alguien a beber vino a tu casa cuando no toleras el alcohol no es una buena idea.

Sí, últimamente tengo muchas notas mentales. Voy a tener que apuntarlo todo en un pólit para que no se me olvide la próxima vez que se me presente la ocasión. Aunque siento un hormigueo en las yemas de los dedos, de momento, aguanto, y me está sentando bien liberarme del nubarrón de estrés que me tiene atrapada desde hace unos días.

—Bueno, y ahora, ¿qué te apetece hacer? Por cierto, ¿sabías que vivo a dos calles de aquí? —me pregunta.

Su sonrisa es tan tentadora... y la forma en que agita la copa de vino me tiene hipnotizada. Me odio por pensar en estas cosas, pero este chaval es irresistible. Lo tengo aquí, en mi salón y casi me da vergüenza lo desordenado que lo tengo todo. Una vergüenza horrible, de hecho. Le pedí que subiera y se quedara aquí a dormir, pero ahora me doy cuenta de que quizá haya sido un poco masoca por mi parte.

Acabo de recordar que tengo un montón de ropa sucia sobre la cama, y también un poco de basura. Roña, vaya. No es que sea una guarra, pero admitámoslo, me gusta comer en la cama, y no es que hoy me haya dado tiempo a venir a casa a recogerlo todo.

—¿Sabes qué? Tal vez deberíamos ir a tu casa.

Vaya salidas tienes a veces, guapa...

—¿Cómo? Pero ¿por qué? —pregunta con suspicacia—. ¿Tienes un fiambre escondido en tu habitación?

Una broma de lector de novelas de suspense, supongo.

Su comentario me hace gracia, pero no es suficiente para que cambie de idea. Tengo que sacarlo de aquí. ¿En qué leches estaba pensando al ofrecerle una copa? Supongo que me daba miedo que él me dejara marchar, así que decidí ser una lanzada por los dos.

—Podría ser... ¿Quién te dice que no?

—Vale, y ahora en serio. ¿Qué pasa?

Me enseña esa sonrisita suya y me hechiza. No puedo mostrarle mi lado más caótico, no en este momento. Me he descuidado bastante con la limpieza del piso y me siento como una mierda.

—No tengo condones —le digo.

Mi comentario le hace enarcar las cejas.

—Si quieres, puedo ir a comprar unos. Hay una tienda al girar la esquina...

—No, mejor no. Vamos a tu casa. Será más fácil.

Matthew frunce el ceño y fija su mirada en la mía, antes de asentir.

—De acuerdo, Woodstock. Pero me llevo la botella y dejo el coche aquí. Cuídamelo, ¿vale? Volveré a por él mañana, contigo.

Fiu... ¡Por los pelos!

No solo estoy aliviada porque me he librado de enseñarle el desastre de mi habitación (o el del cuarto de baño), sino que vamos por la calle con una botella de vino, que compartimos, amorrados, mientras caminamos. En mi mente, no podría haber un plan mejor. Me siento como

una adolescente que descubre el alcohol y la vida nocturna de la ciudad.

—Esos sueños de los que me has hablado... son preciosos —dice, quitándose la botella de la mano para beber.

—Gracias —me río—. Los tuyos también son bastante guais.

—Pienso hacerlos realidad, ¿sabes? Es solo cuestión de tiempo. No tengo intención de pudrirme en la librería el resto de mi vida. Además, no la dirigen como a mí me gustaría...

—¿Ah, no? ¿En qué sentido?

Matthew se encoge de hombros y le da un sorbo a una lata que ha pillado por el camino en una tienda 24 horas.

—Sé que no lo parece, pero soy un gran lector y me gustan mucho los libros. En físico, quiero decir. Es una pasión que heredé de mi madre.

No puedo evitar sonreír.

—Debe de estar muy orgullosa de que tengas un trabajo respetable en una librería...

—Bueno, en realidad... En fin, mi madre ya no está.

Guardo silencio unos instantes, consciente de que acabo de meter la pata.

—Lo siento —ríe suavemente—, sé que es un poco cortarrollos. Un alivio que no lo haya soltado cuando estábamos hablando de condones, ¿verdad? En fin, mi padre se largó y mi madre no pudo soportarlo. Tengo una familia pequeñita, pero no aquí. Viven en Colorado. ¡Sin ataduras, bieeen...!

Me abstengo de recalcar que, en su momento, cuando quedé con él, me dijo abiertamente que había nacido aquí. Pero esa era la tapadera de Anderson, y ahora ya no importa.

Pobrecito. No debe ser nada fácil...

—¿Y...?

—¿Que si lo llevo bien? Sí, ahí vamos —responde, encogiéndose de hombros—. Me he acostumbrado a la soledad. En mi cabeza pasan un montón de cosas a la vez. A veces me pregunto qué he hecho para merecer esto. Pero afortunadamente, siempre me quedará el surf. Me relaja y me permite olvidar todas mis preocupaciones. Y luego están mis amigos, por supuesto. Seguro que te caerán genial. Son como mi familia. Bueno, y antes... tenía la librería.

Ya sé por dónde va. Imagino que veía a sus compañeros como la familia que nunca tuvo. Aunque, bueno, desde que ya no está con Betty, las cosas deben ser muy distintas.

—¿Cómo era salir con Betty?

Suelto esa pregunta como si nada. Parece que tiene ganas de hablar y eso es bueno. Empieza a llover de nuevo, pero son solo un par de gotitas. Llovizna y ni siquiera nos molesta. Es como un sople de aire fresco.

—Desde el punto de vista familiar, no estuvo mal. Ella tiene más primos que dedos tengo en ambas manos, así que las comidas familiares eran muy animadas. Eso estaba bien, porque me sentía menos solo. Pero, con el tiempo, me di cuenta de que, en realidad, seguía estando solo y ella me concebía como un vasallo. No soy el tipo de chico que vive en una prisión. No habría aguantado mucho más.

Es un lobo solitario, un poco salvaje, un pelín retraído y, sin duda, alguien que odia las ataduras. Bueno, lo entiendo. Yo no soy muy diferente, así que no puedo culparlo.

Tras una ligera caminata, llegamos a la casa de Matthew y subimos.

—Bueno, tienes suerte de que te deje entrar en mi casa, desconocida —dice mientras me guiña un ojo—. Normalmente, no dejo que nadie suba. Es como mi refugio.

Al entrar en el piso de Matthew, me impresiona de inmediato el contraste entre su tosco

exterior y la dulce esfera íntima de su hogar. El piso es espacioso y está sorprendentemente ordenado, con una decoración minimalista pero acogedora. Unas estanterías llenas de libros cubren toda una pared, lo que confirma su pasión por la lectura. Un cómodo sofá da a un enorme ventanal que ofrece una impresionante vista de la ciudad.

—Vaya, es... una pasada —comento, asombrada.

—Gracias —responde, mientras cierra la puerta tras de nosotros—. Es mi pequeña guarida. Me gusta tener un lugar donde relajarme, lejos de las luces y el bullicio.

Veo un escritorio con un ordenador y varias pilas de manuscritos. En una esquina hay una tabla de surf, cuya madera brilla con la luz tenue de la estancia. Unas fotos de playas y olas adornan las paredes. Es evidente que a Matthew le apasiona el océano. Es mucho más complejo de lo que imaginaba. No solo es sexi, también tiene talento.

—¿Esas fotos son tuyas? —pregunto mientras señalo las imágenes.

—Sí, me encanta la fotografía. Y más cuando se trata de retratar el mar. Es otra forma que tengo de evadirme.

Matthew se acerca a la cocina y abre otra botella de vino.

—¿Quieres una copa?

—Me encantaría, pero puede que acabemos por los suelos, ¿no?

Se ríe, pero de todos modos, se une a mí con dos copas de vino y brindamos en silencio. Aquí se respira tranquilidad, relax. Me siento extrañamente a gusto, como si estuviera en casa.

—Háblame un poco más de ti, Woodstock. Vamos a tener que reavivar un poco la chispa porque he sido un cabrón contigo. Perdóname, de verdad. De todos modos, me alegro de que te guste mi casa. A diferencia de a ti, no me importa enseñarte mi habitación, ¿sabes?

Inclino la cabeza hacia un lado, avergonzada.

—Lo siento, pero no podía. Da pena, de verdad. Encima, como me has hecho pasar un día tan terrible, no he tenido tiempo de ir a casa a ordenarla. En el fondo, va a ser tu culpa, ¿qué te parece?

Matthew se echa a reír.

—Lo siento mucho. No quería que la situación empeorara, o que se nos fuera de las manos. De ser el caso, la librería se convertiría en nuestro infierno personal.

Sí, si razón no le falta. Lo ideal sería que ni siquiera nos viéramos. Estar aquí, juntos, ya es un gran error. Estamos tentando a la suerte, y si seguimos así, no tengo ninguna duda de que el karma nos la devolverá. Pero estoy dispuesta a arriesgarme.

Cuando le miro, cuando mis ojos se posan en los suyos y nuestras pupilas se encuentran en esa perfecta armonía cargada de deseo, lo único que quiero es lanzarme al vacío. Quiero aventurarme, que las llamas me consuman y convertirme en una antorcha humana. Porque aunque apenas nos conocemos, tengo la sensación de estar viviendo una pasión más ardiente que nunca. Matthew es, a ratos, divertido; a ratos, insoportable. Con él siempre hay una de cal y una de arena, sin tregua. Pero creo que, en cierto modo, me gusta.

—¿Lo dices por ella?

Asiente lacónicamente. De repente, ya no se ríe tanto. De hecho, se pone serio. Matthew odia hablar de Betty. Se le nota enseguida. Apenas puede soportar que alguien la mencione.

—Sí. No quiero más problemas.

Parece que se lo ha hecho pasar mal.

—¿Pero qué te ha hecho? —me atrevo a preguntar.

Me siento como si hablara con un gatito herido. La versión que veo de él rompe con la

imagen de tiracañas que intenta proyectar. Ya sabéis, la del malote de turno. Matthew se muestra bastante vulnerable. Me deja ver su lado más... frágil.

—No soy de los que hablan de su vida privada, Woodstock.

—Ni yo de las que suben a casa de un desconocido. O de su jefe.

—Ah, o sea que ambos estamos fuera de nuestra zona de confort...

Asiento para secundar sus palabras y él respira hondo.

—Está bien. Cuando llegué aquí, estaba solo. No fue fácil para mí. Yo era de Colorado y siempre había soñado con la playa y el surf. Además, allí ya no me quedaba nadie. Había decidido vivir lo que tontamente llamamos el «sueño americano». Vamos, mi objetivo era convertirme en quien realmente quería ser. Libertad absoluta. No quería otra cosa.

Hasta ahora, lo entiendo. Me veo reflejada en sus palabras. Si lo pensáis, seguir a Kate fue un poco como mi propio sueño americano. Aunque, a veces, cuando veo cómo se entromete en mi vida, me arrepiento un poco. Porque quiero matarla, vaya.

—Bueno, pues nada más llegar, hice algunos amigos. Y estuvo genial, ¿sabes? Vivía sin pensarlo demasiado. A ver, a veces me sentía un poco solo, pero al menos era libre. Sin limitaciones.

Le brillan los ojos al pronunciar esas palabras. No puedo ni imaginarme a cuántas tías se habrá tirado durante esa etapa de su vida. La cifra debe ser abrumadora.

¿Estás celosa, Helena? Sentimiento de odio, ¡fuera de aquí!

—Sí, te entiendo. Debiste sentirte muy libre.

—Sí, justo. Pero entonces, un día, mientras surfeaba en la playa, conocí a Betty. Honestamente, no congeniamos de inmediato, pero bueno, algo había. La verdad es que aún no me lo explico. Me sentí como si estuviera en *La dama y el vagabundo*. Y yo, claramente, era el vagabundo. Pero no me importó: hice todo lo que pude y más para ir a por ella, incluso cuando estaba con su familia y se suponía que no debía verme. Ya sabes lo que dicen: «Quien la sigue, la consigue». Al final se convirtió en un hábito. Me arriesgué a muerte por ella y, al final, funcionó.

Me parece adorable. No tenía ni idea de que Matthew tuviera tan buen corazón. No quiero interrumpirle, así que me limito a asentir. Se mira los pies y luego me mira a mí, con ojos más decididos.

—Luego el tiempo empezó a pasar. Betty estaba loca por mí y yo quería sentar la cabeza. Llevaba más de un año viviendo al día, así que me ofreció un trabajo en el negocio de su familia. Conseguí un buen curro en la librería y, de paso, descubrí que yo era un gran lector. Al principio, se ve que pensaba que era un hombre florero: un simple surfista con abdominales duros como una piedra. No me consideraba ni un poquito inteligente, ¿te lo puedes creer?

Siendo sincera, yo tampoco habría apostado por ese lado de su personalidad. Betty y yo estamos empatadas en eso, imagino.

Me encojo de hombros, tratando de no mostrar que yo estoy igual de impresionada. Es mejor que Matthew no se entere. No me gustaría admitir ante él que pensé exactamente lo mismo que su ex la primera vez que lo vi. Creo que le haría sentirse mal y tampoco es plan. Y más cuando se está abriendo a mí y por fin estoy descubriendo más sobre él.

—Bueno, ya sabes que aunque la mona se vista de seda...

—Tranqui —Matthew se ríe—, ya me imagino que pensaste lo mismo cuando viste a Anderson.

—¡Qué va! Pensé que eras un chico muy culto —digo, haciéndome la ofendida.

—¿Ah, sí? ¿Y seguiste pensándolo cuando te quedaste bebiendo conmigo hasta las tantas y

luego te subiste a mi coche?

Tocado y hundido.

Pues no, me concentré más en su atractivo, en su cuerpo de ensueño y en que quería ver lo que tenía debajo de la ropa. No me interesaba en absoluto que conociera las novelas de suspense como la palma de su mano o que leyera los clásicos de Steinbeck.

Me humedezco los labios y doy un trago al vino para intentar no contestar. Le dejo continuar.

—Parece que Betty vio en mí cierto potencial. Ya te habrás dado cuenta de que es una mujer de negocios excepcional. Cuando detecta un filón, no lo suelta hasta explotarlo. Y en aquel momento, ese fui yo. En menos de dos meses, cambié las tardes con amigos y las noches en la playa por cenas familiares con traje e infinitos compromisos a la hora del *brunch*. En cierto modo, la vida me sonreía, pero poco a poco, conforme pasaban los años, empecé a distanciarme de las personas que me importaban. Betty me robaba la libertad. Puede parecer una tontería, pero se convirtió en algo asfixiante. Me sentí atrapado en una situación de la que no conseguía escapar.

Le cambia la voz. De pronto, ya no es tan segura. Su tono revela que tiene una enorme grieta en su interior.

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunto con voz dulce.

—Cuando otra persona controla tu mundo, Helena, prácticamente tiene el poder de decidir si sigues viviendo o no. Y lo hace de forma disimulada, imperceptible. Ella me gobernaba en todo. Planeaba mi vida y sus decisiones parecían casi mías. Era su prisionero, pero al mismo tiempo, no me rebelaba. Sabía que podía irme, pero por algún motivo, no quería. Puede que porque era demasiado duro, porque se había vuelto demasiado cómodo vivir en piloto automático.

Y entonces, un día...

—Y entonces, un día, todo se desmoronó —añade, como si me leyera el pensamiento.

De repente, veo a Matthew cambiado. Desprende un aura sombría. No queda nada del tipo sarcástico y sorprendente que conozco. Es como si una rabia sorda se hubiera apoderado de todo su ser y ahora tensara cada músculo de su cuerpo.

—Me harté. Su última estacada fue la gota que colmó el vaso, así que decidí irme. Me liberé de mis cadenas, pero al parecer, no del todo. Digamos que... sigo esposado. Ya me ves, aún en la librería, donde tengo que aguantarla a ella y al imbécil de su hermano.

Sus palabras hacen eco en mí. Lo entiendo más de lo que se imagina.

Dicho sea de paso, ahora conozco toda la historia. El control que Betty ejerce sobre Matthew le impide imponerse de una vez por todas e incluso empezar una relación. Sabe que ella es una manipuladora de manual que no dudaría en destruirle a él y a su próximo ligue.

Ligue que, por cierto, podría ser yo...

Me he metido en un berenjenal de los gordos. Pero ahora que me he pinchado el dedo con el huso, difícil será librarme del hechizo de la rueca¹. Sobre todo si me quedo en la librería.

¡Maldita sea, necesito este trabajo!

Si me lo dejo, no podré pagar el alquiler ni seguir viviendo aquí. No quiero volver a mis inicios. Las alternativas serían Nueva York o Connecticut, esta última con mis padres, y no contemplo esa posibilidad. Quiero vivir mi vida. Las ansias de aventura y libertad me están matando.

Matthew da una palmada para sacarme de mis pensamientos y luego me mira con una expresión misteriosa y risueña.

—Bueno, ¿lo he conseguido o qué? —me pregunta.

—¿El qué?

—Cortarte el rollo de aquí a dos meses.

Sonrío. Si cree que soy de esas, ¡se equivoca!

—¡Qué va! La verdad es que acabas de alimentar mi síndrome de la enfermera², por lo que ahora me atraes aún más...

¿He dicho eso en voz alta?

En lugar de gritarme que me vaya de su casa por ser una rarita que no tiene filtro cuando bebe de más, Matthew me mira con una ligera malicia y luego se ríe, antes de darle otro sorbo a la copa de vino.

Cuando se la termina, rellena las copas de los dos para rematar la botella. Pues nada, ya está: vamos a acabar como cubas y ahí, ya no controlaré mis actos.

No estoy acostumbrada a emborracharme. ¿Por qué lo he hecho con este chaval? No entiendo. No parezco yo. Me preocupa la rapidez con la que estoy sintiendo cosas por este tío. Además, antes ha dicho que hay personas que pueden controlar todo nuestro mundo y tomar decisiones en nuestro nombre. No dejo de pensar en el tema. Tengo tanto miedo de que eso me pase a mí algún día... Otra vez, digo.

Creo que he caído rendida ante sus encantos. Su bondad ha podido conmigo. Porque eso es Matthew: un bonachón. O al menos en apariencia. Pero también es un tiarrón con un carisma imbatible y unos andares decididos y oscilantes, con los que, por cierto, se me está acercando en este preciso instante.

¡Oh, no! Helena, para. ¡No puedes ceder así! No siempre va a ganar él, ¿no?

Justo cuando está a punto de ponerme las manos encima, lo detengo inmediatamente. Abre la boca para rechistar, pero contraataco de nuevo y ahogo sus palabras con la punta del dedo índice.

—¿Qué haces? —dice, vocalizando a duras penas, porque mi dedo le frena los labios.

—Darte la oportunidad de disfrutar de la espera.

Definitivamente, esta no soy yo: es el vino hablando por mí. En realidad, a Matthew no parece importarle. Todo lo contrario: primero su cara se contorsiona por el asombro, pero luego muestra interés por el jueguecito que le propongo.

—No conseguirás resistirte, Woodstock.

El corazón me late un poco más rápido y con más fuerza. Se me alborota con tal vigor que rezo para que no pueda oírlo más allá de mi pecho.

Quizá tenga razón. No lo conseguiré, pero al menos, voy a intentarlo.

—No pienso perder, Mustang. Una no se olvida tan fácilmente de lo que me hiciste en el almacén. Lo considero alta traición. No me gustó nada que me dejaras a medias.

—Pues a mí me parece que sí te gustó.

Este hombre me desequilibra con cada palabra que suelta por esa boquita.

—No me dejaste acabar. ¿Y sabes lo que se hace con los empleados que no terminan lo que empiezan?

—Se les pide que hagan horas extras y lo acaben durante la noche.

—Exactamente —respondo—. Durante toda la noche, si hace falta.

—En estas circunstancias, me parece un plan perfecto.

Sonrío, orgullosa de mi forma de actuar. Se ve que he conseguido imponer un poco de control. En realidad, si me dejara llevar, le suplicaría a Matthew que me lo hiciera aquí mismo,

en el suelo si hace falta. Probablemente, me lo gozaría de todos modos, pero si vamos a ser compañeros de trabajo, o algo más, al menos quiero igualdad de condiciones. He aprendido de mis errores y no volveré a ser la sumisa de nadie. Ya conviví con un manipulador que quería ponerme el anillo en el dedo para controlarme. No volverá a ocurrir. Matthew y yo hemos vivido prácticamente lo mismo y tengo la intención de sacar lo mejor de ello. Para los dos.

Lo miro a los ojos y le pido que se siente en uno de los sofás del salón para ocuparme de él. Esta vez, no pienso cortarme ni un pelo. Voy a ponerle tan caliente que se sentirá hervir.

Empiezo por quitarme el top. Matthew abre los ojos como platos.

—Esto se pone cada vez más interesante... —murmura.

—Aún no has visto nada.

Decido darle lo que ha estado esperando. Quiero que le cueste creer lo que ve. Necesito volverlo loco. Y para ello, nada mejor que desnudarme lentamente, bajo su mirada anhelante.

—Joder, Helena... Como sigas así, no sé si voy a poder mantener las manos quietas.

—De eso se trata... —digo mientras sigo desnudándome.

Matthew parece cada vez más necesitado, pero siempre que intenta tocarme, lo aparto. No vamos a ir tan deprisa. El objetivo es que acabe suplicándome, y no creo que falte mucho para eso.

Se respira una tensión eléctrica en la habitación. Cada movimiento, cada gesto está cargado de una promesa tácita, de un deseo latente. Matthew me mira y veo su apetito voraz a través de sus pupilas (y de sus pantalones). Aun así, sigue las reglas del juego y espera a que yo le permita actuar.

—Por favor, Helena... Déjame sentirte.

Completamente desnuda, me acerco a él y le miro desde arriba. Matthew se relame y, finalmente, después de lo que parece una eternidad, cede. Nuestros cuerpos se rozan y noto su respiración acelerada. Nuestros labios se encuentran en un beso apasionado, en una mezcla de dulzura y ansia. Es un momento de puro abandono, en el que el resto del mundo desaparece.

Pronto me encuentro a horcajadas sobre él. Su miembro erecto sale al fin de sus pantalones, donde estaba aprisionado, y se frota contra mi intimidad. Cierro los ojos y disfruto de un contacto puro y efímero, sin barreras. Hoy no quiero detenerme en los preliminares: estamos tan excitados que esperar más me parece doloroso. Y creo que Matthew opina lo mismo. Alcanzo mi bolso para sacar un condón, que se pone a la velocidad del rayo, y antes de que termine de acomodarme en su regazo, me empuja con la pelvis y me hace gritar de sorpresa y placer.

Joder, tenerlo dentro es una experiencia de otro mundo...

Su sexo explora el mío y ambos nos embarcamos en una cabalgada salvaje. Sudorosos y jadeantes, nos devoramos. Mi lengua se desata y le recorre el cuello, la oreja, la cara y luego se pierde en sus labios. Sus golpes de cadera me aplacan, me roban las palabras, y tan solo me veo capaz de seguir frotándome contra ese miembro duro que me vuelve loca. Con las manos, me coge de ambos pechos y me mira con lascivia.

—Dame fuerte —le pido.

—¿Más fuerte? —pregunta.

—Quiero que se me nuble la vista.

Matthew pestañea despacio, un reflejo ligeramente voluntario que contrasta con la rapidez de sus embestidas. Le he pedido que me lo haga con fuerza y él se lo ha tomado al pie de la letra. Me gusta que acceda a mis deseos, llevar las riendas de nuestro placer compartido.

Mi amante me lame el vientre. Desde ahí abajo, casi parece mi vasallo. Puede que sea el

vino, pero no quiero que este polvo se acabe jamás.

Seguimos así un rato, hasta que, de pronto, siento un cosquilleo que se desata entre mis piernas y que, con el tiempo, se convierte en un orgasmo tosco y caprichoso. Muevo las caderas buscando los resquicios del placer y poco después, me desplomo sobre mi amante, cuyos labios aún me cubren los pezones.

Está claro que la noche no ha hecho más que empezar...

La mañana llega demasiado rápido para mi gusto. Me despierto en los brazos de Matthew, con el sol filtrándose a través de las cortinas. Estoy un poco desorientada. En mi cabeza aún desfilan los recuerdos de la noche anterior. Ha sido intenso, apasionado, pero ahora no sé cómo tomarme lo que ha pasado entre nosotros.

Bravo, Helena. ¡Se suponía que no debías ceder! Vaya percal. Estoy cabreada por lo que he hecho, pero es que... ¡se nos da tan bien!

Salgo de la cama de puntillas para intentar no despertarle. Recojo la ropa del suelo y me visto rápidamente. Echo una última mirada a Matthew, que duerme plácidamente, y después de un par de pasitos silenciosos, salgo del piso.

Camino sola por la calle, aprovechando el fresco de la mañana, pese a que los pensamientos se arremolinan en mi mente y me tienen calentita. Lo de anoche fue una locura, pero estoy confundida: por un lado, siento curiosidad y, por el otro, miedo al futuro. Me da pavor encariñarme demasiado rápido, empeorar la situación en el trabajo, pero también perderme momentos de pasión como el que aún tengo reciente.

Nunca acierto con los tíos. No creo que sea capaz de encontrar a uno que no me dé problemas.

¿Será Matt el indicado? Pero ¿cómo va a serlo? ¡Es mi jefe! Fatal por mi parte, la verdad.

Una cosa es segura: no puedo ignorar mis sentimientos por más tiempo. Una vez más, han surgido, y ahora tengo que lidiar con ellos. Tal y como me temía.

Tengo que encontrar la manera de hacer frente a esta situación, de averiguar lo que realmente quiero. Pero por ahora, he de concentrarme en el día que tengo por delante. ¡A mantener la mente despejada se ha dicho! Bueno, si es que soy capaz de esquivar el torbellino de sentimientos confusos que me invaden....

Venga, guapa. Mañana mismo te coronan reina de las pavas.

¹ N. de la T. En referencia a *La bella durmiente*, cuando Aurora se pincha con el huso de hilar de la rueca y cae en un profundo letargo.

² N. de la T. Según el cual una persona se sentiría atraída por otra que ha fracasado de algún modo o tiene ciertas heridas provocadas por traumas del pasado.

Matthew

Justo cuando me doy la vuelta para abrazar a Helena, me doy cuenta de que se ha ido. Esto es raro de cojones: suelo ser yo quien se escabulle de madrugada, no al revés.

Mierda, ¿qué coño hicimos anoche?

Me quedo un rato tumbado, mirando el espacio vacío a mi lado. Las sábanas aún están arrugadas tras nuestra noche loca. Una extraña sensación me recorre. Asombro o arrepentimiento, ¿quién ganará?

¿Qué coño, Matthew?

No debería haberlo hecho. Si Betty se entera, nos matará a Helena y a mí. Pero ha sido una noche mágica. Parece que tenemos prácticamente las mismas aspiraciones... En la vida, me refiero. Bueno, y en la cama también conectamos.

A ver, centrémonos: no puedo volver a tener una relación. Normalmente, suelo empalmar un rollo de una noche con otro. No es propio de mí encariñarme así, al menos no en esta etapa de mi vida. Lo rechazo constantemente. Y si sigo por este camino con Helena, puede que no salga ileso. Todo lo contrario a lo que quiero. Ya he sufrido bastante.

Me levanto y miro a mi alrededor, casi con la esperanza de encontrarla todavía aquí, en alguna parte. Pero no: se ha ido, y el silencio que ha dejado tras de sí me pesa.

Me dirijo a la cocina para prepararme un café y mis pensamientos se vuelven confusos. Lo de anoche fue indescriptible, intenso, real. Pero ahora que ha amanecido y puedo pensar mejor las cosas, me pregunto qué significa esto para nosotros.

¿He cruzado una línea peligrosa? Y si es así, ¿cómo vamos a sobrellevar esto en el trabajo? ¡Soy su jefe, joder!

Mientras me bebo el café, recuerdo cada detalle de la noche: cada sonrisa, cada caricia... Nuestra conversación fue distinta, auténtica, pero eso no lo hace menos complicado. Y el sexo... Joder, vaya polvazo. Fue una locura. Me sentí fuera de mí.

Tengo que hablar con ella. Hay que aclarar las cosas cuanto antes, averiguar en qué punto estamos. No va a ser fácil. Mezclar el curro con las relaciones siempre es un caos. Me lo vais a decir a mí... De todos modos, es finde. Mejor esperaré a que me hable. Después de todo, tiene mi número. No debería tardar mucho.

O eso creo...

Me termino el café, decidido a empezar el día. Hay en mí una mezcla de excitación y aprensión. Tengo la sensación de que Helena y yo nos hemos embarcado en algo único, pero no estoy seguro de cómo navegar por estas aguas desconocidas. Cuanto más tiempo paso con ella, más me hundo en las arenas movedizas. Cuando hablemos sobre lo que ha pasado entre nosotros, decidiremos qué dirección tomar. Sea cual sea el resultado, lo que no tendría sentido es ignorar lo que siento por ella.

Me siento un poco como si anduviera hacia lo salvaje, pero estoy listo para la aventura. Ya va siendo hora de olvidar a Betty.

Hoy toca día de surf con Anton y Derek. Es finde, la mejor parte de la semana. ¡No os atreváis a llevarme la contraria! Pero aunque se supone que estoy aquí para divertirme, no dejo de pensar en Helena. No consigo sacármela de la cabeza.

Mierda, chaval...

De camino a la playa, intento concentrarme en el día que me espera: las olas, el sol, la arena... Pero erre que erre, esa chavalita no sale de mi mente. Estoy tranquilo y de repente, ¡zas!, nos imagino haciéndolo en el sofá, y luego en la cama, y finalmente, pienso en cómo puede acabar todo esto.

¿Por qué no puedo olvidarla aunque sea por un día? ¿Y por qué tardará tanto en escribirme?

Miro el móvil, pero nada: sigo sin tener noticias de ella.

Anton y Derek no tardan en darse cuenta de que estoy un poco ido.

—Eh, tío, tienes la cabeza en otra parte, ¿no? ¿Todo bien? —me pregunta Derek, dándome una palmada amistosa en la espalda.

Sacudo la cabeza. Luego cojo la tabla y la saco de la furgoneta.

—Sí, tranquis. Solo estoy un poco rayado, supongo —digo, intentando parecer más entusiasmado.

No puedo mentirles. No a ellos.

—Dramitas amorosos, ¿eh? —adivina Anton con una sonrisa maliciosa.

Suspiro. Mis colegas me conocen demasiado bien.

—Tal vez —digo finalmente—. Es complicado.

—¿Otra vez Betty? ¡Será tocahuevos! Deberías mandarla a tomar por culo. Nadie vio lo que te hizo mejor que nosotros. ¡Es como si te hubiera chupado toda la vitalidad! No vas a dejar que se repita, ¿verdad?

Ni se imaginan lo que he tenido que aguantar. Solo conocen parte de la historia. Pero ahora ni siquiera es por Betty.

—¿Esperas un mensaje o algo? —insiste Derek.

—No, qué va...

La verdad es que miro el móvil cada dos minutos. Es casi obsesivo. Doy asco.

Llegamos a la playa y me obligo a concentrarme en surfear. El agua fría, la brisa que me alborota el pelo y el ritmo de las olas me ayudan a despejar la mente, al menos temporalmente.

Pero incluso mientras surfeo, mientras balanceo el cuerpo sobre la tabla y me dejo llevar por las olas, Helena sigue colándose en mi mente. Parece que esa chica habita en mí.

¿Debería volver a verla fuera del horario de trabajo? No estoy muy seguro de que sea buena idea...

Después de unas horas en el agua, nos sentamos en la arena, cansados pero satisfechos. Anton y Derek se abren un par de cervezas y se ponen a contar historias, pero a mí se me va la cabeza una y otra vez. No merece la pena alejarme de la influencia negativa de Betty para encariñarme de nuevo con otra chica que se acabe apoderando de mis pensamientos.

—Deberías hablar con ella, tío —me aconseja Anton, que ha notado mi escasa participación en la conversación.

—¿Con Betty? Sí, bueno, ¿y qué más? —lo contradice Derek.

—Vale, a ver, para empezar, no estoy pensando en ella —admito—. Hay otra chica.

Los dos me miran tan sorprendidos que por un momento creo haber soltado una gilipollez.

—Espera, ¿qué? ¿Nos estás diciendo que hay otra chica que te gusta? ¿Y no es Betty?

Prefiero no contestar. Anton empieza de nuevo:

—¿Dónde ha quedado el antiguo Matt?

—Sí, ya lo sé... Creo que esta ciudad me está atontando.

El resto del día se pasa en una neblina de reflexión. Vamos, que no puedo ignorar mis sentimientos. Lo repetiré hasta la saciedad: es hora de asumir que las cosas han cambiado.

De pie sobre la tabla, siento el movimiento constante de las olas bajo mis pies, y por unos segundos, me siento en paz. Para mí, el surf es más que un deporte: es una vía de escape, una forma de dejar atrás mis emociones, de sentirme conectado a algo más grande que yo. Hablo del mar, por supuesto. Cada ola es un nuevo reto, una nueva oportunidad de sentirme vivo. Así es como se olvidan los problemas, os lo garantizo.

Miro a lo lejos y veo una ola que promete no defraudar. Me impulso con las manos hacia ella. El corazón me late al compás del océano. Cuando la alcanzo, me elevo en el momento justo y encuentro el equilibrio de una forma casi instintiva. La ola me lleva y me fundo en su energía.

¡Mala vibra, fuera!

A lo lejos, Anton y Derek no pueden creer la destreza con la que he pillado la ola. Me miran boquiabiertos. No puede ser más perfecto: el viento me revuelve el pelo, el agua me encierra en una parábola perfecta y, por un momento, soy completamente libre. Libre de mis pensamientos, libre de mis preocupaciones, libre de Helena, que parece eclipsar mi buen juicio.

Pero ya sabéis lo que suele pasar cuando uno intenta dejar la mente en blanco... Cuando siento que voy a trascender encima de la tabla, una imagen de mi amante, esta vez desnuda, se cuele en mi mente. Su sonrisa, su boca abierta y jadeante, el tacto de su piel contra la mía...

Por más que intento recuperar la concentración, pierdo el equilibrio. El espíritu caliente de esa chica me atormenta desde el más allá y, en cuestión de segundos, me caigo de la tabla.

¡Me cago en la mar salada! Y nunca mejor dicho...

Ignoro mi pensamiento intrusivo de señor mayor e intento salir a la superficie, pero la fuerza de la ola me arrastra. Por un breve instante, estoy desorientado, de nuevo bajo el agua. He ahí un brutal recordatorio de la realidad: por mucho que sienta que tengo el control, nunca hay que pasar por alto el factor sorpresa.

Unos segundos después, subo a la superficie y recupero el aliento. Estoy empapado, también un poco aturdido, pero sobre todo, sorprendido por lo que acaba de pasar. Incluso aquí, en el agua, que es mi elemento, el fantasma de Helena me persigue.

¿Por qué me afecta tanto? Apenas la conozco. Aunque bueno, sería capaz de dibujar su cuerpo de memoria...

Cuando vuelvo a la orilla, Anton y Derek se me acercan corriendo.

—¿Estás bien, tío? ¡Vaya trompazo! Nunca te habías caído así...

—Sí, estoy bien. Es solo que tengo algo que resolver.

Me noto acelerado. Habrá que ponerle solución a todo esto ya mismo.

Ni un solo mensaje en todo el fin de semana. Ni una llamada para hablar de lo que pasó entre nosotros o para preguntarme cómo estoy.

¿Preguntarte cómo estás? ¿Qué te pasa, inútil? ¿Te estás pillando?

Aquí estamos, a la espera, para nada. Ya sé lo que pasa: he vuelto a caer con otra chica a la

que, en el fondo, le importo una mierda. Lo único que quiere es llevarse una alegría de vez en cuando.

¡Sexo a tutiplén para todos!

Aunque me guste llevármela a la cama, como me descuide, acabaré con otra aspirante a Betty, y eso no es una opción. Tengo que protegerme. Va a ser mejor que no nos veamos fuera del trabajo.

Sí, mejor así.

Pongo las llaves en el cuenco del pasillo, que está reservado para este fin y luego me siento en el sofá. Suspiro.

Mierda, me he vuelto a meter en un lodazal y me va a costar salir la vida y media.

Por otro lado, por mucho que me gustaría olvidarlo, el recuerdo de nuestros polvos salvajes se ha instalado en mi mente. ¿Cómo no pensar en nuestros cuerpos volviéndose uno? Es imposible no soñar con otra dosis ardiente de Helena.

A la mañana siguiente de nuestra noche loca, mis sábanas estaban hechas un desastre, como si el ojo de un huracán hubiera pasado por ellas. Sé que soy un plasta. No dejo de repetirlo, pero hay una conexión entre nosotros que no puedo definir. ¡Estoy desesperado!

Helena y yo nos buscamos como dos animales hambrientos. No hay más. Y cuanto más prohibido se vuelve el asunto, más la deseo. De repente, entiendo a Eva, cuando le pidieron que no mordiera la manzana, pero lo hizo de todos modos. Claro que es tentador. La fruta está fuera de mi alcance y eso la hace más apetitosa.

¿Cómo voy a resistirme? En cuanto la vea, me voy a abalanzar sobre ella.

Las imágenes de mi preciosa amante me transportan a lo prohibido. Me levanto, me quito la ropa y me meto en la ducha. Allí, por un instante, me dejo llevar en mis fantasías. Me la imagino a mi vera, mientras el agua me cae por la espalda y me empapa el cuerpo, y sueño con sentir sus pechos turgentes, su entrepierna prieta rodeando mi miembro erecto.

Adoraría palpar una vez más su sexo húmedo, donde el agua apenas importa, darle la vuelta, estirarle del pelo y jadearle al oído para que me pidiera más. Sueño despierto: mi respiración se acelera y siento la necesidad de aliviarme, pero quiero que lo haga ella. Sin sus manos, es como si me traicionara a mí mismo. Con esa imagen tórrida, respiro hondo, contengo mis instintos y cierro el grifo.

No puedo seguir así. Ese no es el camino.

Los domingos son, oficialmente, un día de descanso, pero en mi caso, también son la excusa perfecta para hacer deporte e ir al gimnasio. Cuando tengo tiempo, entreno todos los días, pero últimamente mi vida es demasiado ajetreada.

De todos modos, esta mañana he encontrado el momento para machacarme. Y ahora que estoy recién duchado, me siento mucho mejor.

Al menos he ocupado un par de horas.

Cuando por fin llega el lunes, estoy nervioso, pero sé lo que tengo que hacer: nada de nada. Pienso presentarme en el trabajo y no dar el brazo a torcer. Voy a mostrarme en perfecta armonía delante de Helena. No es que tenga nada contra ella (bueno, en realidad, algo sí, porque no se ha molestado en mandarme un mensaje, aunque yo tampoco, ahora que lo pienso), pero tengo que mirar por mí y preocuparme por mi puesto de trabajo, que pende de un hilo. Lo necesito para

terminar mi proyecto y huir de esta ciudad con la furgo. Si no, acabaremos sufriendo los dos y eso es lo último que quiero.

Mientras camino hacia la librería, me preparo mentalmente para ignorar la situación, para fingir que no ha pasado nada. Es doloroso, pero necesario. No puedo permitir que mis sentimientos interfieran en mi trabajo o en mi estabilidad.

Abro de un empujón la puerta de la librería, ¿y a quién veo primero? A ella. Ahí está, detrás del mostrador, colocando libros. Me mira y nuestros iris se encuentran. Siento una chispa, un escalofrío, pero lo reprimo inmediatamente.

—Hola, Matthew, ¿qué...?

Paso de largo y ni siquiera contesto.

Me dirijo a mi despacho sin mediar palabra. Ni siquiera la miro y creedme, me cuesta una barbaridad. Es más duro de lo que pensaba, pero es la única forma de acabar con esto. Acto seguido, me siento en mi escritorio y me sumerjo en el trabajo para olvidar, para curarme en salud.

No sé cuánto tiempo podré guardar las distancias, mostrarme indiferente, pero estoy decidido a intentarlo. Por mi bien, por mi futuro, tengo que mantener a Helena lo más lejos posible, por doloroso que sea.

Maldita sea Betty, que decidió hacernos trabajar juntos para ese evento de mierda... No creo que sea capaz de hacerlo sin cometer un desliz, y no tengo intención de que nuestras reuniones de trabajo se conviertan en intensas y tórridas sesiones de folleto.

Joder, sí, los dos calientes, haciéndolo en el despacho... ¡Matthew, por Dios, concéntrate!

La mañana pasa lentamente. Cada minuto se me hace eterno. Intento afanarme en mi trabajo, en los papeles que se amontonan en mi mesa, pero vivo en un círculo vicioso de distracción. Miro a Helena furtivamente de vez en cuando para asegurarme de que está ocupada y lejos de mí.

No pienses en ella. No... pienses... en... ella.

Cada vez que salgo a tomar un café, tengo la mala suerte de cruzármela, y cada vez que nuestras miradas se encuentran por casualidad, aparto rápidamente la vista. Sé que, si la miro fijamente a los ojos durante demasiado tiempo, corro el riesgo de perder el norte y caer en la tentación. Vivo alerta, intentando mantener un equilibrio precario.

Cuando llega la hora de comer, decido darme una vuelta y despejarme. Vago sin rumbo por las calles, dándole vueltas a algo que, llegados a este punto, me está desquiciando. Estoy enfadado conmigo mismo por haber dejado que las cosas llegaran tan lejos con ella, por no haber mantenido la cabeza fría.

¿Ves? Ahora estás jodido, campeón.

Cuando vuelvo a la librería, me obligo a seguir siendo profesional, a tratar a Helena como a cualquier otra compañera. Pero es difícil. Cada palabra, cada gesto está cargado de significado tácito, de deseo reprimido.

Sin previo aviso, Helena irrumpe en mi despacho, furiosa.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir comportándote como un capullo?

¡Joder, qué poco ha tardado!

—¿A qué viene esto? No sé de qué me hablas...

Helena se sienta enfrente de mí, como si la hubieran invitado a posar el culo en una de las sillas.

No pienses en ese culazo...

—Pasas de mi cara.

—No paso de tu cara; estamos trabajando.

Trooooooaaa... Además, ¿por qué está tan buena hoy? ¡Eso es trampa!

¿Cómo voy a ignorar a esta chica si parece un ángel caído del cielo? El atuendo que lleva acentúa su encanto natural. Es insoportable mirarla. Lleva un vestido sencillo y entallado que se adapta a sus curvas a la perfección. El color rojo complementa perfectamente su tez, y le confiere un toque fresco a su aspecto, que ya de por sí, es insuperable.

El pelo castaño le cae suelto sobre los hombros y le da un aire desenfadado pero cuidado. De sus ojos verdes saltan chispas, que parecen atravesarme cuando nuestras pupilas se encuentran.

Odio este absurdo. No aguanto más.

Intento apartar la mirada, concentrarme en otra cosa que no sean sus pechos, pero es inútil. Su presencia es como un imán y se me van los ojos. Cada vez que gesticula, recuerdo la coreografía de nuestros cuerpos desnudos y me sube la tensión.

Tengo que admitir (a regañadientes) que Helena tiene el poder de desestabilizarme, solo por su forma de ser, por su aspecto, como si hoy se hubiera vestido para torturarme. Lucho constantemente por concentrarme en el trabajo y no en ella, en ese deseo ardiente que despierta en mí.

—Por cierto —digo después de aclararme la garganta—, ese vestido no es reglamentario. Vas a tener que ir a casa a cambiarte.

Ella abre los ojos como platos y me mira, ofendida.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué te pasa ahora? ¿Quién eres, mi abuela?

—No es profesional, así que no me cuestiones. Será mejor que vuelvas con la ropa adecuada. Además, la hora que pases cambiándote te la descontaremos del sueldo.

Furiosa, Helena golpea la mesa con el puño.

—¡Estoy harta de ti, Matthew, Anderson, Mustang o como quieras llamarte! Me vas a dar órdenes tú a mí, modernito surfero y penoso que cambia de personalidad como de ropa interior... ¡No puedes seguir así!

—No te alteres tampoco, Helena. Si no sabes ser profesional, no es mi problema —contesto con un temple sorprendente.

Tengo la sensación de que estoy yendo demasiado lejos. Helena está hirviendo por dentro. Está claro que me odia y me lo merezco, pero tengo que alejarla de mí. Si no lo hago, volveré a meterme en problemas, y puestos a elegir, antepondré mi sueño a lo que siento por ella.

—Eres horrible, ¿lo sabes?

Lo voy a soltar. No puedo evitarlo.

—Ni un solo mensaje. Nada. Ni siquiera me llamaste.

Se endereza, como si acabaran de pegarle una descarga eléctrica. Acto seguido, se levanta.

—Ah, ya veo. Conque esas tenemos, ¿eh? —sisea—. ¿Por eso quieres sacarme de quicio? ¿Por eso me descargas toda la bilis? ¿Y qué hay de ti? ¿Acaso tú has pensado en llamarme?

Touché.

Helena se acerca a mí y se sienta en el canto de la mesa. Poso los ojos sobre sus muslos, que ahora están al descubierto porque se le ha subido ligeramente el vestido.

—Aquí no hay rencor ni bilis de ningún tipo —replico en voz más baja—, pero creo que podríamos haberlo hablado.

Intento evitarle la mirada. Así no habrá margen de error.

—¿Hablar de qué, exactamente? —contesta ella.

—Pues de lo que pasa entre nosotros. Normal no es tampoco, ¿o sí?

—¿Tanto te molesta?

No contesto a su pregunta. Claro que no. Nuestra pasión desenfadada no me molesta, lo que pasa es que quiero más y no puedo tenerlo. No debo, mejor dicho.

—¿Qué pasa, Mustang? ¿Te hace pupita el ego porque no te he llamado?

No es cuestión de ego, más bien quería saber si le importaba o si solo me quería para pasar un buen rato.

—¿Y bien? —insiste.

—Sí —digo finalmente.

—¿Sí a qué? ¿Te molesta esta tensión sexual no resuelta? Pues mira por dónde, a mí...

Ya puestos, será mejor que se lo deje claro.

—No habrás pensado que acabaríamos juntos, ¿verdad, Woodstock? —interrumpo—. Lo nuestro es solo sexo y tiene que terminar. No soy de los que se acuesta con la misma chica más de una vez.

Veo la ira en sus ojos. Se esperaba más. Pero ella no sabe cuánto me está costando esto. No sabe que estoy sacrificando todo lo que siento por ella con estas palabras. No lo entiende. Solo yo sé que, al final, Betty se la comería viva. No podríamos ocultar nuestra relación por mucho tiempo. Todo esto es... demasiado complicado. Prefiero ahorrarle el problema. En lo que a mí respecta, sobreviviré. Conozco a Betty y sé cómo defenderme. Pero en el caso de Helena... no estoy seguro, y me niego a meterla en problemas hasta el cuello. Necesita este trabajo, como yo, así que lo mejor es que mantengamos las distancias.

—¿Y ya está?

—¿Qué más quieres? ¿Pensabas que había algo más? No seas ingenua. Ambos conseguimos lo que queríamos: follar, y ya está. Me importa una mierda lo que quieras ahora. Y si le cuentas esto a alguien, te garantizo que te lo haré pasar tan mal que querrás dejarte el trabajo. Créeme: Betty no es la única que puede hacer de tu vida un infierno aquí.

Helena me mira con ojos tristes. Incluso creo que está conteniendo las lágrimas. Se me parte el corazón, pero no puedo dejar que sepa la verdad.

—Te tomo la palabra.

Dicho esto, se levanta, se da media vuelta y, una hora más tarde, vuelve a la librería con un atuendo más apropiado para el trabajo. Ya no habrá un vestido precioso que se le amolde al cuerpo, ni tampoco más miradas furtivas.

Me siento como un tirano opresor. Sin embargo, todo ha servido para ayudarnos a trabajar en la planificación del evento que nos han encargado.

La tarde transcurre, pero la tensión no aminora. Intercambiamos ideas y planes, pero siempre hay ese rechazo entre nosotros, un muro invisible que he levantado y que proyecta un aura glacial. Me odio por hacer esto y sé que, probablemente, ella también me odie a mí. Pero así son las cosas.

Cuando acaba el día, estoy agotado. No físicamente, sino en el plano emocional. Esta situación no es sostenible a largo plazo. Tengo que encontrar la manera de gestionar mis sentimientos por Helena, de hallar el equilibrio entre mi vida profesional y lo que se le antoja a mi cuerpo.

Me voy a casa con el corazón encogido, sabiendo que mañana será otro día de lucha, otro día en el que tendré que enfrentarme la mujer con la que no dejo de soñar. Me pregunto cuánto tiempo seré capaz de aguantar antes de ceder, antes de admitir lo que realmente siento por ella.

Sin embargo, tanto por su bien como por el mío, debemos parar. Y para eso, tengo que ser un maldito gilipollas.

Helena

Le odio. Ya no le tengo el más mínimo respeto. Para el caso, no se lo merece... Es un cerdo insensible. Matthew es el recordatorio perfecto de por qué intento alejarme de los hombres. Es dulce cuando quiere echar un polvo, pero se convierte en un ogro cuando se trata de hablar de otra cosa que no sea sexo. Si eso es a lo que quiere jugar, dale, sin miedo, yo también puedo.

Pero joder, pensaba que había algo más entre nosotros. Me he engañado a mí misma. Tengo que poner punto final a una supuesta relación que, obviamente, jamás verá la luz del día. En fin, de todos modos, era demasiado difícil.

Pongo cara larga frente al espejo de mi habitación. Kate no deja de gritarme.

—¿Qué te pasa? Es viernes por la noche y vamos a salir a tomar algo. ¡Tampoco te vas a morir! Llevas una cara... Parece que te he pedido que te pongas a estudiar álgebra, chiqui.

Uf, no. Solo de pensarlo... Una y no más.

No puedo contárselo a Kate. Seguro que se irá de la lengua y Travis lo sabrá en menos de un minuto. Además, este podría contárselo a otras personas, y el rumor iría circulando hasta llegar a Betty. Eso ya sería la hecatombe. O peor aún, a Kate podría darle el venazo y convertirse en protectora suma de la amistad. No quiero que vaya a hablar con Matthew. Sigue siendo su superior y, como la conozco, no quiero desencadenar ese tipo de reacción en ella. A lo mejor se juega el puesto y todo, aunque sé que a ella se la pela. Jefe o no, como dice ella, a su mejor amiga no se la toca (y por eso mismo amo a mi niña), pero en este caso, no nos haría un favor a ninguna.

Por eso, siempre que me pregunta qué me pasa, digo «nada». En realidad, tengo ganas de llorar porque el chico con el que yo creía que me entendía ha resultado ser un cabrón egoísta al que ni siquiera le importo.

Nos hemos pasado la semana ignorándonos, cuando el finde pasado follamos tres veces en la misma noche.

¡No tiene ningún sentido! Estoy harta...

Sacudo la cabeza, intentando ahuyentar mis pensamientos negativos. Esta noche se sale. Tengo que despejar la mente. No puedo quedarme atrapada en esta burbuja de tristeza y frustración.

—Estoy bien. Ando un poco cansada, eso es todo.

Mi mejor amiga me mira con escepticismo, pero no insiste. Kate sabe cuándo retirarse (en la mayoría de los casos, claro está). Siempre está ahí para mí, pero también entiende que a veces necesito espacio.

Termino de arreglarme y me pongo un conjunto que me da un poco más de confianza. Esta noche quiero olvidar a Matthew, dejar a un lado esta historia que, en realidad, nunca empezó. Solo quiero ser Helena, una chica libre y despreocupada, al menos durante unas horas.

—¡Venga! ¡A darle duro a la fiesta de despedida!

—¿Cómo? —pregunto.

Kate parece casi molesta de que lo haya olvidado.

—Tía, Stephanie se ha cogido una baja por maternidad... De ahí la fiesta.

—¿Quién es esa? Estoy segura de que nunca la he visto.

—Pues sí que estás ida, amiga.

Kate niega con la cabeza y sonríe con indulgencia antes de cogerme del brazo y sacarme del piso. Me dejo llevar. Sé que, en el fondo, tiene razón. Necesito salir, respirar, conocer gente y pensar en otra cosa.

Mientras caminamos hacia el *pub*, me obligo a despegarme de todos esos pensamientos negativos sobre Matthew y esta semana en el trabajo. Esta noche solo quiero disfrutar del momento.

—Me estás ocultando algo, ¿verdad? —dice Kate al doblar una esquina—. No me mientas.

—¿Qué?

Ella pone los ojos en blanco y sonríe antes de decir:

—Tienes distintos grados de «pongo cara de mustia porque estoy enfadada con el mundo», Helena. Y los conozco todos.

Me sorprende la seguridad con la que lo dice. Pero no es verdad. Bueno, al menos, eso creo. No puedo verme la cara, pero estoy segura de que lo que ha dicho es una tontería.

—¿Matthew viene esta noche?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Es tu *crush*¹ o qué?

No contesto nada. Prefiero guardar silencio. Si le llego a contestar entre gritos, seguro que habría sospechado. Pero tras unos segundos de silencio, suelto un lacónico «no».

—Ya, claro... ¡Serás mentirosa! ¿Te crees que soy tonta o qué?

—No te inventes cosas, tía.

—Yo no invento, intuyo lo que pasa por esa cabecita loca que tienes, chica. Estoy bastante segura de que sueñas con que te baje las bragas y te lo haga en sitios inapropiados.

Si tan solo Kate supiera la razón que tiene... Pero ya vale de sentirse así. Llevo poco tiempo aquí y ya estoy bajo el hechizo de un chico. ¡No puede ser! Es infernal lo de tener un corazón tan sensible.

—Deja de decir tonterías.

—Helena, veo vuestras miraditas, vuestros juegucitos de seducción y demás. ¡No estoy ciega! Y Travis, tampoco. Se os está empezando a notar.

¡Joder, mierda!

Razón de más para que esto pare inmediatamente. Lo último que quiero son problemas, y tampoco quiero causárselos a él.

—No hay nada entre nosotros, Kate. ¡Jurado!

Mi amiga me para en seco y me agarra por los hombros.

¿Qué le pasa hoy? Rara vez la he visto tan seria...

—Helena, escúchame. Deja de pensar «Oh, no, si Kate se entera, se lo contará a todo el mundo. No hay quien se fíe de ella, etc.». Más que nada, porque no es verdad. Cuando cuento las cosas por ahí es porque sé que no harán daño a nadie. Jamás te metería en problemas a propósito, ¿vale? Tú y yo somos como hermanas. Puedes contarme lo que quieras.

Veo la sinceridad en sus ojos, la intuyo en sus palabras. Acto seguido, le cuento lo sucedido y casi de inmediato suelta una carcajada insolente.

—¡Lo sabía! ¡Qué cabrona! —exclama.

—¡Vale, pero no chilles! Dios, qué bien sienta contárselo a alguien...

Después de este pequeño lapsus, continuamos nuestro camino.

—Bueno, pero dime, ¿mereció la pena o qué?

—No sigas por ahí.

—¿Tan grande la tiene?

—¡Tía, para!

Mi amiga junta los dedos índices y los va separando lentamente.

—Párame cuando lleguemos al tamaño de su polla, ¿vale?

—¡Kate!

—Vaaale, está bien...

Cuando llegamos al *pub*, el ambiente ya está bastante animado. Stephanie, a quien por fin reconozco tras una breve presentación, está radiante y rodeada de amigos y compañeros. Me sorprende a mí misma sonriendo de forma sincera. Me alegro por ella. Han venido todos. Sí, todos son todos. Matthew también.

El corazón me da un vuelco cuando lo veo. Ahí está, apoyado en la barra, conversando con unos compañeros. Parece relajado, sonriente, nada que ver con el hombre frío y distante que me ha martirizado en el trabajo estos últimos días.

Kate, que me sigue la mirada, me da un codazo.

—Parece que has visto a un fantasma... —susurra.

—Chis, calla. No digas nada aquí —susurro, intentando apartar la mirada de Matthew.

Pero me cuesta. Mis ojos se desvían hacia él de forma intermitente y se me acelera el corazón. Una mezcla de frustración, deseo y rabia se apodera de mí. Recuerdo los momentos de pasión compartida: sus labios carnosos devorando los míos, sus abdominales cubriendo mi vientre como un manto duro y firme... pero tampoco se me olvida el muro que ha levantado entre nosotros desde entonces.

Respiro hondo e intento concentrarme en la velada, en la gente que me rodea y en Stephanie. Pero es una batalla perdida: Matthew monopoliza toda mi atención.

—¿Quieres beber algo? —sugiere Kate, quien me saca de mis pensamientos.

—Sí, una copa de vino, porfa —digo, agradecida por la distracción.

Mientras Kate va a por nuestras bebidas, me siento un poco perdida, sola con mis emociones que no dejan de contradecirse. Se me está haciendo bola la noche. Intento mantener el equilibrio entre disfrutar del momento y luchar contra mi apetito insaciable, que solo Matthew puede saciar.

Me encantaría ir a la barra a por él, comerle el cuello sin tener que darle explicaciones a nadie y arrastrarlo de la camisa hasta el baño. Allí me lo follaría a gusto y confiaría en que la música ensordecedora ocultase nuestros gemidos. De tan solo pensarlo, se me humedece la entrepierna.

¡Pero no! Me prometo a mí misma que me mantendré fuerte, que no cederé, que no dejaré que él me joda la noche. En el fondo, sé que es una promesa difícil de cumplir. Ya ha dejado una marca indeleble en mi vida y no estoy segura de poder borrarla tan fácilmente.

—Venga, reina —dice mi amiga, volviendo con nuestras bebidas—. Olvídate de él, ¿vale? Es solo un tío.

No contesto.

—Bueno, está bien... ¡un tío con una banana extragrande en los pantalones! Venga, otra oportunidad, párame los dedos cuando llegue al tamaño adecuado. ¡Por favor, coopera, necesito saberlo!

—¡Kate! ¡Vale ya! ¡No seas salida! —digo, como si no llevara días pensando en sexo.

—Que sí, que paro...

Me acabo la bebida casi de un trago y me concentro en disfrutar de la noche.

—Uuuuh, Ray se acerca... —dice Kate—. Repito: ¡Ray se acerca!

¿Ray? ¿Qué quiere este ahora? ¡Menudo irrelevante!

—¿Y qué? Será guapo, pero es un poco plasta...

Habré hablado tres o cuatro veces con él en la librería, y ya me parece un cantamañanas. Pero mi amiga no se equivoca: el chaval rubio y de aspecto impecable se acerca a nosotras.

—¿Me dejas que te invite a una copa? He visto que la tuya está vacía, y así no vas a pasártelo bien esta noche... —me dice nada más llegar.

Miro a Matthew y me doy cuenta de que me está mirando. Entonces se me pasa por la cabeza una idea bestial.

¡Helena, pillina, no conocía esta faceta tuya...! Pues nada, que se entere. Voy a hacer que se ponga muy, pero que muy celoso...

—¡Sí, claro!

Me vuelvo hacia Ray y le pongo ojitos. Soy consciente de que Matthew nos observa, pero hago todo lo posible por ignorar su mirada ardiente. Ray pide dos copas y se pone a hablar, pero sinceramente, solo le escucho a medias. Por el rabillo del ojo sigo mirando a quien, en realidad, es la fuente de todos mis deseos, pero al que ahora mismo, mataría.

—Bueno, ¿qué? ¿Te mola la librería...?

Su tono barriobajero me resulta postizo. Este chico es de todo menos pobre.

—Sí, está guay, la verdad.

—En fin —dice Kate—, os dejo a vuestra bola...

Ray asiente de forma tajante. Deduzco que esa es su repuesta. El chaval no se anda con rodeos y, por muy pretencioso que sea, me viene de perlas. Matthew quiere hacer como que no va con él, ¿no? Pues se va a dar cuenta de que yo me siento más cómoda en el terreno de lo que él piensa. Y encima, con el hermano de su ex.

—Bueno, ya sabes que soy el jefe de la sección de papelería... —dice Ray con orgullo—. Es una pena que te guste tanto la librería, porque estoy seguro de que disfrutarías en mi departamento.

—Seguro que sí...

—¿Sabes? A mí me gusta mucho la escritura. Soy poeta, así que siempre aprovecho para apuntar algunas ideas que se me ocurren.

—¿En serio?

Solo estoy fingiendo.

Menudo chapas es el niño de papá este. Se nota que solo he hablado un par de veces con él. Si lo llego a saber antes, ni me acerco...

Estoy segura de que desde fuera no se me ve muy interesada. Por otra parte, esta conversación me parece ridícula. De repente, Ray empieza a recitarme algunos de sus poemas. No sé si estará borracho, pero seamos sinceros, no tiene ningún talento.

Algo que tiene en común con la mayoría de los hombres que se creen mejores que el resto...

—¡Qué bonito! Puro arte.

—Gracias, no es para tanto...

Me extraña que se ponga tan modesto. Habría jurado que este hombre no tiene abuela. En fin, necesito ser más convincente para que Matthew se pique. Sé que no le encanta que Ray se me haya acercado, porque se llevan fatal, así que pienso seguir avivando las brasas de los celos.

Me río de los chistes de Ray, me acerco a él para escucharle mejor y jugueteo con el pelo en plan coqueto. Aún no he dejado de sentir los ojos de Matthew sobre nosotros. Tiene la cara larga no, larguísima, y eso me da un gustito malsano.

Me he metido de lleno en este juego peligroso. Estoy atrapada en una dinámica de venganza y celos. Es como si caminara sobre una fina capa de hielo, pero no puedo evitar seguir adelante.

—Cuanto más me cuentas, más ganas me entran de cambiarme de departamento. A lo mejor me paso por allí a saludarte más a menudo... —digo.

Ray sonríe. Ya vamos por la tercera copa. Si sigo así, no podré levantarme de la silla y regir. El muy plasta, sin embargo, parece encantado con mi entusiasmo fingido y sigue hablando de su trabajo con un garbo que, pese a sus esfuerzos, no logra captar mi interés. Mientras tanto, no pierdo de vista a Matthew. Intento analizar su reacción, pero me cuesta.

Me siento al borde de la silla. Me debato entre el deseo de dejarme llevar por las copas de más y olvidarme de Matthew y la consciencia de que estoy interpretando un papel que, en realidad, no es el mío. Ray, con su monólogo de cansino, no hace sino acentuar esta última sensación.

En un momento dado, le pido al cielo que Matthew venga a salvarme de esta conversación interminable. Pero no, soy una chica independiente, así que me tranquilizo. Él no va a decidir cómo acabo la noche. Soy dueña de mis propias decisiones.

Para asegurarme de estar serena, decido bajar el ritmo con el alcohol. No quiero arrepentirme de mis actos. Me niego a ser la víctima de mi propio juego.

—Creo que voy a parar de beber un rato —le digo a Ray con una sonrisa falsa—. Pero ha estado guay hablar contigo.

Parece un poco decepcionado, pero asiente. Me disculpo con educación y me alejo con la excusa de tomar el aire. Mientras me dirijo a la salida, miro por última vez a Matthew. Nuestros ojos se cruzan y siento una chispa, un escalofrío que me recorre la espalda.

Me escabullo fuera del *pub* y respiro hondo. El frescor de la noche me tranquiliza y me devuelve el temple. Esta noche está siendo más agotadora emocionalmente de lo que había previsto.

¿Qué me pasa? ¿Por qué me comporto así?

Por otro lado, tengo la sensación de que mi paripé ha funcionado y de que Matthew se querrá tirar de los pelos. Me gusta que se haya puesto celoso.

De repente, se abre la puerta del local y Kate se une a mí.

—Buenas noches, preciosa...

—¿Eh?

—¿Qué haces por aquí tan sola? —dice con voz de maromo de tres al cuarto.

—No empieces.

—No empiezo. ¿A qué juegas, bombón? —me pregunta, esta vez con su voz de siempre.

—Pues... ¡Ay! Siempre igual. Sabía que estarías pendiente de lo que hago o dejo de hacer con Ray...

Mi amiga asiente con cara de reproche.

—Bueno, no soy la única que lo ha visto. Más que la caña, Ray te estaba tirando el arpón ahí dentro. No creerías que la gente no se iba a catar, ¿no?

A modo de respuesta, me encojo de hombros, como si no me importara.

—Bueno, ya... No debería hacer pavadas, pero es que... ¿Crees que le importo una mierda a Matthew?

—Nada más lejos de la realidad, amiga —se ríe—. La verdad es que lleva un cabreo... A ver quién es el valiente que se le acerca ahora mismo. Mira, no soy la más indicada para dar consejos sobre el amor y no estoy segura de ser la mejor en este tema, pero creo que deberías dejarte de jueguecitos. Esta historia está abocada al fracaso y lo sabes.

Tiene razón, pero estoy un poco pedo y no quiero dejar que Matthew gane este asalto. Eso le encantaría, ¿verdad? Pues no.

—Claro que lo sé, pero ya que no salgo con Matthew, tengo derecho a liarme con otros, ¿no?

Kate hace una mueca, como si ese comentario (muy poco propio de mí, en verdad) fuera escandaloso.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi mejor amiga? Coñas aparte, puedes liarte con quien quieras, pero ¿con Ray McGee? Es literalmente su peor enemigo, y para colmo, el hermano de la jefa. ¿No es pasarse un poco?

—Sinceramente, ya me da igual, Kate. Matthew me lo hace pasar mal en el trabajo, no deja de marearme... Se lo merece.

—Bueno, en eso estamos de acuerdo. Pero ¿con Ray? ¿En serio? ¿No había más buenorros repeinados en el *pub*?

—Ya, pero ¿qué más da? Puede que, bajo esa fachada de niño de bien, no sea tan malo...

—¡Pero si te la suda ese pijo! ¡Y tú a él!

—No, no te equivoques —digo de mala fe—. Algo le importará si, siendo quien es, se la suda lo que puedan pensar los demás por intentar liarse conmigo, ¿no?

He ahí una forma de chaparle la boca a mi amiga.

—Por lo que veo, tienes pensado seguir jugando, ¿no?

—Lo has entendido bien.

—Ya veo —se ríe—. Bueno, vale, pero no hagas que se peleen a muerte por tu culo, ¿eh? Te lo dice tu mejor amiga, que te lo ha visto mil veces, y aunque lo tienes bien puesto, tampoco es necesario perder la cabeza por él.

—Anda, calla ya...

Asiento con la cabeza y Kate vuelve a entrar en el *pub* para tomarse una copita. Ahora que lo pienso, casi todos estamos poniéndonos ciegos para celebrar la baja por maternidad de una mujer que ya no puede beber.

¡Pobre muchacha!

Justo cuando decido volver al *pub*, Ray sale para hacerme compañía. Será mejor que me porte bien si quiero que todo salga conforme a mis planes.

El famoso jefe del departamento de papelería se frena en seco justo a mi lado, con una sonrisa confiada en los labios y me ofrece una copa.

—Pensé que necesitarías otro trago... —me dice de nuevo con ese aire chabacano que no le pega nada.

—Gracias, Ray. Es un detalle —digo y le quito la copa de las manos.

Creía haberle dicho que no quería beber más...

Siento su mirada fija en mí, insistente y llena de expectativas. Me pregunto si se dará cuenta de que no es más que un peón más en el tablero. Puede que ni siquiera le importe. Ray siempre tiene una actitud confiada, casi arrogante. No lo conozco bien, pero sus intenciones son bastante transparentes. Está claro que no es el tipo de hombre al que una rechaza. Obviando su carácter, es guapísimo. Seguro que, por eso mismo, tampoco es el tipo de hombre que acepta un no por respuesta.

—¿Quieres irte de esta fiesta?

Le miro y mido mis palabras.

—Mira, Ray, yo... solo he venido a pasármelo bien. No quiero nada serio, ¿vale?

Asiente, pero veo un atisbo de esperanza en sus ojos.

El chico de las poesías no se rinde...

—Claro, lo entiendo. Solo quieres divertirte...

Me siento un poco culpable por haber jugado con Ray, pero no puedo evitar volver la vista hacia la entrada del local, con la esperanza de que Matthew salga y me lleve a casa. Cosa que no sucede, por cierto. Puede que se haya ido o que me esté observando desde dentro.

¡Yo qué sé! Esto es tan frustrante...

—Sabes, Helena... Creo que te mereces algo mejor —dice de repente.

Le miro, sorprendida.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, a alguien que te vea como lo que realmente eres, no solo como a un juguete.

Me impresionan sus palabras. Lo dice de un modo muy inquietante, como si supiera lo que tenemos Matthew y yo. Bueno, si es que alguna vez hemos tenido algo...

¿Me he sumido de tal forma en este juego con Matthew que he olvidado quién soy de verdad? ¿En serio merezco algo mejor, o solo me estoy mintiendo a mí misma?

—He visto cómo nos miraba —dice, sonriente—. Quieres gustarle, ¿a que sí? —añade con soberbia.

—¿Qué? No, para nada...

—No hace falta que mientas.

Bueno, pues nada. Obviamente, no hemos sido muy discretos.

Pero el hecho de que Ray lo sepa es un problemón.

—Soy una tumba, no te preocupes.

Ray sonríe y mira hacia el frente. No estoy segura de poder confiar en él.

No digo nada más y decido volver a entrar a por mi abrigo. Mientras me abro paso entre la multitud, siento un peso horrible que me oprime el pecho. El interior del local es puro bullicio. La gente ríe y baila, pero lo único que quiero es escapar, alejarme de todo. Al final, este jueguecito va a ser una idea descabellada, una locura. Se lo haré pagar a Matthew, os lo prometo, pero aún no sé cómo. Lo que está claro es que no puedo seguir así.

Me dirijo al guardarropa, cojo mi abrigo y me preparo para salir, cuando de repente, una mano me agarra firmemente del brazo. Me giro y veo a Matthew, con el rostro ensombrecido por la ira.

—¿Qué te crees que haces?

Su tono agresivo me pilla desprevenida. No me imaginaba que pudiera decir algo así.

—Pues irme a casa, Matthew. ¿Qué más te da? Suéltame.

—Perdona, no quería ser un bestia —Matthew afloja el agarre. Parece relajarse por un instante, pero luego se tensa de nuevo—. De todos modos, ¿crees que no sé lo que estás haciendo? Estás jugando con Ray solo para ponerme celoso, ¿verdad?

Su voz está llena de frustración y rabia, y noto cómo me sale el genio. Él no es el único que está enfadado.

—Quizá si no te comportaras como un gilipollas, no tendría que...

Me detengo al darme cuenta de que estoy a punto de revelar mis sentimientos, de mostrarme vulnerable.

—¿Qué, Helena? ¿No tendrías que hacerme pagar? ¿Hacerme sufrir? ¿Eso es lo que pretendes?

A pesar de su semblante airado, también veo el pesar en sus ojos.

—Matthew, yo...

No sé qué decir. Estoy dividida entre la ira y el deseo de explicarle lo que sucede, de confesarle el daño que me ha causado.

—Ni siquiera sabes lo que quieres —añade al ver que soy incapaz de terminar la frase—. Estás jugando a un juego peligroso, Helena. Déjalo estar.

Me suelta bruscamente y siento un vacío, la ausencia, donde antes estaba su mano. Necesito que me toque.

—Todo es culpa tuya, Helena.

—¿Culpa mía? ¿Estás de coña?

No podríamos estar más tensos. Ni siquiera sé si quiero abofetear esa cara preciosa que tiene o besarle, comerle la boca aquí y ahora, con toda la pasión que hay en mí.

—¿Ray, Helena? ¿No se te ha ocurrido mejor forma de jugar con mi cabeza? Te comportas como una chiquilla. Además, seguro que sospecha de lo nuestro. No eres muy espabilada, ¿verdad?

Sus palabras me ponen furiosa y me zafo de su agarre. Es increíble la capacidad que tiene para hacerme rabiarse en cuestión de segundos.

—¡Cállate de una vez! ¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a pedir mi traslado al departamento de Ray. Creo que me vendrá bien librarme de ti y tener un jefe mucho más agradable.

—Como hagas eso, te juro que...

Pero no termina la frase. Está lleno de frustración y, en lugar de seguir maldiciendo, se da media vuelta y se aleja.

—¿Qué, Matthew? ¿Qué me juras? —balbuceo.

Pero ya es demasiado tarde. Matthew se ha fundido con el gentío del bar. Me quedo allí de pie, sola, con el abrigo en la mano y el corazón latiéndome desbocado.

¿A qué viene todo esto? ¿Qué es esta mierda: una pelea de gallos o un choque de egos? ¿Significa eso que hay algo más entre nosotros?

De repente, me siento agotada por el popurrí de emociones y la confusión de la noche. Me pongo el abrigo y salgo del *pub* sin avisar a Kate. Dejo atrás la música, el baile y a Matthew, que lleva un berrinche propio de un niño pequeño.

Se ve que tengo un talento especial para joderlo todo.

Esta noche hace fresco. Camino despacio hacia casa, frotándome los brazos para entrar en calor. Puede que esta fiesta me haya hecho perder algo que me importaba. Puede que haya mandado a tomar viento la oportunidad de aclarar las cosas con Matthew, de entender lo que pasa entre nosotros.

Pero quizá sea lo mejor. Tal vez la distancia sea lo que ambos necesitamos ahora.

¹ N. de la T. En inglés, *to have a crush on someone* significa «estar colada por alguien» o «sentirse atraída por él». La palabra se usa mucho en el argot de los jóvenes.

Matthew

Decir que estoy cabreado sería quedarme corto. Helena sigue ahí, merodeando por el pasillo. No nos hemos dirigido la palabra en todo el día, aunque se supone que estamos trabajando en los preparativos de esa supuesta «ocasión especial» en la librería. Lo peor es que, a la hora del descanso, les he vuelto a pillar tonteando.

Normalmente, Ray nunca se mezcla con el populacho, o sea, con los demás empleados. En el mejor de los casos, nos considera sus esclavos. Lo último que quiere es que le vean con nosotros. Pero obviamente, ese gilipollas no tiene límites cuando se trata de camelarse a una mujer.

Helena y yo somos los dos bandos de una guerra absurda. Miradlos ahí, haciéndose ojitos en la sala del personal. Ella se ríe de todos sus chistes, por muy malos que sean. Come con él. Se pasa la mano por la melena castaña y...

Dios, es preciosa...

Aparto la mirada y aprieto los puños. No es propio de mí dejar que los celos me dominen, pero no puedo evitarlo. Me estoy comportando como un capullo a sabiendas. Me debato entre el deseo de acercarme y sacarla de ahí y la certeza de que debo mantener las distancias por el bien de los dos.

Vuelvo al trabajo y me concentro en las tareas pendientes. Pero pasado un rato, me doy cuenta de que mi mente está en otra parte. Cada vez que oigo su risa, me da un pinchazo en el corazón.

Cuando sale al pasillo, después de haber pasado un rato con Ray, la pillo por banda.

—¿Qué? ¿Te lo estás pasando bien?

Helena suspira.

—¿Vas a decirme otra vez que no le siga el juegucito? Qué original...

—Para empezar, sí. Y además, se supone que deberías estar trabajando.

—Solo con hablar contigo me entran ganas de cambiar de departamento.

—¡Pues venga, hazlo! ¿Por qué estás tardando tanto?

—¿Por qué siempre tienes que ser un imbécil conmigo?

¡Dios, cómo me cabrea esta chica! ¿Por qué tiene tanto poder sobre mí?

No me gusta su actitud. No debería ser capaz de sacarme de quicio de esa manera, y sin embargo... Cada vez que me planta cara, me pone a mil y no sé cómo reaccionar.

Esta atracción magnética va a acabar conmigo.

—Helena, yo... No quiero hacerte la vida imposible, pero es que...

Hago una pausa. Estoy confuso y perdido. Odio que piense que quiero hacerle daño. Es justo lo contrario. Quiero protegerla, empezando por los problemas que yo le pueda causar.

—¿Pero qué, Matthew? —pregunta.

Los ojos le hacen chiribitas de la emoción. Ese brillo... no sabría describirlo. Me muerdo el labio y busco las palabras adecuadas. Helena vacila entre la rabia y la tristeza.

—No quiero que te hagan daño: ni yo, ni Ray, ni nadie. No sé qué decir, es solo que...

Me detengo, incapaz de terminar la frase. Siento que cualquier cosa que pudiera decir solo empeoraría las cosas. Helena me mira, confusa y frustrada. Tras unos segundos de silencio,

sacude la cabeza, exasperada.

—Matthew, no te entiendo. Un día estás aquí y al siguiente te has ido. Me alejas y luego vuelves. Es agotador, ¿no lo ves?

Le tiembla ligeramente la voz y me doy cuenta de lo mucho que le afectan mis idas y venidas. Parece que entre nosotros es así: cada roce es eléctrico. Casi puedo sentir la corriente que desprenden nuestros cuerpos, por muy lejos que estén.

Pero absorta en la frustración, Helena se da media vuelta y se pone a trabajar de nuevo.

Madre mía. A este paso, seguiremos así eternamente.

Justo entonces, Ray asoma el morro entre las estanterías y me hace señas para que me acerque a él.

¿Qué quiere este ahora?

—A mi despacho —dice lacónicamente.

Este día no podría ir peor.

Cruzamos la puerta de su despacho y Ray se sienta sin invitarme a hacer lo mismo.

—Sabes por qué estás aquí, ¿verdad?

—No, no lo sé.

Ray me lanza una mirada burlona y severa a la vez. No me gusta nada esa sonrisa retorcida y monstruosa que desdibuja su rostro. Nunca me ha caído bien, pero últimamente lo odio. Tanto en las barbacoas familiares como en el trabajo, es un tío insoportable.

—Por Helena, cabecita pensante. No quiero que te vuelvas a acercar a ella.

Se me hiela la sangre.

—¿Y qué tiene que ver eso contigo, Ray? Es mi vida privada. No es asunto tuyo.

—Oh, ¡claro que lo es! Sabes muy bien que todo lo que pasa en esta librería me incumbe. Y no me gusta cómo estás tratando a Helena. Está afectando a su rendimiento.

Será hipócrita...

—¿Y qué hay de ti, Ray? ¿Crees que tus pésimos intentos de ligártela no tienen nada que ver? Eres un hipócrita y un gilipollas.

Ray se levanta de la silla, se apoya en el escritorio y se acerca peligrosamente a mí.

—¡Lo sabía! Sabía que andabas acechando a esa pobre chica... ¿Has visto cómo te pones cuando menciono su nombre?

Me estremezco de rabia. Este cerdo egoísta, con su aire de superioridad y su sonrisa burlona, me saca de quicio.

—No voy a dejar que alguien como tú me diga lo que tengo que hacer y menos cuando se trata de Helena.

Ray se inclina aún más con aire autoritario.

—Considera esto un ultimátum, Matthew. No me obligues a tomar medidas drásticas. Podría... no sé... ponerla en otro departamento de la empresa, por ejemplo.

—Pues adelante. Me la pela lo que hagas.

—Ah, ya veo... ¿Te da igual? En ese caso, también podría... decirle a Betty que te has echado novia y que trabaja aquí. Dios, ¿te imaginas lo jodido que sería para los dos?

Aprieto los dientes. Ese sucio hijo de... Me tiene bien pilladito y lo sabe. La sonrisa de suficiencia y satisfacción que me dedica vale más que un millón de insultos. Le odio. Lo tumbaría de un puñetazo ahora mismo, pero no vale la pena ensuciarse los nudillos por él.

—¡Escúchame de una puta vez, cabronazo! —le chillo, algo muy poco zen por mi parte—. Haz lo que quieras conmigo, pero no toques a Helena. Te lo prohíbo, ¿entendido?

—¿O si no, qué?

Estas últimas semanas he oído más esa frase que en toda mi vida. Pero esta vez es aún más desagradable.

—O si no, te parto la cara. Tu madre, a la que conozco muy bien, por cierto, no distinguirá tu cara de tu culo. ¿Te parece suficiente motivo para estarte quietecito?

Ray se echa a reír.

—¿Estás amenazando a tu superior? ¿Sabes que puedo despedirte por eso?

—Venga, Ray, hazlo. Esta maldita librería se iría a pique sin mi trabajo. ¿Por qué no le dices a Betty que piensas despedirme? Veremos lo que tiene que decir al respecto.

Esta vez es su turno de hacer un mohín. Sabe que tengo razón. El muy chapucero no sabe dirigir este lugar.

—¿Qué pasa, Ray? —añado y sonrío satisfecho—. ¿No eres de los que cumple sus amenazas? ¿A qué esperas? Si se lo pidiera, Betty me subiría el sueldo solo por el placer de verme seguir aquí. Recuerda quién es la jefa: tu hermana, no tú.

Ray me mira fijamente. Su sonrisa se desvanece lentamente por la contundencia de mis palabras. Parece que al fin se ha dado cuenta de que no soy un empleado más al que puede amenazar a su antojo. Soy una parte crucial de esta empresa, y él lo sabe.

—Eres un gilipollas, Matthew —escupe finalmente—. Pero no te confíes: te estaré vigilando de cerca. Y si haces algo mal, estaré allí para hacértelo pagar.

—Vigíame todo lo que quieras. No voy a dejarme intimidar por alguien como tú.

Ray se levanta bruscamente y la silla cruje bajo su peso. Me mantengo erguido, preparado para cualquier otra amenaza que pueda proferir en mi contra.

—Sal de mi despacho. Pero hazme un favor: recuerda bien lo que te he dicho.

Hago lo propio sin mediar palabra, con la cabeza alta. Al salir, me cruzo con Helena (cómo no), que me mira con preocupación y curiosidad nerviosa.

—Tú y yo tenemos que hablar —le digo.

Ella frunce el ceño. Todavía estoy un poco tenso por mi discusión con Ray.

—¿Qué pasa ahora?

Le hago señas para que me siga a un lugar tranquilo de la librería. Nos paramos en el pasillo de filosofía.

Al menos aquí no nos molestarán...

—¿Vas a contarme qué pasa?

La hago callar tapándole la boca con la mano. Helena no reacciona. Miro a derecha e izquierda para asegurarme de que nadie nos observa y susurro:

—Ray lo sabe.

Helena se estremece bajo mi mano y abre los ojos de par en par. Retiro la mano, pero permanezco cerca de ella. Aún siento esa tensión eléctrica en el aire que podría cortarse con un cuchillo.

—¿Qué sabe? ¿A qué te refieres? —susurra con la voz ligeramente temblorosa.

—Lo sabe todo. Lo nuestro, digo. Quiere utilizarlo para manipularnos, para joderme la vida.

Ella traga saliva, con la mirada clavada en la mía.

—¿Cómo?

—Amenaza con trasladarte o hablar con Betty. Esto se está volviendo bastante arriesgado para nosotros, Helena.

Ella se acerca instintivamente, buscando consuelo. Siento su aliento en mi piel y me

estremezco. Quiero protegerla, mantenerla cerca de mí, pero también sé que no es una opción. No si queremos conservar nuestros respectivos trabajos. No si quiero perseguir mi sueño y largarme de aquí en la furgo. Todavía necesito este trabajo. Y supongo que ella, también.

—¿Y qué vamos a hacer?

Me paso una mano por el pelo, frustrado.

—Bueno, aún no lo sé, pero te prometo que no permitiré que te hagan daño.

Helena levanta una mano vacilante y me la pone en el pecho. Su tacto es ligero, pero me transmite un calor que me embriaga todo el cuerpo. Me inclino hacia ella. Nuestra proximidad intensifica la tensión que nos rodea.

—Matthew, yo...

Se le quiebra la voz y veo la emoción en sus ojos. Apenas puedo contenerme para no abrazarla, para no besarla. Pero sé que es demasiado arriesgado hacerlo aquí y ahora.

—Tenemos que acabar con esto.

Ella asiente, con los ojos fijos en los míos. Aunque parece estar de acuerdo, algo en su mirada me dice que no quiere hacerlo.

—Ya lo sé —dice entre suspiros—. Pero sabes... es duro verte todos los días y no...

No termina la frase, pero no hace falta. Yo siento lo mismo.

—No hace falta que digas nada.

—Pero ¿por qué no podemos estar juntos? —pregunta.

—Sería demasiado complicado.

Ella niega con la cabeza, enfadada.

—Siempre dices lo mismo, pero yo creo que tienes miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

—De Betty. De ella y de lo que piense la gente de la librería.

Ella no lo entiende. No sabe que si soy así, es solo por su propio bien.

—No sigas por ahí. Ya es bastante duro tenerte lejos.

Helena se cruza de brazos y me mira con severidad.

—En ese caso, no te importará que salga con quien yo quiera...

—No empieces. Hace mucho tiempo que esto dejó de ser un juego, Helena.

Esto podría acabar con mi carrera, pero también con mi futuro. No quiero echar a perder mi libertad. Si Betty se entera, me encadenará de nuevo y seré su perrito faldero. Y ella, bueno... Acabará sin trabajo, sin dinero, y no se lo merece, sobre todo porque acaba de llegar a la ciudad.

—Si quiero quedar con Ray, quedaré con Ray. No puedes prohibírmelo. Que te quede claro.

Su réplica me golpea con fuerza y me irrita una vez más.

—No he dicho que quiera impedirte salir con quien sea, Helena. Pero tienes que entender que Ray solo hace esto para joderme. Te está manipulando.

Ella aprieta los puños. Las lágrimas de rabia le asoman en los ojos.

—¿Ah, sí? ¿O sea que solo soy una marioneta en vuestro jueguecito de poder? ¿No soy lo suficientemente interesante como para que liguéis conmigo simplemente por ser quien soy?

—Eso no es lo que estoy diciendo. Solo quiero que estés a salvo, Helena.

—Y si me apetece estar con Ray, ¿a ti qué te importa?

Estas palabras me golpean como un puñetazo en plena cara. Siento un dolor agudo en el pecho: la daga de los celos.

—No puedes hablar en serio, Helena. Ese tío es un gilipollas. Sabes muy bien lo que siento por ti.

¿De verdad he dicho eso en voz alta?

Parece sorprendida por un instante, pero luego me mira fijamente. La determinación brilla en sus ojos. Desvió la mirada, incómodo.

—No, no lo sé. Eres incapaz de hacer nada con esos sentimientos. Te escondes detrás de tus miedos y tus excusas. Estoy harta de esperar a que tomes una decisión. Mi vida no se acaba contigo.

Intento acercarme a ella. La frustración bulle en mi interior.

—¿Quieres hablar de tomar decisiones? Muy bien, Helena. O Ray o yo. Tienes que elegir.

—¡No tienes derecho a pedirme eso, Matthew! No estaré siempre ahí, a tu disposición. ¡No te pertenezco!

Me quedo sin aliento. La ira me abruma. Tiene razón, no tengo derecho a obligarla a elegir, pero no soporto verla tonteando con Ray.

—Bien, supongo entonces que vas a seguirle el rollo, ¿no? Como si lo que pasó entre nosotros no tuviera ninguna importancia...

—Pues sí, tal vez lo haga.

Se da la vuelta para irse, pero la retengo del brazo.

—¡Helena, espera!

Se vuelve de forma repentina y se zafa de mi agarre.

—Suéltame, Matthew. Necesito tiempo para pensar.

Dicho esto, observo cómo se aleja, con el corazón hecho trizas. He llevado las cosas demasiado lejos y ahora me arriesgo a perderla para siempre.

Helena

Estrechar lazos dentro de la empresa, ¿eso dice Betty! ¡Ahora siento que trabajo también en el turno de noches!

¿No os parece increíble? El otro día, Betty tuvo la brillante idea de organizar una de estas actividades ridículas de «conoce mejor al equipo». Y luego nos soltó un discursito plagado de palabras como *brainstorming*, *start-up style* y *team-building*¹. En resumen, una ristra de palabrejas que suenan como si acabasen de salir de la boca de una gilipollas altanera y pretenciosa.

Dios, no debería hablar así de mi jefa. Esto me pasa por juntarme demasiado con Kate. La amo, pero es una bruta.

En realidad, a mí en concreto no me ha hecho nada directamente, pero es la razón por la que no puedo tener algo con Matthew y el origen de todos mis problemas.

Suspiro y me miro en el espejo de mi habitación. Esta noche me toca salir de nuevo con mis compañeros de la librería. Es la ocasión perfecta para que Betty demuestre que sigue al mando. Pero para mí es una oportunidad de ver a Matthew fuera de nuestro lugar de trabajo, donde llevamos más de una semana evitándonos.

He elegido ponerme un vestido negro ajustado con un escote ligeramente pronunciado. Sexi pero no demasiado extravagante. Llevo también unos zapatos de tacón para que mis piernas luzcan más largas. Dedico un par de minutos a maquillarme y me concentro en resaltar mis ojos y mis labios. Quiero que se fije en mí. Quiero que le cueste resistirse. Quiero que me coma con los ojos, que se arrepienta de haberme dejado marchar. Porque sí, amigas, aún no he decidido si huir de él como de la peste o si seguir luchando para estar con él.

Cuando me miro al espejo, me siento poderosa y vulnerable a partes iguales. Poderosa, porque creo que soy bastante guapa y sé cómo arreglarme para resaltar mis puntos fuertes; vulnerable, porque una gran parte de mí espera que él vea algo más allá de esta pura fachada de seguridad.

Sacudo la cabeza e intento desterrar los pensamientos negativos. Esta noche voy a divertirme. Voy a reír, voy a bailar. Tal vez le tire la caña a algún chico que me parezca mono. Voy a demostrarle a Matthew, y a mí misma, que no soy solo una muchacha caótica. Soy fuerte. Puedo pasar una buena noche sin pensar constantemente en él. Soy capaz de seguir adelante.

¿Os he convencido?

Respiro hondo, cojo el bolso y salgo de mi habitación. Esta noche, Helena saldrá por la puerta y se lucirá como una joya. Como dice Taylor Swift, «Un diamante tiene que brillar»². Cuando Kate me vea llegar, no dará crédito a lo que ven sus ojos.

¿Os cuento un secreto? En realidad, tengo la sensación de que todo va a salir mal y no puedo hacer nada para evitarlo.

De todos modos, como habíamos quedado, me reúno con Kate abajo. Mi amiga me espera en el coche y, cuando me ve a lo lejos, silba como un personaje de dibujos animados.

—Fiu, fiuuu... Vaya, ¿quién ha sustituido a mi amiga por una perra mala?

Es una bestia, pero me alegro de que haya dicho eso. Demuestra que he conseguido lo que

buscaba.

—*Chef kiss*³, amiga —me dice cuando me siento en el asiento del copiloto.

—Bueno, tenía guardado este vestido para una ocasión especial.

—¿Para intentarlo de nuevo con uno de tus dos pretendientes? Tienes mucho donde elegir...

No hemos vuelto a tocar el tema de Ray desde el otro día en la puerta del *pub*. Aun así, sé que Kate no ha cambiado de opinión sobre él. Cree que es mala idea y, básicamente, tiene razón. Pero ahora que las cosas se han vuelto aún más turbias con Matthew, no sé qué pensar. Me paso el día rayada, así que, ¡de perdidos al río!

A ver, tengo sentimientos. No soy un ser desalmado. Lo que pasa es que surgieron demasiado pronto para mi gusto y no esperaba caer bajo el hechizo magnético de un gilipollas. En fin, qué se le va a hacer. Tengo que frenarlos, reprimirlos, hacer que se extingan. No puedo permitirme caer en su trampa. De todos modos, él también está perdido, puede que más que yo. Y aunque me ha confesado a medias que siente algo por mí, me da la impresión de que solo me ve como una chica a la que aferrarse el mayor tiempo posible, y todo para cabrear a Ray McGee.

—Porfa, no digas eso. Haces que me sienta mal —digo.

Mientras conduce, Kate me da un codazo.

—Vamos, tienes que admitir que, en el fondo, te gusta un poquito este rollo...

Bueno, no está del todo equivocada. Pero aún tengo que decidir con cuál me quedo esta noche. A ver, seamos sinceras: Mathew sigue ocupando todos mis pensamientos y me tiemblan las piernas cada vez que lo veo. Solo de pensar en ir a esta fiesta y cruzármelo... se me sale el corazón del pecho.

Dios, cómo lo odio...

Pero también sé que él tendrá que lidiar con Betty y que yo no tengo ángulo de actuación posible.

—No se trata solo de gustar, Kate. Es mucho más complicado que eso...

Kate me mira con una mezcla de compasión y malicia.

—Helena, eso de que los tíos son básicos es una trola. En verdad, son complicadísimos. Agotadores. Pero no vas a dejar que te jodan la noche, ¿verdad? Estás preciosa, así que a disfrutar.

Suspiro. Tiene razón: no puedo dejar que Matthew y toda esta situación me obsesionen.

Coño ya.

—¡Dale! Esta noche voy a divertirme. Y quién sabe, a lo mejor conozco a alguien interesante...

—¡Dilo, tata! —exclama Kate—. Y en cuanto Matthew vea lo que se está perdiendo, te tomas un chupito para celebrarlo. Pero si te da por probar a Ray, bueno, pues ya me cuentas cuál es el mejor de los dos...

Le devuelvo el codazo y ella suelta una carcajada sonora.

—¡Eh! ¡No hagas eso, que estoy conduciendo! ¿Quieres que nos estrellemos?

—Si sigues soltando gilipolleces, a lo mejor hasta vale la pena.

—En serio, tranqui. ¡Elige a quien prefieras y ya está! ¿Qué más da cuál sea de los dos?

Sonrío, pero en el fondo sé que daría lo que fuera por probar a Matthew una sola vez más, por mucho que intente negarlo.

Aparcamos justo al lado de la fiesta y siento que el corazón me late un poco más deprisa. La música resuena a lo lejos. La noche pinta bastante animada.

—Bueno, ¿qué? ¿Estás preparada para una noche loca? —me pregunta Kate mientras coge las cosas.

—Todo lo preparada que se puede estar —respondo, bajándome el vestido.

Dicho esto, salimos del coche para ir al encuentro de nuestros compis. Pase lo que pase, me he prometido a mí misma que no dejaré que Matthew me agüe la fiesta. Esta noche soy una versión libre y atrevida de Helena.

Entramos en el local, donde la fiesta ya está en pleno apogeo. Luces de colores bailan en las paredes, la música reverbera, la gente ríe y charla. Me dejo llevar por el ambiente, decidida a distraerme, a liberarme del hechizo de Matthew, al menos durante unas horas.

Kate y yo nos abrimos paso entre la multitud, sonrientes y dispuestas a disfrutar. Siento que me miran: algunos lo hacen con admiración, otros con curiosidad.

De repente, lo veo. Ahí está, de pie junto a la barra, hablando con un par de compañeros del curro. Nuestras miradas se encuentran y un destello similar al de un rayo atraviesa el espacio que nos separa. Aparto rápidamente la mirada.

No dejes que te afecte.

—¿Vamos a bailar o qué? —sugiere Kate, tirando de mí hacia la pista.

Asiento con la cabeza y nos mezclamos con la multitud. La música desinhibe mis sentidos y me dejo llevar por el ritmo. Olvido todo lo demás: la tensión, la frustración... todo se evapora con la energía que pongo en mis movimientos.

Este lugar es estupendo para pasárselo bien y dejar atrás los problemas. Betty ha alquilado el local para la ocasión, pero ni siquiera ha llegado todavía. Sin duda, una forma de demostrar que es la más rica y poderosa. No soy tonta, sé que esta actividad no es fruto de su generosidad. Tampoco pretende conquistar a sus empleados con ello. Betty quiere mirarnos por encima del hombro. Para eso es la reina de la influencia.

Dios, me odio por ser tan envidiosa. No debería, ¿no?

Mientras rumio una y otra vez sobre lo que quiero en la vida, la multitud se inquieta de repente. Fijo la atención en la entrada. Betty acaba de hacer acto de presencia. Tiene un aspecto immaculado: va vestida con un elegante vestido que realza su figura. Lleva el pelo perfectamente peinado y una sonrisa confiada en los labios. Desprende un aura de poder y control que no pasa desapercibida. Ni siquiera Kate abre la boca.

No puedo evitar observarla mientras saluda a algunos de sus empleados. Nunca pierde esa sonrisa. Tiene el don de ser el centro de atención, de cautivar a su público. Es fascinante y aterrador a la vez. Y además, es imposible librarse de esos ojos grandes que parecen atravesarte como dagas.

Kate y yo estamos cerca de la barra, con nuestras bebidas en la mano. Betty se aproxima de repente y pide una copa con una confianza natural. Parece muy a gusto, como si hubiera nacido para ser siempre la joya de la corona, para dirigir a las masas.

De pronto, me siento pequeña e insignificante a su lado. Tiene todo lo que yo no tengo: confianza, privilegio, influencia... Es más, tiene un poder desmesurado sobre Matthew, algo que no logro entender y soy incapaz de combatir.

Cuando sus ojos se cruzan con los míos, me siento confusa. Tengo la impresión de que está enfadada conmigo. La jefa me mira de forma inquisitiva.

Desvío rápidamente la mirada y me concentro en mi bebida. Se supone que es una noche divertida, pero la presencia de Betty la convierte en una demostración de fuerza. Me pregunto cómo llevará Matthew todo esto, cómo se sentirá con esta mujer que parece mover los hilos a su

alrededor, a pesar de que hace tiempo que no están juntos.

Y entonces ocurre lo peor. Justo cuando intento olvidarme de ella, a ser posible para siempre, Betty se dirige a mí.

—Vaya, Helena. Qué vestido tan bonito...

El corazón me late a mil por hora.

Mierda, mierda, mierda... ¿Por qué me habla?

—Gra... gracias...

Betty se ríe a carcajadas y me pone una mano en el hombro.

—No te preocupes, no estamos en el trabajo. Relájate un poquito.

Es curioso, pero cuando dice eso, me siento de todo menos relajada. Más bien al revés.

—¿Intentas gustarle a alguien en particular?

La bruja del hielo fija los ojos en mi vestido, en mi maquillaje, en definitiva, en mi *look* de esta noche, y siento que sus pupilas me atraviesan el alma.

—¿Cómo? ¡Qué va! Para nada, yo...

Joder, esta sospecha. Estoy frita. Estamos fritos, jodidos, muertos. Betty nos acuchillará, luego nos resucitará y nos volverá a acuchillar. Aunque... ¿y si su hermano le ha hablado de mí?

Después de todo, no es que disimulemos en la librería. Nos pasamos el día hablando.

—Qué pena —dice, cogiendo la copa para humedecerse los labios—. Creía que Ray por fin había encontrado a alguien. Bueno, tengo que advertírtelo: no me gusta que la gente ande cerca de mi hermano, pero... es su elección, ¿no? Solo quería asegurarme de que eras una buena chica. Porque lo eres, ¿verdad?

Demasiada información de golpe. No sé qué decirle.

—Eh... Sí, claro...

Betty me mira fijamente con una sonrisa que pretende ser tranquilizadora, pero que solo hace que me sienta peor.

Un poco más y puedo ver un colmillo asomando entre sus labios.

—Me alegra oírlo. ¿Sabes, Helena? Me preocupa mucho mi hermano y su felicidad. No puedo evitarlo. ¡Lo llevo en la sangre! ¡Velo día y noche por el bienestar de los demás!

Asiento con la cabeza, intentando parecer convencida. Betty parece leerme como un libro abierto. Me aterra su instinto para estas cosas.

—Bueno, me alegra haber hablado contigo. Espero que disfrutes de la velada —añade antes de alejarse hacia otro grupo.

Me quedo helada, intentando recuperar la compostura. Hablar con Betty ha sido más intenso de lo que esperaba. Su presencia, su carisma, la forma en que controla la conversación... Esa mujer me intimida.

Me dirijo a un rincón más tranquilo del local para darme un respiro. Mientras camino, mis ojos vuelven a cruzarse con los Matthew. Me mira de una forma que no logro entender. Para variar, no sé lo que piensa, ni tampoco lo que siente.

Esta situación es tan ridícula...

Me apoyo en la pared y respiro hondo. Va a ser una noche larga y engorrosa. Betty, Matthew, Ray... Todos parecen estar moviendo ficha, y me siento atrapada entre sus ambiciones y deseos. Y luego está Kate, a la que le importa un bledo todo y está rondando a Travis como una avispa alrededor de un filetito jugoso.

A veces me gustaría ser como ella...

A Kate le trae sin cuidado lo que piensen los demás. ¿Lo quiere? Lo tiene. No hay más. Yo, en cambio, le doy vueltas y vueltas al tema para no ofender a nadie. ¿Y para qué? Para que la mayoría de las veces me pisoteen. Da igual si intento hacerme la rebelde: siempre me sale el tiro por la culata.

Cierro los ojos un momento e intento volver a concentrarme, pero entonces Ray se acerca con una sonrisa encantadora. Parece que va un poco borracho. Obviamente, él se ha ido de previa con otros compañeros que ahora van bastante más cocidos. Puede que él aguante mejor el alcohol. Ahora lo veremos.

—Hola, guapa. ¿Te lo estás pasando bien?

Tiene una sonrisa preciosa, pero percibo cierta insistencia en sus palabras, como si quisiera algo de mí.

—Sí, mucho —respondo con cierta reticencia.

—Se te veía un poco tensa. Pensé que no te vendría mal un poco de compañía —dice, acercándose un poco más.

Doy un paso atrás, incómoda. Ray está muy bueno, eso no se lo quita nadie, pero hay algo en su actitud esta noche que me tira para atrás. ¿Quizá el hecho de que sea alguien tan cercano a Betty, y que no quiera meterme en más problemas con la familia de mi jefa? O tal vez... ¿el pestuzo que echa a alcohol? O... ¿puede que sea esa chispa lasciva que veo en sus ojos? Me siento como una presa a la que ansía cazar.

Buf...

—Gracias, Ray, pero estoy bien. Solo necesito un poco de aire.

—Vamos, Helena... Estamos aquí para divertirnos, ¿no? ¡Estar aquí conmigo no te hará ningún daño! Además, estás especialmente guapa esta noche. Muy sexi, la verdad.

Su voz es grave, como si hubiera bajado dos tonos. Ray me pone la mano en el brazo y me estremezco, no de placer, sino de aprensión.

—Ray, nos llevamos bien como compañeros de trabajo, pero no creo que sea una buena idea tener nada más —le digo, intentando poner distancia entre nosotros.

Ahora mismo estoy en una situación muy tensa. Si le rechazo, cobraré, pero es que no me gusta nada que se me pegue de esa manera. La presión de Ray es cada vez más evidente, y siento cómo crece mi malestar. No parece entender que no es no. O peor aún, le da igual.

—Vamos, no seas tímida —insiste, y se me acerca aún más—. Estás tremenda esta noche, y estoy seguro de que podríamos divertirnos los dos... A solas. No te has puesto ese vestido solo para bailar, ¿verdad?

Intento apartarme, pero me agarra con más fuerza del brazo. Su actitud no es insinuante, sino más bien invasiva.

—Ray, suéltame, te he dicho que no —le digo con firmeza, intentando mantener la compostura, pero él sonríe de una forma que no me tranquiliza en absoluto.

—Tranquila, Helena, podemos seguir siendo compañeros. No hay nada malo en ello, ¿verdad?

Me siento atrapada, incapaz de escapar sin armar la de Dios. Miro a mi alrededor en busca de una salida, de alguien que me ayude, pero la multitud parece ajena a la tensión entre Ray y yo. Kate está pegadita a Travis y nadie parece prestarnos atención.

—Ray, lo digo en serio. ¡Para! —grito, con la voz temblorosa.

—Venga, vamos a dar un paseo...

Su mano se convierte en un par de esposas y me lleva a la fuerza a un rincón más oscuro del

local. No me deja otra opción. Sé exactamente lo que tiene pensado y me siento impotente. Me hace daño con los dedos y le brillan los ojos de lujuria.

Tengo ganas de vomitar.

—¡Que me sueltes!

—Llevo toda la semana pensando en ti, ¿sabes? No te pongas tan a la defensiva.

—Me ha parecido oír que quiere que la sueltes —trueno una voz familiar.

Matthew.

Pocas veces me he alegrado tanto de verle.

—Vaya, vaya, vaya... ¡Mira quién es, el caballero de brillante armadura! ¿Se te ha olvidado lo que te dije el otro día en mi despacho?

Se está arriesgando por mí. Si me defiende abiertamente, también se expone a la ira de Betty.

La tensión aumenta cuando Matthew se interpone entre nosotros y le obliga a soltarme. La ira de sus ojos no tiene precedentes. Ray, por su parte, recupera su postura altiva, y su expresión pasa de la sorpresa a una sonrisa desafiante.

—Ah, Matthew... Siempre tienes que ser el héroe, ¿verdad? —se burla—. Pero lo que pase entre Helena y yo no es asunto tuyo.

Matthew está de pie frente a mí, con el cuerpo tenso, como una ballesta que está a punto de dispararse. Noto que le falta poco para descargar su ira y temo que las cosas se nos vayan de las manos.

—Déjala en paz, Ray —suelta Matthew—. Te ha dicho que no. ¿Está bastante claro el mensaje, no te parece?

—Oh, ¿ahora te importa lo que ella quiera? —responde Ray con desdén—. ¿Desde cuándo? Acláramelo.

—Desde...

Matthew no termina la frase.

—¿Desde que te enamoraste de ella? ¿O qué? ¿Es que no te gusta que toquen tus juguetitos?

—Helena no es un juguete, puto desgraciado.

Tengo la sensación de que esto no va a acabar bien.

Los ánimos se caldean, los insultos se desatan, y antes de que pueda intervenir, todo se va al traste. Ray empuja a Matthew, que toma represalias de inmediato. La cosa se pone violenta y empiezan a empujarse mutuamente. Se siembra el caos y los demás invitados hacen corro a su alrededor.

Todo es culpa mía. Joder, qué desastre... ¡He conseguido que luchen por mí a puñetazo limpio!

Intento respirar hondo y recuerdo que ya eran rivales antes de que yo llegara, pero para qué mentir, no he sido de mucha ayuda.

Todos los invitados se alejan de la pista y la barra para ver el combate de boxeo improvisado que se ha armado en el local.

—¡Déjala en paz! —escupe Matthew.

—¡No es tuya! —exclama Ray.

Pues nada, como si la situación no fuera evidente de por sí, ahora está mucho más clara. ¡Estupendo!

¹ N. de la T. Tres neologismos del inglés propios del lenguaje empresarial, referidos a la lluvia de ideas en el ambiente laboral, el espíritu emprendedor y las buenas relaciones entre los trabajadores.

² N. de la T. Referencia al verso de *Bejeweled*: ‘*A diamond’s gotta shine*’.

³ N. de la T. Expresión inglesa que en lenguaje argótico significa «chapó».

Helena

En el local, los golpes retumban como truenos. Por suerte, la fiesta es privada, así que no hay demasiados espectadores. En un combate sin tregua, Ray y Matthew parecen dos animales salvajes tratando de imponer su dominio.

Los hombres son exasperantes...

En el caso de Ray, sus esfuerzos me resultan ridículos. Pero si os soy sincera, cuando se trata Matthew... me pone que intente defenderme así. Imparcial no estoy siendo, ya lo veis. Es que verlo tensar los músculos de esa forma... me pone tontita. Puede que la genética no se quedara corta con Ray, pero contra Matthew, ese pijo tiene todas las de perder. Sé exactamente lo que tiene bajo la ropa y bueno... Sin palabras, amigas. Es casi hormigón armado. Además, a Ray le falta calle...

—¿Qué coño pasa aquí, amiga? ¡La has liado pero bien! —pregunta Kate, que ha venido corriendo para intentar separarlos.

Travis, que se ha acercado también, deja la copa que llevaba en la mano e interviene, y solo cuando las dos bestias pardas están más calmadas, aparece Betty.

Mierda. Ahora me toca cobrar a mí...

—¿Qué demonios está pasando aquí? —trueno bruscamente.

Ahí está: la mujer autoritaria que no deja pasar ni el más mínimo error. No tenía muchas ganas de volver a verla.

—Al fin, Betty... Qué bien que estés aquí —dice Ray, cubriéndose la nariz ensangrentada—. Ya te lo imaginas: ha sido cosa del descerebrado de tu ex.

La reina del hielo se vuelve hacia Matthew, que se limpia el labio con un movimiento brusco. La pelea le ha dejado una heridita minúscula, pero nada que ver con la paliza que se ha llevado Ray. Hay que decir que Matthew no se ha cortado ni un pelo. Le ha metido tal gancho de derecha que pensé que le iba a desencajar las fosas nasales.

—Me estoy hartando de vuestras gilipolleces. Hablo en plural. De todos modos, jamás habíais recurrido a la violencia, así que sorprendedme: ¿qué ha pasado?

—Me alegra que lo preguntes —contesta Ray—. Creo que tu ex tiene algo que decirte. ¿Verdad, Matthew?

Oh, no... No será capaz...

De repente, se me pasa por la cabeza lo que hemos vivido en las últimas semanas y se me acelera el corazón. Me siento al borde del precipicio.

La tensión en el aire es eléctrica. Betty mira a Matthew con una fijación que podría partir en dos a cualquiera. Ray, a pesar de su aire desafiante, parece un poco más inseguro, pero no ha desperdiciado la oportunidad de poner a Matthew en una situación incómoda. Mi supuesto amante parece tranquilo, pero sé que, en el fondo, se avecina tormenta.

Hay un momento de silencio, un silencio cargado de expectación.

—No tengo nada que decir, Betty —responde finalmente Matthew con voz firme—. Esto es entre Ray y yo.

Betty frunce el ceño, claramente descontenta con la respuesta. Mira a su alrededor. Sus ojos

se detienen brevemente en mí y siento que el corazón me late en la garganta. Me pregunto si habrá deducido lo que pasa entre Matthew y yo.

—Sea lo que sea, es inaceptable —dice con frialdad—. No me gusta que me oculten las cosas, y lo sabes, así que no te sorprenderá lo que voy a hacer a continuación.

Matthew

—¿Qué ha pasado, Ray? —dice el témpano de hielo que tengo por exnovia.

No quiero hacer sufrir a Helena, pero por otro lado, estoy acorralado. Dada la sonrisa de satisfacción en la cara del gilipollas de Ray, sé exactamente la que se me viene encima.

—Solo estaba defendiendo el honor de mi hermanita. Creo que es lo justo, ¿no? —contesta mi excuñado.

Maldito hijo de...

Sé exactamente a dónde quiere llegar y tengo la sensación de que se va a liar parda.

—Ray... —le advierto.

—¿Qué pasa, campeón? ¿No quieres que le cuente a todo el mundo tu secretito? Los demás también tienen derecho a saberlo, ¿no te parece?

—No sabes de lo que hablas. La verdad, Betty, es que tu hermano estaba obligando a Helena a hacer cosas que no quería —suelto por fin.

Como era de esperar, Ray saca su lado más sórdido y se hace el ofendido.

—¿Cómo? No sé de qué me hablas. Solo nos estábamos divirtiendo. ¿Verdad que sí, Helena?

Helena le lanza una mirada frívola. Ha entendido perfectamente que su puesto está en juego si se va de la lengua, así que agacha la cabeza. Parece que tendré que resolver esto yo solo. Sé que le preocupa que la despidan, porque valora demasiado el trabajo en la librería. No tiene valor para hablar. Y ahora que yo he decidido dar la cara por ella, me he hundido en el fango por los dos. Voy a tener que encontrar una explicación para todo esto.

—Ray, sabes muy bien lo que estabas haciendo. No os estabais «divirtiendo», como tú dices —contesto. En mi voz se intuye claramente la frustración—. Seguro que lo último que tenías en mente era que Helena se divirtiera.

Betty mira a Ray y luego a mí, con una expresión que oscila entre la incredulidad y la sospecha. Ray, por su parte, intenta hacerse el inocente. Sin embargo, sé que está empezando a perder la confianza.

—Exageras —dice con voz algo menos segura—. ¡Estaba de coña!

Sacudo la cabeza, exasperado, y me vuelvo hacia Betty.

—Betty, te aseguro que no era una simple coña. Es algo muy serio.

—¿Y por qué no hablamos de tu relación con Helena? —sugiere mi oponente.

Se me hiela la sangre. Ahora sí que estoy jodido. Betty abre los ojos de par en par y me doy cuenta de que voy a tener que dar muchas explicaciones.

—Matthew dice muchas cosas, pero no tiene pruebas. Helena no tiene nada que reprocharme, ¿a que no?

Se queda callada otra vez.

Pues vaya, hoy no nos sentimos valientes...

A ver, no voy a ser un gilipollas tampoco: probablemente esté en estado de *shock*, así que el único dispuesto a luchar en esta arena, atrapado en el fuego cruzado entre Ray y Betty, soy yo. Voy a tener que enfrentarme a los dragones sin ninguna ayuda.

—Bien, pues si Helena no tiene nada en contra de Ray, ¿por qué le has pegado una paliza? —pregunta Betty.

Ahí está: se cierra el círculo. He caído en la trampa y ahora estoy atrapado en la ferocidad de

sus fauces.

—Porque está enamorado de ella... —dice Ray.

Abro los ojos como platos. De repente, me han entrado ganas de seguir partiéndole la cara. Estoy furioso. No solo me está jodiendo a mí personalmente, sino que esto también va a tener repercusiones para Helena, y eso me pone enfermo. No quiero aceptarlo, porque eso implica que sería culpa mía.

—Deja de decir tonterías —contesto, apretando la mandíbula.

—¿Tonterías? No lo creo. En el peor de los casos, te atrae.

Que deje de hablar de una vez...

No hay nada peor que escuchar su voz. Y mientras suelta sus chorradas, el cabreo de Betty va en aumento. Se lo noto en los ojos. La conozco lo suficiente como para saber cuándo se avecina tormenta. Por supuesto, ella trata de permanecer digna y los signos son imperceptibles para cualquiera que no la conozca. Pero he vivido con ella el tiempo suficiente para saber cómo se comporta. No hay nada peor que la Betty iracunda, porque jamás descarga abiertamente su furia, no. Lo suyo es una rabia fría, calculada, racionada e hiriente. Es mil veces más cruel y mortal que la de aquel que se deja llevar por sus emociones. Betty las contiene, las reprime, y bajo una fachada de control y dominio de una misma, dosifica sus cuchillos, capaces de destruir a cualquiera.

—¿Es eso cierto? —pregunta mi ex.

Miro a Helena, que parece venirse más y más abajo con cada frase.

Joder, no puedo perder el trabajo. No ahora. ¡Me queda tan poco...!

Si renuncio a la librería, también estaré renunciando a mi sueño y no puedo permitirlo. Necesito escapar y vivir la vida a mi manera. Solo me quedan unos meses antes de que todo se solucione y este altercado absurdo podría precipitar las cosas. No quiero tirar mi futuro por la borda. Tendría que encontrar un trabajo bien remunerado y eso aplazaría mis planes durante mucho tiempo.

Llegados a este punto, no puedo caer.

—Betty, te aseguro que no es lo que piensas —digo, intentando mantener la calma.

Betty me mira con una intensidad que haría estremecer al más fuerte. Analiza todas mis palabras, intentando descifrar qué es real y qué no.

—Helena, me gustaría oír lo que tienes que decir al respecto —dice de repente, volviéndose hacia ella.

Helena levanta la cabeza, claramente indecisa. Es evidente que no sabe qué decir.

—Betty, estoy... estoy un poco perdida en todo esto —comienza vacilante—. Ray... insistió demasiado, pero no creo que tuviera malas intenciones.

Siento un pinchazo en el corazón. Entiendo que ella también quiera salvar su trabajo, pero con ese gesto, desprestigia mis palabras.

Betty parece satisfecha con su respuesta y se vuelve hacia mí.

—Bueno, Matthew... Parece que el único problema aquí eres tú, ¿me equivoco?

Estoy que hiervo por dentro.

No explotes, no dejes salir la rabia contenida...

Decido sacarme el as bajo la manga e ir de farol.

—¿En serio? Vaya, esto me viene que ni pintado para presentar mi dimisión.

—¿Tu dimisión? Pero ¿qué dices? No nos precipitemos. Puede que me haya pasado con lo de que eres el problema.

Betty mira a Helena y entonces entiendo lo que se le pasa por la cabeza.

No, por favor, eso sí que no...

—¿Ha pasado algo entre vosotros dos?

A Helena no se le ocurre nada que decir. Tartamudea tímidamente, así que Ray decide lucirse y meter el dedo en la llaga.

—Los pillé besándose en el almacén. Le dije a Matthew que no era apropiado, especialmente por ti, hermanita, pero no me escuchó. Ya sabes cómo es...

Vamos, que el día en que «casi nos pilla», en realidad sabía de sobra lo que estábamos haciendo. Tan solo se ha acercado a Helena para destruirme. El muy gilipollas solo pretendía marear la perdiz para acabar conmigo.

¡Sujetadme, que mato a ese imbécil!

—Matthew, ¿es verdad lo que dice? —insiste Betty.

Helena ya no es más que un charquito en el suelo. Con tanto estrés, se ha vuelto líquida.

—No, no lo es. Son todo mentiras.

Miro a la chica que me vuelve loco y, una vez más, parece que va a desaparecer de la faz de la tierra.

—¿Por qué mientes? ¡Estabais a punto de hacerlo en pleno almacén! —dice Ray.

Helena levanta por fin la vista hacia mí.

—Por favor... —me suplica—. Di la verdad...

—¿Matthew? —insiste Betty—. ¿Es verdad o no?

Si digo que sí, accedo a que me salpique la mierda. Si digo que no, meto a Helena en plena movida. Haré que quede como una buscona mentirosa.

La pobre acaba de llegar. Nadie la conoce... Bueno, salvo Kate...

Lo siento por ella, pero... no lo soporto más. No puedo permitirme perder mi trabajo. No me queda nada para ser libre.

—No —digo finalmente.

—¡Ya he tenido suficiente! —gruñe Betty—. Esta vez es demasiado.

Se ve que ha perdido la paciencia. No es una buena señal. Los celos se están apoderando de ella. Es lo que le faltaba ya. Se vienen nubarrones.

La última vez que la vi tan fuera de control fue cuando lo dejamos. Por su parte, hubo gritos y lágrimas, todo para hacerme caer de nuevo. Por un momento, pensé que se iba a sofocar, asfixiar y morir. Pero pasado un tiempo, me di cuenta de que solo era una actuación. No era propio de ella comportarse así. No encajaba con su carácter. Y yo, tonto de mí, me sentí culpable por haber hecho que pasara por algo tan complicado. Aun así, conseguí liberarme de sus cadenas.

—Helena, estás despedida por falta grave. No solo vas seduciendo a mis empleados, sino que, para colmo, mientes. No toleraré que haya alguien así en mi equipo. En esta empresa solo queremos a gente proactiva y que genere un ambiente positivo. Si pretendes causarnos problemas, no eres bienvenida aquí —declara fríamente.

Helena se derrumba, pero no lo deja ver en público. Sin embargo, intuyo el dolor en sus ojos.

—¿Cómo? Pero... —balbucea.

—Puedes irte. Ya mismo. No quiero verte más.

Betty apenas la mira mientras pronuncia estas palabras.

Sin decir nada más, Helena se dirige al guardarropa para coger su chaqueta. Tiene lágrimas en los ojos, y antes de salir del bar, la pena ya le empapa las mejillas.

Todo es culpa mía.

Me quedo petrificado mirando cómo Helena sale del local a través del pasillo que le han hecho mis compañeros, que la miran atónitos. Se me encoge el corazón. Sé que he sido un cobarde. He sacrificado a Helena para salvarme el pellejo. La culpa me corroe por dentro, pero ya es demasiado tarde.

Me vuelvo hacia Betty, buscando palabras para explicarme o tal vez para defenderme, pero no sale nada. Ella se me queda mirando y dice:

—Me has decepcionado, Matthew. Creía que estabas por encima de esto... —dice bruscamente.

Agacho la vista, incapaz de mirarla. Me siento diminuto, aplastado bajo el peso de mis propias decisiones. No importa cuántas veces me diga a mí mismo que ella ya no ejerce ningún control sobre mí: cuando me mira así, todavía puedo sentir el agarre de la correa que me aferró al cuello en el pasado.

—Lo siento, Betty. Pero tampoco tenías por qué hacer algo así. Tú y yo ya no estamos juntos y Helena no ha hecho nada malo.

—No es razón suficiente para que se merezca seguir trabajando con nosotros. No quiero más problemas. No me da pena que no pueda ayudarte con el evento. Ahora es cosa tuya. Tendrás que demostrarme que no me equivoco al dejarte trabajar aquí. Ahora mismo, tengo mis dudas.

—Preferirías que me fuera, ¿entonces?

—Eso te gustaría, ¿verdad? ¿Crees que no sé que te mueres de ganas de irte? Pero necesitas el dinero, ¿me equivoco? Cuidado, que se invierten las tornas. Todavía puedo controlarte, Matthew, no lo olvides —me dice con voz comedida para que solo yo pueda oírla.

Obligado a tragarme mi orgullo, asiento con la cabeza. Voy a tener que esforzarme el doble para recuperar su confianza, y tal vez, cierto respeto por parte de mis colegas, que se dispersan y cuchichean. Poco después, la velada continúa como si nada hubiera pasado.

Mi mente está con Helena, que se ha ido llorando por mi culpa. Debería haber sido sincero. Debería haber asumido la responsabilidad de nuestros actos. En su lugar, he tomado el camino más fácil: la he enviado al matadero en vez de protegerla y ahora tengo que vivir con las consecuencias.

Betty se aleja para hablar con otros invitados y luego se escabulle silenciosamente de la fiesta. Necesito un poco de aire; necesito pensar en lo que acaba de pasar.

Mientras me dirijo a la salida, alguien me habla directamente:

—Imagino que estarás orgulloso, crack.

Kate.

No suelo juntarme mucho con ella, pero tengo entendido que es la mejor amiga de Helena.

—Si has venido a echarme la culpa, no te molestes. Ya tengo bastante con la mierda que me echo yo solo.

—Poco te torturas, me parece a mí, para lo que te mereces. Porque, ¿sabes? Helena amaba de verdad su trabajo. Y fíjate, tú también le gustabas. Pero lo has tirado todo por la borda para salvarte el culo. Le va a costar muchísimo encontrar otro trabajo y no me extrañaría que tuviera que irse de la ciudad.

Genial, justo lo que necesitaba: los reproches de su amiga.

—No sé cómo no se te cae la cara de vergüenza, Matthew —añade—. Helena no se merecía esto. Tan solo es la víctima de tus mierdas —escupe con una rabia palpable.

Agacho la cabeza. Sé que tiene razón. He actuado de forma egoísta. He pensado solo en mi situación y he priorizado mi bienestar.

Tengo que compensárselo de alguna forma.

—Lo sé. Sé que he hecho mal, pero no podía permitirme perder mi trabajo —murmuro.

—¡Ah, vale! En ese caso, no pasa nada, chaval... —dice ella—. Conservas tu trabajo, ¿verdad? Pues ¿sabes qué? Que has perdido el respeto de todos tus compañeros. En cuanto a mí, tendré que ayudarla a hacer las maletas...

Fría como el hielo, Kate se da media vuelta y desaparece.

A mi alrededor, cada risa, cada conversación animada me recuerda dolorosamente la ausencia de Helena y la forma repulsiva en la que he puesto fin a las cosas. Creo que será mejor que me largue lo antes posible. Me sentiré algo mejor en la oscuridad silenciosa de la calle.

Me dirijo a casa, haciendo eses por las callejuelas oscuras en las que no se oye ni un grillo. Con cada paso, siento que la distancia entre nosotros dos se hace más grande. Cuando llego a casa, el piso me parece extrañamente vacío y frío. Me dejo caer en el sofá, hecho un lío. A mi alrededor, solo hay penumbra.

Me odio.

Pienso en todo lo que ha pasado, en lo que he vivido con Helena: nuestras risas, nuestras conversaciones y nuestros momentos de intimidad. Lo he arruinado todo por cobarde.

Eres un miedica, un gallina.

Me vienen a la mente imágenes de la noche: la angustia en los ojos de Helena, la ira en los de Betty, los reproches de Kate... He cometido un error garrafal. Debería haber ido con la verdad por delante, haber asumido las consecuencias de mis actos. Pero en lugar de eso, he dejado, para no variar, que el miedo rijan mis actos, y ahora estoy solo, atormentado por el remordimiento y la culpa.

Las horas pasan lentamente y no consigo conciliar el sueño. El rostro angelical de la mujer a la que aún deseo (pero a la que he traicionado) se impone en mi mente, como si el universo quisiera torturarme sin piedad.

En momentos como este es cuando más necesito surfear. Esta noche he perdido lo que más me importaba. No solo he vuelto a caer en las garras de Betty, sino que Helena se ha quedado sin trabajo y probablemente no vuelva a saber nada de ella. Tengo que arreglar este desastre, sea como sea.

En esta vida, todo tiene solución, ¿no?

Helena

Escondida bajo la almohada, no dejo de llorar después de lo sucedido. ¿Cómo ha podido Matthew hacerme algo así? Tan solo quiero desaparecer, irme de San Francisco. Estoy peor que antes, si es que eso es posible. Parece mentira. Pensé que me vendría bien cambiar de aires y, al final, resulta que mi vida solo va de capa caída en esta ciudad.

Los pensamientos se agolpan en mi cabeza, cada uno más doloroso que el anterior. Me persiguen los *flashbacks* de Matthew, las imágenes de su rostro impasible mientras me rechazaba delante de todos. Las lágrimas caen silenciosas por mis mejillas. Tan solo siento dolor. Me ha traicionado.

Pienso en mi llegada a San Francisco. Cuando puse el pie en el aeropuerto, estaba llena de esperanza e ilusión. Solo soñaba con un nuevo comienzo. Me movía la ambición, el deseo de descubrir esta ciudad y florecer en un entorno distinto. Y ahora aquí me veis: destrozada, decepcionada por culpa de alguien en quien había empezado a confiar y por quien siento algo cada vez más fuerte.

Por desgracia, eso no ha cambiado.

La idea de marcharme, de dejarlo todo atrás, es cada vez más tentadora. San Francisco, que para mí era empezar de cero, es ahora sinónimo de desencanto. Mientras volvía a casa, parecía que todas las calles de la ciudad me recordaban la traición de Matthew. No creo que pueda curarme del rechazo que siento. Ni siquiera las preciosas vistas del Golden Gate podrían sanarme el corazón.

Siento que todo lo que he construido se desmorona a mi alrededor. Mi trabajo, mis amistades, mis sueños... todo parece haberse desvanecido de forma abrupta. Ahora solo queda un inmenso vacío. La desilusión es tan grande que me impide ver la salida.

Pero en medio de esta espiral de dolor, hay una vocecita, una chispa de rebeldía, una negativa a dejar que esta situación surrealista me defina, un deseo de volver a levantarme y demostrar que soy más fuerte que esto. Me recuerdo a mí misma que vine aquí para cambiar mi vida, para vivir mis sueños. No puedo dejar que una persona en un momento concreto lo eche todo a perder.

Vine aquí para pasar página, para olvidar lo que me pasó en Nueva York: esa promesa de compromiso desastrosa, esa ruptura que me partió el alma, ese trabajo aburrido del que no conseguía escapar. Os hablaría de mi vida pasada, pero no creo que merezca la pena. No le daremos el gusto a mi ex. En fin, en definitiva, me viene aquí porque es donde estaba Kate, mi mejor amiga... Y sigue estando.

Como si supiera que estoy pensando en ella, la pantalla de mi teléfono se enciende de repente. Es un mensaje suyo.

***Kate:** *¿Estás bien, amor?*

***Helena:** *No mucho...*

***Kate:** *Ya me lo imagino...*

*Siento lo que ha pasado.
¡Matthew se ha comportado
como un gilipollas!*

***Helena:** *Sí, desde luego se ha coronado.*

***Kate:** *¿Qué vas a hacer?*

Por el momento, no tengo ni idea. De verdad que no. Supongo que mañana aprovecharé mi nueva (y precaria) situación para dar una vuelta por la ciudad y descubrir de una vez por todas mi nuevo hogar.

***Helena:** *No sé.
Le daré vueltas.
Algo se me ocurrirá...*

***Kate:** *Intenta descansar un poco.
Y si necesitas algo, no olvides que estoy aquí.*

Paso la noche muy inquieta. Me cuesta mucho conciliar el sueño. Pienso en mi nueva vida y me digo que pronto voy a tener que sacarme las castañas del fuego. No puedo vivir de buena vibra y aire. Además, es evidente que ahora mismo no rebose energía positiva. Ni dinero tampoco; no hace falta que me lo recordéis. Puedo vivir un tiempo a base de arroz blanco, pero no es muy nutritivo.

Por la mañana, me despierto sin necesidad de alarma. Al darme cuenta de que mi cuerpo funciona como un reloj y de que en otras circunstancias debería estar preparándome para ir a trabajar, me entra la amargura. Cuanto más lo pienso, más me duele el corazoncito. Me encantaba esa librería.

Bueno, sí, no estoy ciega, había algunos inconvenientes. Para empezar, Betty y sus aires de tirana. Luego, mi atracción desmedida por Matthew y el terrible error que ambos cometimos antes de saber siquiera quiénes éramos. Pero aun así... ¡vivía por y para los libros! ¿Puede haber algo mejor? Estaba en mi elemento y, además, casi teníamos organizado un maravilloso evento literario que iba a reunir a un montón de autores de los alrededores en una velada magnífica.

Olvídate de eso, petarda...

Como tengo algo de tiempo libre, decido salir a dar un paseo por la ciudad, solo para empaparme un poco de la energía del gentío. Tengo que encontrar otra cosa que hacer. No soy de las que se rinden a la primera de cambio. Desde anoche, se me ha pasado por la cabeza más de una vez lo de irme sin mirar atrás, pero eso sería admitir la derrota y yo no soy una fracasada. Siempre lucho hasta el final para conseguir lo que quiero.

Con ese último pensamiento, me visto. Opto por un conjunto informal y cómodo, ideal para darme una vuelta. Quiero ser yo misma, ir a mi bola, ser independiente, lejos de las complicaciones de la librería y de Matthew. No pienso darles a mis padres la satisfacción de demostrarles que he fracasado.

Deambulo sin rumbo fijo. Apago el cerebro momentáneamente: son mis pies los que me guían. Paso junto a unas cuantas cafeterías animadas, unas tiendecitas adorables y un frondoso

parque. San Francisco es una ciudad viva y dinámica. Ahora recuerdo por qué vine aquí realmente. No fue solo para escapar de Nueva York y sus dolorosos recuerdos, sino también para ser una nueva versión de mí, una que no tuviera miedo a explorar lo desconocido, a arriesgarse.

Mientras paseo, le doy vueltas a lo que quiero en la vida. Me siguen apasionando los libros, eso no va a cambiar, por mucho dramita que haya habido en mi antiguo trabajo. Quizá pueda trabajar en otra librería, o incluso empezar algo nuevo, algo diferente. Tal vez podría seguir estudiando o emprender un proyecto que me apasione. Tal vez este sea el comienzo de algo nuevo...

¿Por qué no escribir?

Llevo años soñando con dar el paso, pero siempre esquivo el tema. La única persona a la que se lo he contado es a Matthew. Bueno, y algo le dije a Kate en su momento. Le conté lo que tenía en mente y, con su habitual dinamismo, me dijo: «Chica, ¿a qué esperas? ¡Ve a por ello!».

Tengo un proyecto al que... bueno, al que siempre puedo volver. Pero para eso, necesito un agente literario y estas cosas no surgen de la nada: primero hay que tragarse cientos y cientos de correos en los que te rechazan. A pesar de todo, quiero dar el paso. Aunque solo sea por mí.

En realidad, nunca he tenido tiempo para escuchar lo que anhelaba mi corazón. Es cierto: primero fueron los estudios; luego, el novio (o el supuesto prometido a largo plazo); más tarde, el trabajo. Ahora por fin puedo tomarme un respiro y dedicarme algo de tiempo. Así que, en lugar de ver esta situación como una pesadilla o un pozo sin fondo de tristeza, me lo tomaré como una intervención divina. Una oportunidad que no debo desaprovechar bajo ningún concepto.

Me detengo ante una tienda de materiales de arte y papelería, atraída por la colorida amalgama de cuadernos y bolis expuestos en el escaparate. En mis labios se dibuja una tímida sonrisa.

¿Por qué no? ¡Vamos allá, Helena!

Hace tanto tiempo que no me tomo el tiempo de escribir por el puro placer de crear... Llevo demasiado tiempo reprimiendo lo que quiero hacer, así que, sin pensármelo dos veces, entro en la tienda, arrullada por el dulce tintineo de una campanita en la parte superior de la puerta. Huele a papel fresco y tinta, un aroma que despierta recuerdos lejanos de mis tardes juntando palabras para expresar mis pensamientos más íntimos. Siempre me he dicho que era tan solo un *hobby*, pero eso es porque no he intentado ir más allá.

Quizá haya llegado el momento de dar el salto.

Deambulo por las estanterías, toco con las yemas de los dedos las tapas de los cuadernos, los hojeo y me dejo seducir por la textura del acabado y el peso. Finalmente, elijo uno con un fino revestimiento de cuero azul intenso y unos detalles preciosos. Es perfecto. Me recuerda a un viejo cuaderno en el que solía escribir mis historias cuando aún iba al colegio.

Al salir, me siento en un lugar tranquilo de la ciudad, armada con un bolígrafo de tinta negra que también he comprado, y me pongo a escribir. Las palabras fluyen con una facilidad sorprendente. Desarrollo los aspectos más básicos de mi novela, una historia que lleva años gestándose en mi mente, pero que nunca he tenido el valor de plasmar en papel.

Hasta ahora.

Concibo la trama, perfilo a mis personajes, imagino los giros argumentales y las idas y venidas que llevan al desenlace. Cada palabra, cada frase, es un paso más hacia un sueño que creía inalcanzable. Mientras escribo, siento cómo se enciende en mí la llama de la pasión. Es una sensación increíble, muy estimulante. Estoy perdida en mi propio mundo, un mundo en el que puedo crear, explorar y expresar libremente todo lo que siento, todo lo que soy.

El bolígrafo se desliza por el papel, construyendo las historias de unos personajes que poco a poco se hacen reales para mí. Es una vía de escape, un refugio, una fuente inagotable de alegría.

No sé cuánto tiempo paso así, inmersa en mi universo de tinta y papel. Cuando por fin levanto la cabeza, me sorprende ver que el sol ya se ha puesto en el horizonte. Me levanto llena de nuevas energías, vigorizada. Tengo un proyecto, una meta en la vida, algo que me pertenece y que nadie puede arrebatarme. Ni siquiera Matthew. Necesito canalizar toda esta nueva energía en algo creativo.

Algo para mí.

Cuando llego a casa, casi ha anochecido. Estoy agotada, pero de repente, llaman a la puerta. No sé por qué, pero por un momento, deseo que sea Matthew, lleno de remordimientos, dispuesto a disculparse y con la noticia de que todo está arreglado. El corazón me late con fuerza, pero en cuanto abro la puerta, veo a Kate, con una botella de vino en la mano y cara de derrota.

—Sé que no son formas de presentarme así, de repente... pero he traído vino. En fin, ¿te parece bien el plan?

En realidad, no me apetece nada... pero le agradezco el esfuerzo.

La dejo entrar, pero ni siquiera me fuerzo a sonreír. Pese a que hoy no he trabajado en la librería, no ha sido un mal día, si nos centramos en mi arrebato creativo. He sido una chica productiva.

Kate deja la botella sobre la mesa del salón y me da un abrazo.

—Siento haber tardado tanto. Anoche quise ir detrás de ti, pero te vi en la cara que necesitabas estar sola. He venido en cuanto he podido, después de... bueno, después del...

—Del trabajo, sí. No hace falta que te andes con rodeos.

Suspira pesadamente.

—En fin, no puedo creer lo que te ha hecho el muy idiota —dice, al fin.

Asiento con la cabeza. Otra vez ese nudo molesto en la garganta. El regusto a traición flota aún en el ambiente, pero me niego a dejar que el dolor me abrume.

—Sí, ya. ¿Pero sabes qué? Saldré de esta. Hoy he empezado a escribir —le digo mientras le enseño mi cuaderno nuevo.

Se le iluminan los ojos.

—¿En serio? Ay, Helena, ¿por fin vas a escribir tu novela?

Sonrío. Me estremezco de la emoción ante la idea de compartir mi pasión con ella.

—Sí, voy a hacerlo. ¡A darlo todo, amiga! Eso dices tú siempre, ¿no?

Nos sentamos en el sofá y Kate descorcha la botella de vino. Llena nuestras copas y brindamos por un futuro mejor, por nuevas oportunidades.

—¡Por tu nueva etapa! —dice Kate alzando la copa.

Alzo la mía y añado:

—¡Por un nuevo comienzo!

—Bueno, bueno, bueno, ¿así que vas a ser la próxima autora de superventas?

Casi me atraganto con el vino. Últimamente, estoy bebiendo más que en toda mi vida.

—A ver, sinceramente, lo dudo mucho. Y no lo hago por eso, Kate. Necesito escribir. Me urge. Es mi forma de expresar las cosas, ¿entiendes? Es un gran desahogo y llevo demasiado tiempo prescindiendo de ello.

—De acuerdo. Bueno... no querrás saber cómo ha ido hoy, ¿no?

En parte sí y en parte no.

—Venga, cuenta.

Kate da un sorbo a su copa de vino y me cuenta el día con todo lujo de detalles.

—Ha sido rarísimo sin ti. Betty ha intentado hacer como si no hubiera pasado nada, pero el ambiente estaba tenso. Matthew parecía ausente, distraído. Era como si estuviera arrepentido, pero vete a saber si es verdad. Se encerró en su despacho y continuó con los preparativos del evento. Al menos, eso fue lo que dijo. Y entonces Betty decidió ayudarlo. Bueno, podría decirse que han pasado el día trabajando juntos. Mierda, no debería haberte dicho eso último, ¿verdad?

Escucho atentamente, tratando de mantener mis emociones a raya. Me alegra que Matthew tenga remordimientos, pero me recuerdo a mí misma que ya es demasiado tarde para eso. Pero cuando menciona que Betty está intentando volver a ponerle las manos encima, me da un pinchazo en el corazón. Será mejor que cambie de tema.

—¿Y Ray qué?

—Ah, pues... ha intentado hacerse la víctima, pero nadie se lo cree. Me da que la gente está empezando a ver cómo es en realidad.

Asiento con aire pensativo. Cuesta creer que todo esto haya ocurrido en tan poco tiempo. Ha sido como si hubiera pasado un huracán por mi vida y me hubiera dejado exhausta, perdida y en un caos emocional de cuidado. Todo cambió en un abrir y cerrar de ojos, pero estoy empezando a ver la luz al final del túnel.

—Escucha, Helena —dice Kate, poniéndome la mano en la rodilla—, ahora tienes que centrarte en ti. Olvídate de Matthew y de la librería. Tienes un talento increíble y estoy segura de que vas a llegar lejos. ¿Me has oído?

Le sonrío, agradecida por su apoyo.

—Gracias, Kate. Tienes razón. Es hora de concentrarme en mí y en mis proyectos. Y tú deberías hacer lo mismo, ¿o no?

Mi amiga me mira desconcertada, como si no supiera de qué estoy hablando. Frunzo el ceño para que me entienda.

—Ah, ¿te refieres a Travis? ¿Qué tiene eso que ver? Lo nuestro es solo un tonto superficial. Bueno, a quién quiero engañar, no lo es. Ojalá pudiera mover ficha tan deprisa como tú hiciste con Matthew, pero, para ser sincera, me está costando.

Sonrío al ver a Kate tan rayada. Es bueno ver que ella también tiene sus propios retos, sus propias batallas que librar. Me recuerda que la vida sigue, a pesar de los reveses y las decepciones de cada uno.

—Kate, cada historia es diferente. Tómate tu tiempo con Travis. No tiene por qué ser una carrera —le digo, guiñándole un ojo.

—Tienes razón, no tiene por qué. Pero tía, cada vez que lo veo, me arden las bragas. No gano para ropa interior. ¿Cuándo se va a lanzar? ¿Es que tengo que hacerlo todo yo?

No puedo evitar soltar una carcajada ante el comentario de Kate. Nunca sacrifica el sentido del humor, ni siquiera en las situaciones más complicadas. Al menos consigue distraerme de los problemas de anoche...

—Bueno, chica, no sé, quizá deberías invertir en materiales más resistentes —sugiero entre risas.

Ella se ríe conmigo. Me siento como cuando éramos adolescentes y aún no habíamos sufrido las consecuencias de la vida adulta.

—¿Crees que harán bragas ignífugas? —me pregunta con cierta seriedad.

—Si no, ¿a qué esperas? Es un nicho que puedes explorar... —le respondo, divertida.

Dejamos atrás nuestras preocupaciones y dramas y seguimos un rato riendo y charlando.

Necesitaba este momento de relax con mi amiga.

—En serio, Kate, eres la mejor. Estoy segura de que las cosas saldrán bien con Travis. Te mereces a alguien extraordinario y sé que lo encontrarás —añado con sinceridad—. Y si no es con él, será con otro. Si tuviera que enumerar tus cualidades, diría que eres divertida, loca y bastante guarra. ¿Él es así? Que lo demuestre.

—Espera, espera: si se trata de Travis, soy un putón verbenero —me corrige—. Casi como tú con Matthew.

—¡Hala! ¡Serás...! No me hables de eso, porfa.

De repente, hemos vuelto a un tema más delicado y un poco menos divertido. No esperaba que un simple comentario tuviera tanto poder sobre mí y, sin embargo, aquí me tenéis. Lo admito: me gustaría tanto volver a verle...

—Bueno, en cierto modo, me siento un poco culpable de todo esto —confiesa mi amiga—. Porque, sin mí, no le habrías conocido en estas circunstancias. Ha sido todo por ese perfil de Tinder que te creé, ¿sabes?

No la culpo. Porque, aunque todo sea un caos y mi corazón esté hecho pedazos, Matthew es, sin duda, uno de los mejores rollos que he tenido. Y eso que ni siquiera fuimos nada.

—No te sientas culpable. La ha cagado él, con la historia de su ex y la sucia de anoche.

—Si te hace sentir mejor, —continúa, gesticulando como de costumbre—, todo el mundo se lo está haciendo pasar mal. No creo que aguante mucho más en la librería.

Eso tampoco es lo que yo quería...

Sé por qué sigue en la librería. Está ahorrando para cumplir su sueño. Si no, lo habría dejado hace mucho tiempo. Aunque esté enfadada con él, no quiero que pase por un infierno en el trabajo.

—Yo no quería eso, ¿sabes, Kate?

—Eres demasiado buena. No se merece tu compasión.

Kate parece realmente enfadada. Se moja los labios en el vino, sin duda para calmarse. Su apoyo incondicional me hace muy feliz, pero el sufrimiento de Matthew no va a devolverme el trabajo. Lo único que puedo hacer ahora es concentrarme en mí misma y en el nuevo proyecto. Y él, pues bueno... Ya verá. Que sea lo que tenga que ser.

—Y tú eres una guarrona perversa, y pronto tendrás a Travis a tus pies.

Me sonrío, conmovida por mis palabras.

—¿Me dejarás ser la madrina de vuestro hijo? —pregunto, entre risas.

—Obviamente. Claro que sí. Venga, vamos a hablar en serio por una vez.

Se pone seria, algo que me extraña, y dice:

—Sé que te ha hecho daño, sé que probablemente quieras pincharle las ruedas del coche, pero... ¿quieres recuperarlo?

¿Rajarle las ruedas al Mustang? Eso sería un desperdicio...

La verdad es que, al menos, me gustaría volver a verle. Así podríamos arreglar las cosas.

—Solo quiero una confrontación. Que me explique las cosas, ¿sabes?

—Bueno, pero está claro cómo acabaríais —dice, poniendo los ojos en blanco.

—No. Esta vez no. Nada de calentones. Créeme. Solo una confrontación.

Será duro, pero necesario.

Matthew

Han pasado quince días. Quince días sin noticias de Helena. Ni una palabra. Nada de nada. Tampoco es que esperase un mensaje de ella, para qué mentir. No después de lo que hice. Pero a veces soy tan tonto que confío en los milagros.

Ando en círculos por mi piso, absorto en mis pensamientos. Cada día que pasa me recuerda más y más la magnitud de mi error. Dejé marchar a Helena, prioricé mi proyecto de futuro en lugar de defenderla, y ahora me siento vacío y solo. Cada vez que voy a trabajar es como si me clavarán un cuchillo en el estómago, porque ella ya no está. Siento su ausencia por todas partes.

Por desgracia, por mucho que siga esperando a que alguien superior interceda, el universo me ha demostrado que los milagros solo se dan en Navidad. Además, si tengo que confiar en que Betty haga algo por ella, ya puedo esperar sentado. Sé que no moverá un dedo por la pobre Helena. Su veredicto es irrevocable.

Ahora mismo, San Francisco, ciudad de sol, alegría, surf y playa, me parece tan gris como la costa este.

No dejo de mirar el móvil, como si, contra todo pronóstico, fuese a llegarme un mensaje de Helena. Me encantaría saber si sigue pensando en mí, si aún hay una oportunidad de arreglar las cosas. Pero una vez más, no hay notificaciones.

Me pregunto qué estará haciendo, por dónde andará, si habrá encontrado un nuevo trabajo, si será feliz. Ojalá lamente lo que pasó entre nosotros tanto como yo.

Estoy terriblemente arrepentido y me siento impotente. Debería haber sido sincero desde el principio, debería haberla apoyado, haber arriesgado mi puesto de trabajo por ella. Pero no lo hice, y ahora estoy pagando el precio de mi cobardía.

Yo no soy así, joder... ¿Cuándo me volví tan egoísta? ¿Acaso Betty me ha contagiado su frialdad?

Siento un vacío enorme por su partida. ¿Debería intentar contactar con ella, disculparme, subsanar mis errores? No. No quiero hacerle más daño. Parece que el pasado ha dejado una huella bastante dolorosa en mí, y hasta que no lo supere, no quiero joder a nadie más.

Vas a tener que buscar ayuda, campeón...

Mientras me retroalimento con el bajón, oigo que llaman a la puerta. ¿Será Helena? Después de todo, sabe dónde vivo. No lo descarto.

—¡Ey, cabrón perezoso! ¡Sé que estás ahí!

Es la voz de Anton. Probablemente esté con...

Abro la puerta y confirmo mi teoría. No viene solo: Derek también se ha pasado por aquí.

—¿Qué haces, tío? —dice el segundo.

Debo tener un aspecto horrible. Sin afeitarse, reventado, con ojeras y, además, mustio, porque no dejo de pensar en ella.

¡Esto es un sinvivir!

Sin pedirme permiso, Anton entra en el piso, seguido de Derek.

—Por favor, pasad, esta es vuestra casa... —digo con ironía.

—¡Lo sabía! —dice Anton al ver un libro tirado en mi sofá—. ¡Poesía! Estás en la mierda.

Te conozco, cabroncete... Es sábado, hace un día precioso fuera y tú estás leyendo poesía. ¿Te parece normal?

—Déjate de poemitas, chaval. ¡No pareces tú! —dice Derek, acomodándose en el sillón—. Eso es cosa del Matthew deprimido. Pero no te preocupes: estamos aquí para sacarte de la cueva. Bueno, cuéntanos. ¿Qué te pasa?

Suspiro. Miro a mis amigos y me doy cuenta de que tienen razón. He caído en una espiral de melancolía desde que Helena se fue, y han tenido que venir estos dos a sacarme de casa.

—Pareces un zombi —continúa Anton, mirándome la cara de cerca—. ¿Has comido siquiera?

—Tío, que no eres mi madre... Claro que como —murmuro—. ¿Cómo sabíais que estoy aquí hecho mierda? Si ni me habíais visto la cara...

Mis amigos intercambian una mirada cómplice.

—Bueno, no has venido a surfear con nosotros. Teníamos dos teorías: o estabas deprimido o habías sido abducido por extraterrestres.

—También podría haberme puesto enfermo....

Anton se ríe a carcajadas.

—Sí, claro... Te he visto surfear con casi 40 °C de fiebre, medio muerto, y aun así, te empeñabas en pillar la ola. Así que, como buenos amigos que somos, se nos ocurrió que quizá tenías algo que contarnos. Dime, ¿lo tienes?

Bueno, no soy de los que gritan *mayday* cuando las cosas no van bien... Normalmente me lo guardo todo para mí y ya está. No suelo buscar ayuda. Supongo que eso es un error.

—Sí, tal vez sí. En plan... estuve de rollo (¿creo?) con una chica y...

—Espera, ¿con la chica que te gustaba? ¿Con esa? —pregunta Derek.

—Sí. ¿Me dejas que termine de contar?

—¡Derek y yo pensábamos que nos lo habías dicho para que no indagáramos por nuestra cuenta! —responde Anton.

Derek lo mira con reprobación y lo manda callar, como si no quisiera que me enterase de que lo habían comentado a mis espaldas.

—Escucha, tío —dice este último, poniéndose en pie—, no vamos a dejar que te quedes en el sofá con cara de perro. Hay que sacarte de aquí como sea. Es sábado, podríamos estar surfeando. ¿Qué hacemos todavía en tu casa?

Anton asiente y me mira fijamente, esperando respuesta.

Los miro por turnos, dudando. Una parte de mí preferiría quedarse en casa dándole vueltas al asunto, pero la otra sabe que encerrarme solo empeorará las cosas.

—No sé, es que...

—No aceptaremos un no por respuesta —suelta Anton.

—Está bien... —digo al fin entre suspiros—. A surfear entonces...

—Joder, crack, ¡eso sí que es entusiasmo!

Se echan a reír, contentos de que acepte su propuesta, aunque sea a regañadientes. Cogemos nuestras cosas a toda prisa y nos dirigimos a la playa. Por el camino, intento concentrarme en la conversación, pero mis pensamientos no dejan de divagar.

Vas a tener que esforzarte más, Matt.

Cuando llegamos a la playa, me siento un poco mejor. La suave brisa, el sonido de las olas, el tacto de la arena bajo mis pies... todo ayuda a calmar mi mente agitada. Veo a Anton y a Derek calentando: sus risas y su actitud despreocupada me hacen sonreír.

Una vez en el agua, me dejo llevar por la sensación de libertad que siempre me proporciona la tabla. Vuelvo a sentirme vivo y, por un instante, dejo de sufrir.

Cuando nos cansamos de coger olas, los tres nos sentamos en la playa con una cerveza en la mano. Los pequeños placeres de la vida me hacen olvidar que dos mujeres han puesto mi mundo patas arriba. Aunque bueno, yo tengo gran parte de la culpa...

—Bueno, va, que nos tienes hartos —dice Derek—. Nunca te habíamos visto así, así que empieza hablar.

—Es verdad, tío, ni siquiera cuando lo dejaste con Betty —añade Anton—. Es un tipo distinto de bajona. ¿Te acuerdas de cómo estaba cuando se liberó de esa petarda? Recuperó la libertad y se le veía contento. ¿Verdad que sí, «peluchito»?

—Cállate un mes —gruño.

Para quitarme el regusto amargo de ese apodo de pacotilla, le doy un trago a la cerveza y me quedo mirando el océano.

Bueno, en realidad, mi amigo no se equivoca del todo. El día que Betty y yo rompimos fue uno de los mejores de mi vida, por así decirlo. Al principio no me percaté, pero al día siguiente, todo se volvió evidente. Había recuperado una parte de mí que creía perdida.

—¿Vas a contarnos lo que ha pasado o te lo vamos a tener que sonsacar a base de cerves?

—Joder, tíos, qué insistentes estáis...

Respiro hondo y me armo de valor para desembuchar lo que me tiene de los nervios. No me dejo ni un solo detalle. Insisto en lo cobarde que he sido. Mis amigos abren los ojos como platos y, por una vez, ni siquiera me interrumpen cuando hablo, ¡cosa rara!

—Pues, ale, ya está. Lo sabéis todo —confieso.

Nadie abre la boca. Mis colegas evitan la conversación y se miran de reojo.

—¿Por qué estáis tan callados? ¿Qué coño os pasa?

—Nada, nada... es que... ¡Joder, tío, vaya cagada! —dice Derek.

Conque solo querían echarme la bronca...

—Bueno, dejando eso de lado, ¿la quieres? —pregunta Anton.

En cuanto pronuncia estas palabras, mi corazón empieza a latir con fuerza. Es una pregunta muy profunda para venir de Anton.

Supongo que, a estas alturas, cualquiera puede sorprenderme...

En fin, volvamos a lo principal: ¿Quiero a Helena? Es difícil decirlo. Me encanta su piel, su olor, su carácter dulce, pero también sus arrebatos de ira, nuestras conversaciones, pero también el hecho de que, a veces, no nos haga falta hablar para entendernos. Jamás he encontrado algo así en otra chica.

Pienso en todas las veces que nos hemos acostado, en la química que había entre nosotros, en lo vivo que me hacía sentir.

—No sé, tío —digo finalmente—. Siento algo muy fuerte por ella, algo que no había sentido en mucho tiempo. Pero de ahí a llamarlo amor...

Derek me da una palmada en el hombro en señal de apoyo.

—A veces uno no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde.

—Eso es muy profundo, *bro*¹... —añade Anton.

—¿Has visto? —responde Derek mientras le guiña un ojo.

Por muy cazurros que sean a veces, eso último me ha calado hondo. Es exactamente lo que siento. Puede que haya perdido algo maravilloso con Helena, algo que puede que no vuelva a

encontrar en otra persona.

Y me doy cuenta ahora, ¿qué os parece?

—Quizá deberías intentar volver a verla, hablar con ella —sugiere Anton—. No puedes quedarte así, hecho una mierda. No nos gusta verte tan pocho.

Asiento. Tiene razón, pero me da miedo la confrontación. Temo lo que Helena pueda decirme. Después de todo, la he traicionado y tiene mil motivos para no volver a dirigirme la palabra.

—Me lo pensaré —les digo—, pero vamos, que sé que lo tengo que hacer.

He de encontrar la manera de hacer las paces con Helena, de reparar el daño que he causado. Quien no arriesga, no gana, ¿no?

La noche cae lentamente sobre la playa y nos quedamos allí un rato largo. Contemplo las olas rompiendo en la orilla. He cometido un error, pero quizá no sea demasiado tarde para arreglar las cosas. Tal vez aún haya una oportunidad para nosotros dos.

—Necesito vuestra ayuda —digo, milagrosamente—. Quiero recuperar a Helena, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. ¿Se os ocurre algo?

Mis dos amigos ponen cara de sorpresa. No se esperaban que les pidiera ayuda.

—¿Estás seguro de que no te han abducido los extraterrestres y te han devuelto a la Tierra? Tú, Matthew Anderson, ¿no sabes cómo camelarte a una chica? —dice Derek, sonriente.

—A ver, dejad trabajar al maestro... —dice Anton—. Sigue mis instrucciones al pie de la letra y confía en mí, ¿vale?

Parece mentira que sea Anton quien me va a sacar del apuro. De todos modos, confío en que mi último recurso dé resultado.

¹ N. de la T. Del inglés *brother*. Significa «colega», «tío».

Helena

¡Din! Un mensaje ilumina la pantalla de mi móvil.

¿Cómo, de Matthew?

Es domingo, así que no me lo esperaba. Estoy mosqueada y aliviada a partes iguales. No lo veo desde el incidente y tampoco he tenido noticias de él, más allá de lo que me dijo Kate hace dos semanas, así que tal vez este mensaje sea una señal del destino. El corazón me late con fuerza. Si mi amiga estuviera aquí, a mi verita, probablemente le pediría que le respondiera por mí, porque me da pánico lo que pueda pasar.

***Matthew:** *Tenemos que hablar.*

Bueno, ha sido claro. Eso no se lo quita nadie. Breve, pero claro. Y ahora, ¿qué le respondo? Empiezo a escribir un: «No jodas».

¿Qué? ¡No! Vaya mierda de respuesta, Helena. Se va a pensar que echas humo. Aunque, pensándolo mejor, ¡estoy que trino!

Bien, borremos la respuesta anterior y empecemos de nuevo: «¡No me apetece hablar contigo!». *¡Mentira!* Otra vez liándola. Claro que quiero hablar con él. Quiero una explicación y no puedo desaprovechar esta oportunidad.

¡Será cabrón! Todavía me tiene hechizada, pese a todo lo que ha hecho. Maldito Mustang...

Tecleo en el móvil, y cada dos segundos, dejo el dedo suspendido sobre la pantalla, vacilante. Algo tendré que decirle, pero ¿qué? No le voy a dejar en leído. Va a estar complicado, porque todo lo que se me ocurre me parece quedarme corta o pasarme cuatro pueblos. Siento que sigo bajo su yugo, a pesar de la rabia y de lo decidida que estoy a pasar página.

Finalmente, tecleo:

***Helena:** *¿Hablar de qué, exactamente?*

Un tono neutro y directo, pero que le permite explicarse en cierto modo. A ver qué tiene que decir el muy imbécil. Os confieso que una parte de mí teme que vuelva a hacerme daño con sus palabras. Si Kate estuviera aquí, me diría que no le mandase algo así, pero como no está, habrá que apañárselas. Además, ya le dije que quería hablar con él en plan Rottemeier¹.

Permanezco sentada, con el teléfono en la mano, esperando su respuesta. Los segundos se alargan hasta convertirse en minutos, y el tictac del reloj resuena en mi cabeza.

Qué tensión. ¿Por qué seré tan impaciente?

Finalmente, llega la notificación que tanto espero, que hace vibrar mi teléfono. Me estremezco y miro la respuesta de Matthew.

***Matthew:** *He cometido un error.*

Quiero pedirte perdón en persona.

¿Qué tal mañana?

Se me encoge el corazón. Ahora sí que sí: voy a tener que enfrentarme a lo que he intentado dejar atrás estas últimas semanas. Me da miedo, pero por otra parte, necesito un final, necesito entender por qué hizo lo que hizo. Me da igual que para él no supusiera nada. ¡Bueno, eso es mentira, pero necesito que se explique de una vez por todas!

Lo nuestro podría haber sido tan distinto...

***Helena:** ¿Dónde y a qué hora?

***Matthew:** Pasaré a por ti.

Es una sorpresa. Mañana a las 15 h, ¿vale?

¿Una sorpresa? Se ha envalentonado...

Después de lo que me ha hecho, creo que me merezco que me diga qué coño planea. Recelo un poco de sus palabras, pero también me da curiosidad. ¿Qué habrá pensado? ¿Es buena idea dejar que me lleve a algún lugar que no conozco?

Dejo el móvil y me tumbo mirando al techo. Pues nada, decidido: mañana quedo con Matthew. Quizá así obtenga algunas respuestas. Voy a tener que prepararme mentalmente para verlo.

Sé fuerte, Helena.

Pase lo que pase, no debo dejar que mis sentimientos me abrumen. No quiero volver a perder los nervios. Eso no sería bueno para mí.

Paso la mayor parte de la noche pensando en el temita. Leo y releo su mensaje una y otra vez. *Una conducta muy sana por mi parte, sí, sí.* No dejo de pensar en qué leches querrá de mí a estas alturas.

Lo peor es que empiezo a entender a Kate cuando me preguntó si creía que venderían bragas ignífugas en algún sitio. No sé por qué, pero Matthew me pone a mil en cualquier circunstancia. Ya me diréis qué sentido tiene babear por él con todo lo que me ha hecho. ¡Pero es que tiene un poder absurdo sobre mí! Aún lo he visto y ya puedo sentir su mirada penetrante como si estuviera aquí, en mi cama.

En fin, mañana será otro día.

15:09 h. El Mustang se detiene frente a mi casa. El corazón me late con fuerza. Llevo toda la mañana preparándome para este momento. Hasta he practicado un discursito que me sé de pe a pa. Y todo para no meter la pata. Venga, va. Voy a pasar un ratito con él, así que hay que sonsacarle respuestas.

Ahora no la cagues, guapa.

Estoy mentalizada como nunca. Casi estoy más preparada que para una entrevista de trabajo o un examen oral. Me repito esa última frase una y otra vez mientras bajo las escaleras hacia el portal de mi edificio. Siento que las piernas me pesan una tonelada. Qué ansiedad. Preferiría tumbarme en el suelo y quedarme ahí para siempre, hecha un flan.

Matthew Anderson, el hombre que me destrozó hace apenas dos semanas, está esperándome fuera. Podría decirse que soy más tonta y no nazco. Una debería volver siempre a lo que le hace

bien, y no a la inversa, ¿verdad?

Me acerco a la puerta despacio, con la respiración ligeramente entrecortada por los nervios. Matthew está de pie, apoyado en su Mustang, con un aspecto a la vez confiado e inseguro. Lleva una camisa de lino azul marino con un par de botones desabrochados, con lo que deja ver su piel bronceada. También viste unos vaqueros ligeramente anchos, pero que le hacen un culazo. Lo sé porque, durante unos segundos, se gira y me da la espalda. Eso me permite ver que tiene el pelo ligeramente despeinado. En resumen, luce informal pero arreglado.

Me cuadra con el estilo de la primera cita...

De repente, se vuelve a girar y me mira. En sus ojos veo un destello de esperanza y preocupación. Calza unas zapatillas sencillas pero elegantes, que completan su *look* informal. Vaya rollazo tiene este chico. Aunque lo suyo es natural, parece que se ha esforzado. Sin dejar de ser fiel a su estilo, ha querido cuidar las apariencias.

Me detengo a unos pasos de él, con el corazón acelerado. Es el momento de la verdad. Respiro hondo y trato de armarme de valor. Estoy dispuesta a escuchar lo que tiene que decir, pero también a defenderme, a mantenerme firme.

A por él, chica.

—Hola.

—Hola, Helena.

Matthew me mira intensamente. Sus ojos azules reflejan una emoción bastante compleja que no consigo descifrar. Se queda callado, como si supiera de sobra lo importante que es este momento para los dos. Me escruta brevemente, tal vez intentando leer mis pensamientos.

Que no se te note, Helena. Haz caso a Lady Gaga y pon cara de póker.

Luego, sin mediar palabra, abre la puerta del copiloto con elegancia despreocupada, un gesto muy propio de él. Me invita a subir, con un aire serio pero irresistible. Está buenísimo cuando se hace el misterioso y no puedo evitar mirarlo embelesada. *Tonta*. Me siento como si tuviera 18 años otra vez.

Me acerco al coche, vacilante, pero finalmente, subo. Matthew cierra suavemente la puerta tras de mí y se sienta al volante para arrancar el coche. Tiene la mirada fija en la carretera, como si quisiera evitar que lo acribille a preguntas. Se palpa la tensión, pero intuyo una especie de respeto silencioso en su actitud. No sé cómo tomármelo. No me esperaba acabar subida a su coche.

Poco a poco, nos alejamos de mi piso. Matthew permanece en silencio. Por suerte, la carretera y la suave música de fondo llenan el vacío entre nosotros. Me siento a la vez intrigada y ansiosa. ¿Qué tendrá planeado? ¿A dónde me llevará?

—¿Vas a hablar, o...?

Cuánto suspense. Puede pasar cualquier cosa, y siento que el corazón me late con fuerza en el pecho, expectante. Se me acelera la respiración.

—Al principio pensaba hacerlo —admite sin apartar la vista de la carretera—, pero entonces recordé que entre nosotros dos no hacen falta palabras.

Trago saliva. No sé qué responder a eso. Por otra parte, quedarme callada sería admitir que estoy bajo su hechizo, ¿no?

El coche sigue su camino. Nos alejamos de las concurridas calles de la ciudad hacia un destino desconocido. El silencio se espesa, se alarga infinitamente. Le observo de vez en cuando, intentando descifrar qué estará pensando tras su mirada evasiva.

A este paso, no voy a poder cantarle las cuarenta...

Finalmente, el Mustang aminora la marcha y se detiene en una playa desierta, lejos del bullicio de la ciudad. Poco después, nos bajamos. Matthew sale con los brazos bien cargaditos.

—¿Dónde estamos?

—Bueno, Woodstock, ya te enseñé uno de mis lugares favoritos. Pues bienvenida a otro de ellos. Te llevé a esa colina a la que siempre voy para estar solo con mis pensamientos, ¿recuerdas? Pues este es el lugar al que vengo a surfear con mis amigos. Aquí me siento en paz.

—Y... ¿qué es todo eso? —pregunto, señalando un montón de cosas que lleva bajo el brazo, así como una bolsa larguirucha con forma de tabla de surf—. Espero que no estés planeando asesinarme, disolverme en lejía y enterrarme en esta playa...

¿Por qué siempre tienes que soltar comentarios tan ridículos, Helena?

Matthew sonrío de todos modos y emprendemos la marcha por la cálida arena.

—Esto, querida, son provisiones: cervezas baratas, sándwiches hechos por mí, un ramo de flores para cierta chica, una tabla de surf y un poemario que me encanta. Es de Charles Bukowski.

¡Ojo al lector! Ese autor podría ser una red flag², pero me da que va a jugar a su favor...

—Pensaba que íbamos a hablar. Quiero una explicación, Matthew. Por cierto, ¿quién te ha dado permiso para llamarme «Woodstock» o «querida»? Tienes todas las de perder.

—No te piques, anda. Vamos a hablarlo, tranquila —responde en voz baja, mientras monta el chiringuito en la arena—. Pero antes quería crear un ambiente propicio, un lugar donde pudiéramos ser nosotros mismos, sin presiones.

¿Y para eso hace falta sacar a Bukowski? Bueno, nunca juzgues un libro por la portada. A no ser...

Nos sentamos en la arena, frente al océano. Matthew saca los sándwiches y me da uno. Lo cojo, todavía un poco recelosa, pero no puedo negar que este sitio es preciso. El mar me relaja.

Abre una cerveza y me la pasa. Nuestras manos se rozan ligeramente y siento que una chispa, un recuerdo de lo que nos unió en su momento, salta entre nosotros. Cojo la cerveza. Nuestros ojos se encuentran y percibo en los suyos un atisbo de sinceridad. Parece vulnerable, como aquella vez en la que hablamos de su pasado. Nos quedamos un ratito allí, comiendo y bebiendo en silencio.

—Bueno, pues empiezo yo. En primer lugar, quiero pedirte disculpas, Helena, por todo. Nunca debí ponerte en una situación así. Actué por miedo y egoísmo, y siento en el alma lo que hice.

Su voz es suave, pero está llena de emoción. Escucho atentamente, intentando que no me estalle el corazón, pero me cuesta. Las palabras de Matthew y el romper de las olas acallan poco a poco mi ira.

—He pensado en ti todos los días desde entonces —continúa—. No sé si puedo compensarte por lo que hice. Si me dejaras... En fin, me gustaría intentarlo. Las semanas que pasé contigo significaron mucho para mí. Me importas más que el trabajo o que escaparme en mi furgoneta.

Me quedo callada, asimilando sus palabras. Una parte de mí quiere gritarle, decirle que me ha destrozado, pero otra se conmueve ante su sinceridad.

—No sé qué decir, Matthew. Me has hecho mucho daño y yo...

Él asiente.

—Lo sé. Y entiendo que no quieras saber nada más de mí. Solo quería que supieras la verdad. Además, antes de que te negaras a hablar conmigo, quería... enseñarte lo que me

apasiona en esta vida. Lo que me hace sentir realmente libre, ¿sabes?

—¿Te refieres al surf?

Una chispa de picardía recorre sus ojos.

—Chica lista. En lo que a ti respecta, Helena... fui un capullo y al final destrocé lo que teníamos. Pero quería decirte que no está todo perdido.

Levanto una ceja. ¿A qué se referirá?

Matthew agacha la cabeza y suspira pesadamente.

—Lo he arreglado, Helena.

—¿Cómo?

—Betty está empeñada en que trabaje en la librería pase lo que pase. Sabe que no duraría mucho sin mí. Además, quiere tenerme cerca todo el rato, así que... Bueno, ya sabes cómo es. En fin, decidí hacerle una oferta que no podría rechazar.

Referencia a El padrino. Bien usada, teniendo en cuenta que es una tirana.

Joder, qué intriga. Me quedo callada y bebo de sus palabras.

—Ha aceptado volver a contratarte y hacer la vista gorda con lo que sucedió.

—Espera, espera —le interrumpo—. ¿Qué dices?

—Pues que, si volvieras, podrías ser la jefa del departamento, tu jornada laboral sería más corta y te pagarían más...

Le miro fijamente a los ojos, pero enseguida me rehúye.

—¿A cambio de qué, exactamente?

—Helena, eso es todo lo que necesitas saber.

—Matthew, dímelo. ¿Qué le ofreciste?

—Soñabas con trabajar en una librería, ¿no? Querías hacer vida aquí y yo la cagué. No tenía ningún derecho. He intentado compensarte; quédate con eso.

Sacudo la cabeza.

—No. Ni de coña. ¡Tú también eres importante!

—No digas tonterías. Lo he hablado con Betty y ha aceptado. Mañana, si quieres, puedes volver a la librería. Yo seguiré allí. Me trasladarán a otro departamento y no seré tu... superior directo, ya me entiendes. Pero tendré que quedarme unos años más. Me he comprometido con la librería a muy largo plazo. Ese es el trato.

¿Su libertad... a cambio de mi reincorporación? Vamos, que ha priorizado mi sueño al suyo.

Estoy aturdida. ¿Ha sacrificado su libertad, sus aspiraciones en la vida, para permitirme satisfacer mi ambición? Es un gesto increíble, pero al mismo tiempo, me duele el corazoncito. No puedo aceptar semejante idea de kamikaze. Para mí, es una gran oportunidad trabajar con libros y seguir escribiendo, pero todo esto va a tener consecuencias en la vida de Matthew.

—Matthew, yo... no puedo aceptar algo así —susurro con la voz entrecortada por la emoción.

Él me mira. Sus ojos reflejan la misma tristeza que yo siento.

—Ya está hecho, Helena. Era la única manera. No podía dejar que pagaras por mis errores. Esta es mi forma de reparar el daño, de devolverte lo que te quité. Le dije a Betty que lo haría, así que...

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas. Es un gesto muy noble, pero terrible para él. La idea de que se sacrifique por mí me hace sentir aún más culpable.

—Pero Matthew, ¿qué hay de ti y de tus sueños? ¿Qué hay de tu futuro? Me hablaste de tu furgoneta, de tu idea de viajar por la costa oeste...

Se encoge de hombros y me sonrío.

—¿Mis sueños? Ahora ya no importan. Lo que importa es que tienes la oportunidad de hacer realidad los tuyos. Lo mío puede esperar. Tan solo tengo 27 años. Algo se me ocurrirá.

Sacudo la cabeza, agradecida y ansiosa a partes iguales. ¿Cómo puedo alegrarme de volver al trabajo sabiendo que es a costa de su felicidad?

Además, ¿qué coño? ¡A la mierda! Perder este trabajo me ha servido para espabilar, así que no voy a volver a caer en las redes de Betty.

—No puedo aceptarlo, Matthew. Todo esto no está bien. Tiene que haber otra manera.

Suspira y se pasa una mano por el pelo, claramente frustrado.

—Helena, ya está hablado. He tomado mi decisión. No tienes por qué sentirte culpable. Es mi decisión, no la tuya.

—¿Cómo que no? Tus actos, tengas o no buenas intenciones, me conciernen, así que claro que tengo voz y voto. ¿No lo entiendes, Matthew?

Dios, de verdad que a veces me agota tener que educar a los tíos...

Miro hacia el océano, absorta en mis pensamientos. Es evidente que quiero recuperar mi trabajo en la librería, pero desde luego, no a expensas de Matthew. Me pregunto si alguna vez podré perdonarme a mí misma, o a él, por esta elección.

¿Refugiarse en la estabilidad o dar un salto al vacío? Tú eliges, nena. Solo se vive una vez.

—En fin —añade—, ya que estoy a punto de perder mi libertad, quería saborearla contigo. ¿Me concederías un pequeño salto al océano, un ratito de disfrutar de las olas conmigo? Me encantaría enseñarte un par de cosas sobre el surf.

—Pero... ni siquiera llevo bikini...

Matthew sonrío y saca un bañador de la bolsa que ha traído.

—Pensé que dirías algo así. Estaba bastante seguro de te habrías venido a San Francisco ropa de playa. ¿A quién se le ocurre?

Me pasa un bañador azul marino, con tirantes finos y espalda de nadador. El tejido parece de buena calidad, suave al tacto, y tiene las costuras de color blanco.

Pues nada, es evidente que lo tenía todo planeadito...

Me quedo un segundo callada. Miro a Matthew y luego me vuelvo hacia la tabla de surf. Jamás he surfeado. Estoy emocionada, pero me da un poco de miedo. En fin, tiene razón: la vida está para vivirla, para arriesgarse, para experimentar.

—Lo tenías todo pensado, ¿verdad?

Ahí está de nuevo: su sonrisa encantadora. Me muero por él.

—Hasta el último detalle. Bueno, qué me dices, ¿te animas? No te preocupes, que me giro para que te pongas el bañador. Aunque no hay nada que no haya visto ya...

—Cállate, guarro. Date la vuelta, anda.

No le falta razón, pero de todos modos, qué menos. Una vez cambiada (con una toalla por encima, por supuesto), Matthew sonrío encantado.

—Vale —digo por fin—. Enséñame cómo se hace.

Matthew levanta las cejas. Le brillan los ojos con un fulgor que hacía tiempo que no veía. Parece aliviado, como si llevara toda la vida esperando este momento.

—¡Esa es! Vale, empecemos por lo básico.

Me guía hasta la tabla y me explica las técnicas básicas de surf. Su voz es tranquila, paciente, y yo escucho atentamente, intentando absorber cada palabra, cada consejo. Me enseña cómo ponerme de pie sobre la tabla, cómo remar con los brazos, cómo mantener el equilibrio.

Durante toda la explicación, posa las manos en mi cuerpo para mostrarme cuál es la postura correcta. Cuando me roza, pierdo la concentración durante unos segundos, pero como no quiero ahogarme, sacudo la cabeza y sigo escuchando.

Nada de imaginarnos desnudos en la arena. Ahora no es el momento de soñar despierta, chiqui.

—No tengas miedo de caerte —dice, sonriente—. Forma parte de la experiencia. Lo importante es levantarse y volver a intentarlo.

Asiento con la cabeza y juntos nos dirigimos al agua. El mar está en calma, pero las olas nos marcan el ritmo. Matthew permanece a mi lado en todo momento: me da ánimos y me guía. Cada vez que me caigo, me ayuda a levantarme y me sube a la tabla con infinita paciencia. Se le ve aún más guapo cuando está en el agua. Las gotitas se deslizan sobre su piel bronceada y me quedo embobada con su cuerpo cincelado por los dioses. Lleva un bañador negro que se ajusta perfectamente a su atlética figura, por lo que me cuesta no distraerme.

Joder, vaya bombón...

Cada vez que me coge de la mano para ayudarme a encontrar el equilibrio sobre la tabla, siento que me invade un calor único, una atracción que va más allá de lo físico. Es guapo, sí, pero lo que más me cautiva es la pasión que se refleja en sus ojos. Matthew se entrega por completo a este deporte. Me parece precioso que haya compartido una parte de su mundo conmigo y no puedo evitar sentirme unida a él de una forma distinta y más íntima.

Y eso que, en el tema de la intimidad, tampoco nos habíamos quedado cortos...

Tras varios intentos, por fin consigo ponerme de pie sobre la tabla y deslizarme por el agua. Me siento libre, al fin. Sonrío y el agua salada me salpica en la cara. Es una sensación refrescante y me siento realizada.

—¡Lo estás haciendo muy bien! —exclama—. ¡Sigue así!

Con tan solo un par de palabras, me basta para perder el equilibrio y caerme. Al menos me río de la situación.

Matthew me aplaude desde su propia tabla, con una amplia sonrisa en el rostro. Me siento viva, liberada, lejos de las complicaciones de la vida cotidiana. Es un momento de pura alegría, un instante de paz en el que nada más importa.

Entre risas y múltiples caídas, el sol empieza a ponerse. El cielo se tiñe de naranja y rosa y ambos volvemos a la orilla. Estoy muy contenta. La adrenalina sigue fluyendo por mis venas, pero entonces, caigo en la cuenta de que este es su sitio.

No puedo permitir que renuncie a todo esto.

Matthew es un cascarrabias en el trabajo, pero cuando está en el agua, el mal humor desaparece. Simplemente es feliz. No puedo arrebatarse algo así... ¿De verdad está dispuesto a sacrificar todo lo que ama por mí?

Ni de coña. Tengo que encontrar otra manera. He de confesarle que mi verdadero sueño es probar suerte en otro sitio. Quiero intentar escribir. Y no me importa trabajar en un súper mientras tanto.

Nos tumbamos en la arena, que aún está calentita por el sol. Nos ponemos perdidos, pero no nos importa. Matthew saca su libro de poesía y ambos nos ponemos a leer. Pasa las páginas con los dedos empapados, pero no puedo apartar la vista de su media melena al viento. Esto es postreo del bueno. A mí ni siquiera me gusta Bukowski, pero hay que admitir que el momento es muy romántico. Y ha jugado bien sus cartas, por cierto, porque aquí, acurrucada junto a su cuerpo mojado, me entran ganas de no soltarlo nunca.

—Matthew... —Al escuchar mi voz, me mira—. La respuesta es no.

—¿No... qué?

—No a tu propuesta. No a lo del trabajo en la librería y demás. No voy a hacerlo. No quiero que te sacrifiques por mí.

Deja el libro y frunce el ceño.

—Pero...

—No digas nada. Por favor, calla. He encontrado mi camino en estas últimas semanas. A mí también me apasiona la literatura. ¡Y las letras! ¡Dios, cómo me gusta ser una friki en lo mío! He vuelto a escribir, ¿sabes? He redescubierto el gusanillo de la creación. Ya sé que es arriesgado y que voy a tener que buscar un trabajo para sobrevivir, pero no me importa. No es un problema. Quiero intentarlo. En fin, a lo que voy —continúo—: no pienso volver. Estoy contenta con lo que he escrito estas semanas y no me rendiré. Voy a luchar. Llevo años pensando en ello, escribiendo a escondidas y arrojando mis palabras a la papelera justo después. Quiero que mi proyecto salga adelante, ¿sabes? Lo deseo de todo corazón.

Matthew parece preocupado, pero finalmente sonrío.

—¿Me dejarás leer lo que has escrito?

—Bueno... A ver, es que... a ti te gusta mucho la literatura... Me impone un poco enseñarte mi trabajo.

—Bueno, en ese caso, se me ocurre algo mejor. Probablemente necesites ayuda si vas a probar suerte en el mercado editorial. ¿Por qué no te vienes al evento que organiza la librería? Asistirán algunos autores conocidos. Tal vez podrían echarle un vistazo a tu trabajo, ¿qué te parece? Quizá te den consejos sobre cómo meter cabeza en el sector.

Abro los ojos de par en par. Vaya, lo que me ofrece es una oportunidad enorme, pero también me intimida.

—¿Lo dices en serio? ¿Crees que podría hacerlo?

—¡Pues claro! No dudes tanto de ti misma. ¡Estoy seguro de que escribes genial! Además, organizamos este evento juntos, ¿no?

—Sí, pero...

Matthew me coge de la mano y me estremezco.

—Helena, por favor, escúchame: no ocultes al mundo lo que estás haciendo. Si es una mierda, te prometo que te lo diré.

Espectacular. Qué gesto tan romántico. Al menos es sincero...

Se queda callado unos segundos, sonrío de lado y luego dice:

—Confía en ti, preciosa. Merece la pena.

¿Me ha llamado «preciosa»? Dios, me estoy poniendo blandita...

Nos quedamos acurrucados en la arena, mojados y acaramelados, hasta que el sol se pone lentamente. Sin embargo, aún quedan unos rayos de luz.

—Helena, ¿crees que podrías... perdonarme? Tengo un nudo enorme en el pecho y... lo daría todo por ti —suspira pesadamente.

Me mira con esos ojitos tristes y, joder, me muero de ganas de besarle. Después de una tarde de surf, su boca debe de tener un ligero regusto salado que se me antoja.

—Matthew, yo... —Guardo silencio un par de segundos, con el pecho hinchado por la excitación, perdida en el azul de sus ojos—. Sé que has cometido un error, pero te creo. Está claro que te arrepientes. No puedo condenarte eternamente por algo así. No me sale. Te perdono.

Me mira aliviado y una tímida sonrisa aparece en sus labios.

—Gracias. Significa mucho para mí.

La puesta de sol ha cubierto el cielo de un rosa y un naranja brillantes. No creo que nada pueda superar la belleza de este momento. Matthew se me acerca despacio y siento que el corazón me late más deprisa que nunca. Aquí estamos, cara a cara, sumidos en una intensidad que me vuelve loca. Me posa suavemente la mano en la mejilla y nuestras pupilas se encuentran. Me pierdo en su mirada, en el calor que su mano ejerce sobre mi piel.

—Helena, hay algo más... Estoy loco por ti. ¿Crees que podría... besarte? —murmura.

Asiento levemente y entonces da el paso. El nuestro es un beso suave, tierno, lleno de emoción. Un beso que parece subsanar parte del dolor, que repara la brecha que nos separa. Es un beso repleto de promesas, de esperanza, de segundas oportunidades.

Me estremezco ante el roce de sus labios candentes y le devuelvo el beso. No me importa el pasado, tan solo me dejo llevar por la magia del momento. El mundo que nos rodea se desvanece: solo estamos él y yo, el sonido de las olas y la preciosa puesta de sol. Es el beso más bonito del mundo, en un lugar que me deja sin palabras.

Los labios de Matthew, inquietos, bajan por mi cuello. Sus manos, ávidas de placer por todo el tiempo perdido, me apartan los tirantes del bañador. Yo gimo de placer y dejo que se coloque encima de mí. Siento su placer a través de una tela húmeda que me roza la entrepierna. De repente, se aparta y me dice:

—¿Seguro que quieres seguir? Llevo un condón en la bolsa, pero...

—¡No puede ser...! Lo tenías todo planeado, ¿eh? —exclamo, sorprendida.

—Un chico tiene que estar preparado para cualquier cosa.

Suelto una carcajada sincera al reconocer mis palabras en su boca.

—Deja de hablar de una vez. Llevo demasiado tiempo esperando a que me toques —admito justo después.

Matthew sonrío y coge impulso para hacernos rodar hasta la pequeña toalla donde hemos dejado nuestras cosas. Apoyo la espalda en la tela y él me aparta un par de granitos de arena de la cara. Sonrío junto a sus labios carnosos y dejo que su lengua empape la mía. Entre beso y beso, me baja el bañador. Por mi parte, no consigo que mis manos se estén quietas. Primero me aferro a su cuello, luego bajo por su espalda y siento sus músculos firmes, y finalmente, acabo deleitándome en sus bíceps de atleta.

Cuando finalmente me quita el bañador, lo lanza unos metros más allá.

—¡Oye, que luego la que tiene que ir a por él soy yo!

—Para lo que vamos a hacer, no te hace falta ropa.

Matthew pronuncia esas últimas palabras a duras penas, porque ha bajado la cabeza hasta mi vientre, y ahora se entretiene besándolo. Él sigue con el bañador puesto (para mi desgracia), y tiene el torso cubierto de arena, porque la toalla minúscula en la que me ha tumbado se queda un poco escasa para los dos.

Estoy a punto de pedirle que se baje el bañador para estar en igualdad de condiciones, pero de pronto, se me nublan los pensamientos. Su lengua tórrida ya curioseas entre mis ingles y siento que todo me da vueltas.

—Matthew, ah... —digo, sin poder contener el placer.

Él me mira desde mi bajo vientre. Los mechones de su melena contrastan con los tonos rosados del cielo, que cada vez se vuelve más oscuro. Las vistas desde aquí son deliciosas y arqueo la espalda para observarlo mejor. Él no aparta los ojos de mí y me regala un lametón tras otro. Por un segundo, entro en razón y miro a mi alrededor para asegurarme de que la playa está

desierta. Me tranquilizo enseguida; en primer lugar, porque no hay nadie en kilómetros a la redonda; y en segundo, porque mi amante empieza a succionarme el clítoris a un ritmo frenético.

Gimo para pedirle que siga, pero él se detiene y se deleita recorriéndome el sexo con la lengua, e incluso incide en mi abertura para que le pida que me penetre.

—Por favor, sigue...

Su brazo derecho sube al encuentro de mi mano.

—Agárrate bien. Lo vas a necesitar.

Dicho esto, Matthew relaja la mano para que pueda apretársela y vuelve a atacar con su lengua húmeda. Sus labios besan lentamente mi punto G y me hacen gozar. Pronto, el placer se vuelve insoportable y le grito que me deje correrme. Cuando mi miel se esparce por su boca y le empapa la barbita de un par de días, levanta la cabeza para darme besos en el interior del muslo, y acto seguido, se incorpora para quitarse el bañador.

Extasiada, lo miro a los ojos para decirle:

—¿No quieres que te estimule primero?

—No creo que aguante ni un minuto más fuera de ti.

Sonrío y me muerdo el labio, y dicho esto, me lo quedo mirando mientras, de rodillas, se enfunda el miembro con el condón. Apenas me reconozco. Me siento increíblemente necesitada. Es como si, al verlo desnudo, se despertara en mí un hambre voraz. Creo que si no me lo hace aquí mismo, me moriré.

¿Os podéis creer lo que he pensado? Quién me ha visto y quién me ve...

—¿Cuánto me deseas, Woodstock? Quiero oírte decirlo.

—De una forma loca. No me hagas esperar más, por favor te lo pido —digo esto entre risas, pensando que realmente no tengo remedio.

Siento una atracción brutal por este hombre y no hay nada que pueda alejarme de él. Además, siempre que nos ponemos calientes, me da la sensación de que nos perdemos en una dinámica completamente distinta a la que tenemos fuera del sexo.

Matthew se vuelve a poner encima de mí y me besa. Su sexo erecto acaricia el mío y, en ese momento, todo es perfecto.

¹ *N. de la T.* Personaje de la novela y posterior serie de dibujos animados *Heidi*, conocida por su severidad. La señorita Rottenmeier era una mujer muy fría y estirada que trabajaba como institutriz en la mansión de Klara Sesemann, otro de los personajes y amiga de Heidi, la protagonista.

² *N. de la T.* En inglés, literalmente una bandera roja, esto es, una señal de alerta. Una *red flag* sería una conducta reprochable o una reacción poco apropiada en ciertas circunstancias.

Helena

Cuando llego a la librería, el corazón me late de forma descontrolada. Ha llegado la gran noche, al fin. Pensé que no tendría jamás una oportunidad como esta. Para mí, la librería era agua pasada. Sin embargo, llevo las páginas iniciales de un manuscrito bien sujetas. Las sostengo contra mi pecho como si fueran mi bebé... ¡aunque sería una madre terrible, porque de ser así, lo estaría asfixiando con todas mis fuerzas!

—Cálmate —dice Matthew—. Todo va a salir bien, te lo prometo.

Matt se pone a mi lado. Se le ve sereno como el que más. Cualquiera diría que ha alcanzado el nirvana. Me coge de la mano y me acaricia los dedos. Su gesto me pilló por sorpresa.

¡Podrían vernos...!

Pero no creo que le importe. Se le nota que, esta vez, le da igual. Es la hora de la verdad. El evento está a punto de empezar y nosotros parecemos una parejita. Es un gesto muy valiente, por no decir kamikaze, y me vuelve loca que me presuma así. Si Betty o Ray nos descubren, estamos jodidos. Bueno, más bien él, porque a mí ya me han despedido y no es que me puedan hacer nada más.

Cruzamos juntos la puerta de la librería, cogidos de la mano. El interior bulle de energía y todos conversan. Me siento realizada en cierto sentido, porque yo también he contribuido a dar forma a esta velada. Autores, editores... aquí hay un poco de todo. Matthew ha puesto todo su empeño y ha organizado un evento por todo lo alto, por lo que veo. Se ve que cuando me despidieron, se vio obligado a hacerse cargo del proyecto con Betty y ella no es de las que hace las cosas a medias, ya sabéis.

—No se parece en nada a lo que tú y yo teníamos en mente, ¿verdad?

—Para nada —se ríe—. Pero, por otro lado, ¿a quién le importa? Ahora va a ser responsabilidad de Betty...

La luz es tenue, y el ambiente, cálido y acogedor. Montones de libros cuidadosamente ordenados adornan los rincones de la librería y, a lo lejos, veo a mis antiguos compañeros de trabajo afanándose con los preparativos de última hora. El escenario está listo para la lectura en vivo y las charlas literarias. Aunque es mucho más ambicioso de lo que habíamos imaginado en un principio, no cabe duda de que este evento será un verdadero éxito. Betty siempre piensa en grande y hay que reconocer que esto es una pasada.

—Bueno, venga, voy a presentarte.

De repente, me invade una oleada de pánico y me pongo tensa.

—¿Presentarme? Pero espera... ¿A quiénes? ¿Los conoces?

—Pues a los autores y editores, de todo un poco. Me aseguraré de que se fijen en ti, Woodstock.

Esta iniciativa repentina me recuerda a nuestros inicios, salvo que esta vez, Mustang es mucho más atento conmigo.

—¿Estás seguro de esto? Me parece un poco abrupto y...

—Ay, ¡por fin estáis aquí! —dice Kate mientras se acerca a nosotros—. Matthew, ya era hora... ¿Ibas a esperar a que el agua se convirtiera en vino por obra divina?

Matt pone los ojos en blanco.

—Sí, bueno, tampoco he tardado una vida entera...

—¡Quince minutos! En la vida de un autor, o de un tipo que lee poesía encima de una tabla surf, eso no es nada. Pero en la vida de un editor...

Me sonrojo. O sea que se lo ha dicho... ¿Sabía lo de la playa, la editorial, los autores y demás?

—Pero ¿Kate lo sabe? —digo, confundida.

Mi amiga asiente satisfecha.

—No creerás que a este idiota se le habría ocurrido semejante idea sin mí, ¿verdad? Bueno, y técnicamente, un tal Anton también ha participado...

Miro con ternura a Matthew. Sé que muchos dirían que no ha hecho el esfuerzo de apañárselas solito, pero yo veo la realidad de otra manera: se atrevió a pedirle ayuda a Kate, mi mejor amiga, aunque eso supusiera recibir una paliza. Porque tengo claro que, antes de ayudarlo, le cantarían las cuarenta, lo machacarían, y se las haría pagar. No ha debido ser fácil para ella callarse la sorpresa. Pero, al final, todo ha salido bien y yo estoy encantada.

Matthew me guía entre la multitud. Me presenta a algunas caras conocidas y a otras tantas nuevas. De vez en cuando, me estrecha con firmeza y ternura para tranquilizarme. Noto las miradas curiosas que nos siguen, pero a él no parece importarle. Está concentrado, casi como si tuviera un objetivo fijo en mente.

—¿Estás lista? —me pregunta mientras me conduce hacia un grupito de autores.

Asiento con la cabeza, aunque tengo un nudo en el estómago. Es un paso importante para cumplir mis sueños. Miro las caras que me rodean y siento que la emoción va en aumento.

La verdad es que no estoy preparada en absoluto. Pero no importa, debo tener los pies en la tierra.

Uno de los autores, un hombre bastante majete con gafas redonditas, me sonríe afectuosamente mientras Matthew me presenta.

—Helena, es un placer conocerte. Matthew me ha hablado mucho de ti y de tu proyecto.

Me sorprenden sus palabras, pero le devuelvo la sonrisa. Parece que Matthew está dispuesto a apoyarme pase lo que pase y ha sacado la artillería pesada.

¿Qué le habrá dicho de mi proyecto? ¡Si ni siquiera lo conoce! ¿Se habrá inventado algo? Dios, qué vergüenza...

Me muerdo las uñas, nerviosa. No tengo ni idea de cómo comportarme. Matthew, en cambio, parece tranquilísimo, como de costumbre. Un camarero pasa con una bandeja llena de copas y él intercepta una y me la da, antes de agenciarse otra.

¿Cómo puede estar tan relajado?

—Helena se preguntaba si podría echarle un vistazo a su manuscrito... —dice.

Me cago en mi vida. Estoy que me subo por las paredes, pero él ni se inmuta. Su valentía me asombra. Lo suyo es ir a por todas. Me siento ya no como un elefante en una cacharrería, sino como una manada entera tirando la puerta abajo.

¿Está loco o qué?

—¡Por supuesto! —responde el autor.

Ha funcionado. ¿Qué leches?

—Gracias —respondo, un poco intimidada—. Espero que le guste lo que he escrito.

El autor asiente y coge mi manuscrito. Empieza a hojearlo con actitud seria. Matthew me aprieta la mano con fuerza, en una silenciosa muestra de apoyo. Pase lo que pase, sé que he dado

un paso crucial con él a mi lado.

Entonces, de repente, la veo. Oh, no... La que faltaba. Era inevitable que me encontrara con ella, pero ¿tenía que ser justo ahora?

Betty...

Siento su mirada insistente sobre nosotros. Intento soltarle la mano a Matt, que rápidamente comprende la situación. Sus miradas se encuentran y mi rubio buenorro me la aprieta con fuerza. Con orgullo. No se avergüenza de mí, tan solo intenta transmitirme seguridad.

—¿Qué haces? —digo en un susurro.

—Reafirmarme. No quiero vivir una mentira ni ocultar lo nuestro. Ya cometí ese error contigo en el pasado. No voy a permitir que suceda otra vez.

—Te va a matar. Tu vida aquí va a ser un infierno si decides seguir adelante.

—Que se atreva. Estoy listo.

Betty le hace señas a Matt. Es evidente que quiere hablar con él. Al ver que este no reacciona, se acerca a paso decidido.

—¿Nos dejas un segundo? —me pregunta él, que se gira para recibir al torbellino de ira.

Asiento y no digo nada.

Joder, cómo me duele la tripa...

Matthew

Betty me lleva a su despacho para hablar.

—¿Qué quieres? —le digo—. No sé por qué, pero me da que esta noche no tengo por qué darte ninguna explicación.

Bueno, en realidad, alguna sí le debo, ya que he organizado la velada con ella y aún trabajo aquí. Pero me da igual lo que piense. Ya no me importa. Me he dado cuenta de que hay mucho más en esta vida que Betty y sus grilletes. No va a poder ponerme la correa esta vez, por mucho que lo intente.

El despacho de Betty está tan impoluto y organizadito como ella luce en apariencia. *Qué raro...* Siempre se trae a la gente a su zona segura, porque sabe que tiene la ventaja de jugar en casa. Pero no pienso dejar que eso suceda. Basta ya.

Mi ex se sienta al otro lado del escritorio. La luz tenue de los tubos fluorescentes acentúa los rasgos angulosos de su rostro. Me mira fijamente a los ojos con una mezcla de ira gélida y ansia calculadora. Ya me la conozco. Ese ligero temblor en la mandíbula no es buena señal. Pero más allá de la intimidación y la amenaza, ¿qué puede hacerme?

—Matthew —arranca, con voz comedida pero tajante—, ¿qué crees que haces exhibiéndote así? ¿No recuerdas nuestro trato?

Me levanto. No me apetece quedarme aquí sentado. He tomado una decisión y no voy a echarme atrás. No puedo dejar que Betty escoja por mí, no esta vez. Tengo que hacerlo: por mí, pero sobre todo por Helena. Se merece todo lo bueno y estoy convencido de que seremos felices juntos.

—Estoy haciendo lo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Ya no estoy dispuesto a jugar siguiendo tus reglas.

Betty aprieta los dientes. Su máscara de controladora se resquebraja ligeramente. Veo que está hirviendo de ira, pero se aguanta la mala uva e intenta guardar las apariencias.

—Me lo debes todo, Matthew. Tu carrera, tu puesto de trabajo... todo. Y ahora vas y me traicionas por... Dímelo tú. ¿Qué es ella? ¿Un lío de una noche? ¿Un rollo absurdo?

—No es un capricho pasajero, si eso es lo que insinúas —contesto—. Helena es mucho más que eso.

Se ríe, como si acabara de soltar un despropósito.

—Ay, pobrecito mío... Deja de hacer el ridículo, anda. No es propio de ti. Aunque un poco sí, la verdad. Ray me dijo que la estabas viendo fuera de la librería. Pensé que te había dejado claro cómo funcionan las cosas.

Inclino la cabeza hacia un lado y le enseño mi mejor sonrisa burlona. Por lo que veo, no le gusta nada que quede con otras chicas, pero me trae sin cuidado. Ya no es mi problema. Es increíble lo minúsculos que parecen los problemas cuando relativizas las cosas y todo te la trae floja.

—¿Y? ¿A dónde quieres llegar?

—No has respetado nuestras condiciones.

Levanto el dedo índice en señal de protesta.

—A ver, un segundo, deja que te interrumpa. Al contrario, nuestras condiciones estaban muy claras: tú permitías que Helena volviera y yo seguiría trabajando en la librería de manera

indefinida. Eso es todo, pero te recuerdo que esos términos ya no son válidos, puesto que Helena no ha querido volver, por lo que es evidente que voy a seguir viéndola. Si quiero traérmela a la librería, me la traigo. Si quiero tomar un helado con ella, me lo tomo. Lo vas pillando, ¿no? Me importa una mierda si lo entiendes, pero lo que está claro es que ya no eres nada para mí. Solo eres mi jefa; ya está. Y Helena y yo no te debemos nada.

El mosqueo de Betty se convierte en una mezcla de asombro y cólera reprimida. Se levanta bruscamente, con los movimientos mecánicos de un robot, y casi puedo oír los engranajes de su mente de manipuladora girando a toda velocidad.

—Conque esas tenemos, ¿eh? ¿Crees que eres lo bastante fuerte como para desafiar mi autoridad?

Su voz es tranquila, pero tras sus palabras se esconde una clara amenaza. Avanza hacia mí, pero no retrocedo. He tomado mi decisión y la defenderé a muerte.

—No estoy desafiando tu autoridad. Simplemente reclamo mi libre albedrío. No puedes controlar todos los aspectos de mi vida.

Me mira fijamente. Sus ojos escrutan los míos, buscando un defecto, un signo de debilidad, pero no lo va a encontrar. Esta vez no le daré el gusto. Me mantendré firme.

—¿Te das cuenta de que estás jugando con fuego? Podrías perderlo todo. Podría despedirte.

—Ya lo perdí todo una vez —replico—. En lo que a mí respecta, me importa un bledo lo que creas. Solo es un trabajo, Betty.

Si pierdo mi puesto en la librería, ella no sabrá por dónde tirar. Me la juego a una sola baza, porque en realidad, sí necesito el curro, pero ella no lo sabe.

Se respira la tensión. ¿En su despacho? Un cara a cara silencioso en el que cada uno intenta adivinar el siguiente movimiento del otro. Finalmente, Betty da un paso atrás, como si acabara de tomar una decisión.

—Dime, Matt, ¿vale la pena? Esa chica no tiene nada, ni siquiera clase. No es más que otra irrelevante, como esas a las que una se encuentra por la calle todos los días. ¿Y quieres que me crea que te has enamorado de ella?

Debería cabrearme, ofenderme por la sarta de bobadas que acaba de soltar para insultar a Helena, pero en lugar de eso, sonrío.

—¿De qué te ríes? —pregunta con un deje de fastidio en la voz.

—No has entendido nada. Esa chica es todo lo contrario a ti. Es lo que tú nunca serás: dulce, apasionada... Una persona auténtica.

Betty se tensa. Cada una de mis palabras parece una flecha directa al corazón. Sus facciones se endurecen y una rabia insostenible brota a la superficie.

Te pillé.

—¿Te atreves a compararme con esa... buscona? Sabes muy bien que sin mí, no eres nadie en el mercado literario. Perdona que me repita, pero ¿estás dispuesto a sacrificarlo todo por un rollo estúpido?

A estas alturas, el desprecio le sale por los poros, pero no dejo que me desconcierte. Conozco sus intentos de desequilibrarme, de hacerme dudar. Pero esta vez, estoy seguro de mis sentimientos, de mi elección.

—Una vez más, esta chica no es un caprichito, Betty. Es la primera vez en mucho tiempo que realmente me siento vivo. Y todo gracias a ella.

Betty sacude la cabeza y se le escapa una risa amarga.

—Volverás, Matthew. La gente como tú siempre vuelve.

Me levanto, dispuesto a salir de su despacho. Ya no siento el poder que ejercía sobre mí. Su aura de control se disipa como la niebla bajo el sol.

Pero antes, decido añadir:

—Puede que los demás vuelvan, pero yo no. He encontrado algo mucho más valioso que lo que tú me has dado en cinco años. No puedes ofrecerme algo así.

Está ardiendo. Me atrevería a decir que le van a salir llamas del pelo en cualquier momento. Qué gustazo.

—Bien, ¿me permites volver con nuestros invitados? Después de todo, trabajo aquí, ¿no es cierto? —pregunto.

—Estás siendo muy poco profesional.

Arqueo una ceja.

—¿Ah, sí? Bueno, la velada está organizada al milímetro y todo parece ir sobre ruedas, así que... ¿qué te pasa, Betty? ¿Hay algo que no cuadra?

—¿Estás sordo? ¡Helena! —chilla—. ¡Helena es lo que no cuadra! ¡Este no es su sitio!

Me encojo de hombros con aire ladino.

—Tiene todo el derecho a venir a la librería. Es una clienta como otra cualquiera. Y tú no eres de las que rechazan clientes, ¿verdad?

Una vez más, Betty intenta controlar el desdén para que no se le note. Está tan enfadada que oigo sus uñas rasgando el escritorio. No le queda mucho para ponerse a gritar como una desquiciada, y eso es extremadamente raro. ¿Quizás vuelva a tener un ataque de nervios? Estoy impaciente por saberlo.

—Ella no es solo un cliente, ¿verdad? Es tu novia.

—Pero no hay nada que me impida traerla aquí, ¿me equivoco? Probablemente venga a recogerme después del trabajo todos los días. Ya sabes, es lo que hacen las parejas. Y si me apuras, a lo mejor le como la boca en la acera. Todo esto, por supuesto, fuera de la librería, porque ante todo, soy respetuoso. No me gustaría perturbar tu clima de paz y tranquilidad. Aunque te lo advierto: si no me aguanto, le pegaré el morreo en la misma puerta.

—Sé cómo eres, Matthew: vulgar. Veo a través de ti. No puedes ganar. No contra mí.

—¿Eso crees? Pues yo creo que ya he ganado. Lo que pasa es que no puedes soportar verme con otra mujer a diario. Y todo lo que tienes para amenazarme es este trabajo, pero aún puedo irme por mi propio pie. Aunque ya sabes, si lo hago, tu librería quebrará. ¿Qué va primero, Betty, el negocio o el amor propio? Madre mía, menudo percal llevas encima...

—Hijo de...

—Mujer, tampoco es para ponerse así... No te propases. No es propio de ti.

Estoy tan feliz de ver que su imperio de hielo se derrite al fin... Si dimito, no me quedará dinero a corto plazo para renovar mi furgoneta, pero ¿qué más da? Me habré librado de la carga más pesada del mundo. Seguro que encuentro algo para llegar a fin de mes. La verdad es que me importa bien poco, mientras pueda vivir a mi bola. Puede que ella esté acostumbrada a manipular a todo el que la rodea, pero ya he tenido suficiente.

—Matthew, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo? ¡No puedes dejarlo todo por una chica! ¿Por qué no reaccionas? —chilla—. Ah, ya está. Ya lo entiendo. Es un farol...

Permanezco impasible. Dejemos que se caliente la cabeza ella solita. La decisión está clara: he elegido la libertad. Ahora, a soltar la bomba.

—Bueno, pues entonces no te la vas a ver venir... Renuncio.

Abre los ojos como platos, sorprendida por mi resolución.

—¡No puedes hacerme esto!

La desesperación empapa su voz, pero es demasiado tarde. Estoy harto de seguir sus reglas, de sentirme atrapado. Quiero desplegar mis alas y volar.

—Ahora me toca pensar en lo que quiero de verdad en mi vida. No te debo nada.

Betty camina hacia mí. Sus pasos resuenan en el suelo de madera.

—Vas a perderlo todo, Matthew. Te vas a arrepentir de esta decisión.

Sacudo la cabeza, con una sonrisa triste en los labios.

—No, no creas. Gano más de lo que crees con todo esto. Y ahora, déjame. Te estás arrastrando demasiado, ¿no crees?

Se queda de pie, impotente, mientras me dirijo de nuevo a la puerta. Puedo sentir su rabia y frustración a mis espaldas, pero no me doy la vuelta.

—Matthew, te arrepentirás. ¡No encontrarás nada mejor que lo que te he dado!

Pero sus palabras ya no importan. Soy libre. No más Betty, no más trabajo asfixiante. Ahora puedo seguir con mi vida, disfrutar de la compañía de Helena sin impedimentos. Si ella quiere, se lo daré todo. Y si quiere vivir esta loca aventura conmigo, me hará el hombre más feliz del mundo.

Cuando salgo de su despacho, veo a Helena esperándome con aire de preocupación. La cojo de la mano con una sonrisa liberadora en los labios.

—Se acabó —le digo—. Soy libre. Acabo de dimitir.

Ella me devuelve la sonrisa.

—¿En serio? Pensaba que...

—¿Que mi sueño me obligaría a soportar a una mujer engreída y sociópata y a olvidar quién soy en realidad? Lo he pensado mucho y creo que marcharme es la mejor decisión que he tomado en toda mi vida. Encontraré otro trabajo mientras termino de arreglar la furgo, y por mucho que me guste esta librería, la dirección deja mucho que desear, ¿no crees? —Le estrecho la mano y le doy un beso en los labios—. Además, siempre he querido que alguien me acompañe en mi sueño de recorrer la costa oeste. ¿Qué me dices a eso?

El corazón me late a toda prisa, pero Helena sonrío.

Ya no tengo miedo.

Epílogo

Helena

Es tan precipitado y arriesgado que no puedo resistirme. ¿Yo, embarcándome en una aventura? En verdad, ¿por qué no? ¡Si es con Matthew!

¿Se puede pedir algo más?

Bueno, hay que tener en cuenta un par de problemas logísticos. El primero es que estoy un pelín arruinada. *Pero bueno, Helena, cada cosa a su tiempo.* Tengo un trabajillo a tiempo parcial que conseguí hace poco y que me permitirá ahorrar algo de dinero antes de irme con él. En segundo lugar, la furgó aún necesita algunas reparaciones, pero gracias a Anton y Derek, los colegas de Matthew, cada día está mejor. Esos dos han ayudado muchísimo e incluso han puesto dinero de su bolsillo.

Por otra parte, con motivo de la fiesta de despedida de Matthew, se organizó un acto para recaudar fondos para la librería en el que participó todo el mundo. Bueno, excepto Betty y Ray, claro.

Cómo no...

Matthew pensó en vender el Mustang, pero le convencí de que no lo hiciera. Al fin y al cabo, ese coche tiene un valor sentimental para los dos. Anton se ocupará de él cuando estemos de viaje y ha prometido cuidarlo bien. Espero que con eso no se refiera a quemar el motor...

En cuanto al piso de Matt, lo subarrendará mientras estemos fuera para poder ganar algo de dinero regularmente. ¡*Vaya trama hay ahí...!* Pero él sabrá. Yo he guardado mis escasas pertenencias en un almacén, ¡y no podría estar más contenta!

¿Y dónde nos deja todo esto? Pues pasamos la mayor parte del tiempo en la playa, tomando el sol y arreglando la furgoneta destartada para preparar nuestro viaje hacia la costa oeste. Entre medias, bebemos cervecitas con los amigos y disfrutamos del surf, al que poco a poco le estoy cogiendo el tranquillo. Los trabajitos aquí y allá nos mantienen en marcha, así que podría decirse que todo va viento en popa.

Esto sí que es vida...

—Bueno, ¿entonces lo tenéis claro? —dice Kate, chocando su botellín con el mío.

Miro a Matthew, que está limpiando el parabrisas con sus amigos.

—Sí, clarísimo. Nos vamos sí o sí. Creo que nunca había estado tan segura de algo.

—Hace nada llegaste a San Francisco y, unos meses después, te vas con tu exjefe el buenorro de aventuras por la costa oeste. ¡Y pensabas que la loca era yo...!

Lo sigo pensando...

—¡Toma ya! —exclama Travis cuando se une a nosotras con los ojos fijos en la furgó—. Conque ese es el cacharro, ¿eh?

—No, el cacharro ese que dices tú es como Helena llama al pene de Matthew.

—¡Kate! ¿¡Serás cochina!? —grito.

—Que noooo... ¡Claro que es la furgó, idiota!

Ambos se ríen a carcajada limpia y yo no sé ni cómo reaccionar, para variar.

—¿Os digo yo algo a vosotros? —pregunto.

—No, porque no hay nada que decir. Ya me lo camelé yo solita, sin ayuda de nadie —añade

Kate, mirando fijamente a Travis.

Al final, mi amiga se sinceró. No creo que le dijera palabras bonitas (o sí, quién sabe). Su versión es que un día se plantó en su casa y le soltó: «¿Te vas a aclarar de una vez o qué? Ya tardas en comerme la boca». Como veis, mi amiga no ha dejado de lado esas salidas bastas que tiene desde que la conocí. Me decepcionaría si no...

—Deja de hablar de nosotros. Lo nuestro va bien. Me encantan las chicas con carácter, como tu amiga... —responde Travis, que no puede quitarle los ojos de encima a Kate.

Sonrío.

—La amiga tiene nombre... Soy tu novia, chaval. En fin, volvamos al surferito de turno. Y pensar que al principio se portó como un imbécil contigo... —murmura—. ¿Cómo lo llamabas?

Solo de pensarlo se me escapa una sonrisilla tonta.

—Mustang...

—¡Ah, es verdad! Mustang y Woodstock, Woodstock y Mustang... ¡Qué bonito!

Eso hemos grabado en la parte trasera de la furgoneta.

—Debe merecer la pena. Si no, no estaríamos aquí. Los colegas de tu novio me caen genial, aunque a veces parece que les falta un hervor... —añade Travis.

Nos echamos a reír. El sonido alegre se mezcla con el de las olas. Es un instante único, uno de esos en los que todo parece encajar.

Matthew camina hacia nosotros. Una sonrisa radiante le ilumina el rostro. Parece más relajado. Se le ve más feliz que nunca. Lleva el pelo revuelto por el viento y sus ojos brillan con esa chispa que me atrajo desde el primer día.

—¿Tienes ganas de la aventura de tu vida? —me pregunta, sentándose a mi lado.

Asiento con la cabeza, con el corazón lleno de emoción y un tanto nerviosa.

—No queda nada, ¿verdad? —le digo—. Es una locura, pero estoy lista para mandarlo todo a tomar viento.

Matthew me coge de la mano y la estrecha suavemente.

—Estamos a punto de vivir algo increíble, Helena. Lo siento aquí, en el pecho: es un nuevo comienzo para los dos.

—Buenooo... La cosa se pone intensita. Me parece que os vamos a dejar a solas —dice Kate, sonriente—. Seguro que queréis un poco de intimidad.

Miro a mi alrededor. Nuestros amigos corretean por la playa. Travis persigue a Kate, la coge en brazos y le da un beso dulce, y luego... Bueno, luego la cosa se prende enseguida.

Será mejor que deje de mirar...

A lo lejos, Anton y Derek están apoyados en la furgoneta, charlando. El cielo azul y el océano se extienden hasta donde alcanza la vista. Todo parece tan irreal... como en un sueño.

—¿Y Betty? No te ha vuelto a llamar, ¿no?

—¿Te parece un buen momento para hablar de ella, nena?

Matthew se encoge de hombros, con una sonrisa tranquila en los labios y luego dice:

—Es coña. No, no me ha llamado. Probablemente siga buscando su orgullo bajo las estanterías de la librería. Pero olvidémonos de ella: vamos a alejarnos de todo, a explorar, a vivir y a escribir nuestra propia historia.

Me invade una sensación de libertad y aventura. Sí, es arriesgado. Sí, es una locura, pero es exactamente lo que necesito. Nunca imaginé, ni por un momento, que el hombre al que llamaba Mustang sería capaz de dármele algún día.

Cuando llega el gran día, todos nuestros amigos se reúnen para despedirse de nosotros. No para siempre, ni mucho menos. Dentro de unos meses, volveremos, y eso lo hace todo más razonable. Solo vamos a vivir una vida distinta durante un tiempo. Nuestro hogar será la furgoneta. Disfrutaremos de la playa y nos concentraremos en la literatura y el surf. Ya tenemos planeado un itinerario aproximado. Además, Matthew dará clases de surf mientras vayamos de playa en playa. En cuanto a mí... bueno, me concentraré en seguir con mi libro.

El motor ruge. Estamos listos para partir. De repente, siento un pinchacito en el corazón. Estoy un pelín triste. Es una sensación extraña, una mezcla de emoción y melancolía. Al fin y al cabo, vamos a dejar atrás lo que ha sido nuestra vida durante un tiempo para adentrarnos en lo desconocido.

Pues nada. Nos vamos. Ya no hay vuelta atrás.

Echo un último vistazo a San Francisco, a las caras familiares que nos despiden con la mano, y pienso que este es el final de un capítulo y el principio de otro. Matthew está a mi lado acariciándome el brazo, y me siento increíblemente afortunada de tenerlo conmigo. Pienso en mis amigos y sonrío con dulzura. Espero que les vaya bien a Kate y Travis. Se merecen ser felices.

El sol se pone en el horizonte y tiñe el cielo de morado. La tonalidad de hoy es distinta. Me emociono y no puedo evitar pensar que es una señal, un buen presagio para nuestro viaje.

—¿A dónde vamos primero? —pregunto, curiosa por nuestro primer destino.

—Al sur —responde Matthew—. Seguiremos la costa. Pararemos donde nos apetezca. No hay un plan fijo, ni un rumbo concreto. ¡Disfruta, nena! Solo estamos nosotros, la carretera y el mar. Por cierto, el autor que te presenté me dijo que te había enviado algunos apuntes para mejorar. ¿Qué le pareció? No me atreví a preguntárselo en su momento y como no me ha sacado el tema desde entonces...

Estaba deseando contárselo todo. Quería hablarlo con él, pero con todos los preparativos, no hemos tenido mucho tiempo para ponernos al día. Quería decírselo con calma.

—Pues... ¡le encantó! —exclamo.

—¿En serio? ¿Y no me lo has dicho?

—Todavía tengo secretos para ti, Mustang...

Matthew sonríe y muerde el labio, con los ojos fijos en la carretera.

Él, la playa y mi libro. Ahora mismo, no necesito nada más.

—Como quieras, Woodstock. Estaré encantado de descubrirlos, entonces...

—Bueno, hay algo más que quería decirte...

—¿Ah, sí? ¿Qué más?

El camino desfila despacio ante nosotros. La brisa se va enfriando a medida que se pone el sol y me siento muy feliz, preparada para decírselo.

—Pues... no solo hay secretos que descubrir... También hay sentimientos.

Veo cómo se le ilumina la cara y, acto seguido, sonríe.

—Menos mal, porque yo también quería hablarte de eso.

De repente, pone el intermitente y aparca la furgoneta a un lado de la carretera, bajo los últimos rayos de sol. Se vuelve hacia mí y me toma la cara entre sus cálidas manos.

—Nena, yo... Hemos pasado por muchas cosas. Fui un imbécil contigo y...

—No sigas por ahí. Eso está más que perdonado.

—El caso es que no aguanto más sin decírtelo: Estoy enamorado de ti hasta las trancas. Me vuelves loco. Te veo y me muero por tenerte entre mis brazos. En fin, lo que quiero decir es que... te quiero, Helena.

Cierro los ojos para saborear un beso delicioso.

—Yo también te quiero, Matt.

Nuestros ojos se pegan a los del otro como un imán, y sabemos de sobra lo que pasa cuando nos miramos así durante un largo rato.

—¿Te apetece que... inauguremos la furgoneta? —pregunta mi rubio de ojos azules.

—¡Pero si acabamos de arrancar!

—Te he dicho que pararíamos donde nos apeteciese...

Me río contra su boca, deseosa de que me lleve a la parte trasera de la furgo.

—A este paso, ni siquiera llegaremos a la primera parada...

—¿Y qué más da, nena? Tenemos todo el tiempo del mundo.

Matthew abre la puerta, rodea el capó y me saca del asiento del copiloto. Me coge en volandas y me lleva entre risas a la zona en la que hemos instalado un colchón en el que tenemos pensado hacer de todo menos dormir. Mientras me tumba y me cubre de besos, no puedo evitar pensar:

¿Todo el tiempo del mundo? Sí, tiene razón. Y nadie podrá quitárnoslo jamás.

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@lola.blue.auteur](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la cubierta: Ketí Matakov